

# BIOGRAFÍA DEL PADRE MERIÑO

ESTUDIO COMPLETO  
DE SU VIDA Y DE SU OBRA

●  
TRABAJO LAUREADO CON EL PRIMER PREMIO  
EN EL CONCURSO DEL CENTENARIO  
CELEBRADO EN  
SANTO DOMINGO - (REP. DOMINICANA)  
1833-1933

POR

ABIGAÍL MEJÍA DE FERNÁNDEZ  
(«FABIOLA»)

Maestra graduada en la Escuela Normal de Barcelona.  
Profesora de Castellano, Pedagogía e Historia  
en la Escuela Normal de Santo Domingo.  
Directora del Museo Nacional

IMPRENTA-EDITORIAL ALTÉS  
Calle Tuset, n.º 28, Teléf. 79381  
BARCELONA  
1934



27081



MAR. 1 1971

BN  
972.93040974  
M562M  
1934

BIOGRAFÍA  
DEL PADRE MERIÑO

ESTUDIO DE SU VIDA Y DE SU OBRA

«Vera virtute praediti etiam inimicos afficiunt  
admiratione».

CICERÓN.

«Los que están dotados de verdadera virtud,  
causan admiración hasta a sus enemigos».

Julio Ortega Piquer - 1-3-71

Reg. No. 000659



## BIBLIOGRAFIA DE MERIÑO

- Catecismo elemental histórico cronológico y exegético de las Santas Escrituras e instrucciones sobre el Año Litúrgico.* "Boletín Eclesiástico", año 1891.
- Elementos de geografía física, política e histórica de la República Dominicana*, por el P. Meriño. 3 ediciones. Imp. García Hermanos. La última, 1898.
- Obras del P. Meriño.*—"Portada", de Aristides García Gómez. Prólogo, de Manuel A. Machado. Enero, 1906. Imp. "La Cuna de América".
- Cartas pastorales y circulares importantes dirigidas al clero*, por Monseñor de Meriño. Edición conmemorativa del 50 aniversario de su primera Misa, el 3 de mayo de 1856-1906. Con retrato del autor. Imp. "La Cuna de América".
- Inédita: Apuntes históricos que comprenden los sucesos políticos del Seibo desde 19 de octubre de 1877 al 28 de enero de 1878.*

### OTRAS OBRAS CONSULTADAS

- Retrato de un Arzobispo. por un librepensador.* Autor, R. E. Betances.—Paris, julio, 1885. Reproducción del libro "Betances", de Luis Bonafoux, por "El Criterio Católico". N.º 37, año III. 7 de julio de 1902.
- Notas biográficas del Ilmo. y Rdmo. Sr. de Meriño*, por la Redacción del "Listín Diario". 4 de mayo de 1906. N.º 5042, año XVII.
- Compendio de la Historia de Santo Domingo*, por José Gabriel García. Tomo III. Imp. de García Hermanos. Santo Domingo, 1900.
- Ofrenda*, por Aristides García Gómez. 20 de agosto de 1906. Publicado en el "Listín Diario". Santo Domingo, 21 de agosto de 1906. Número 5133, año XVIII.
- Fallecimiento del Ilmo. y Rdmo. Sr. Fernando Arturo de Meriño.*—"Listín Diario", 20, 21 y 22 de agosto. Números 5132-33-34.
- Historia eclesiástica de Santo Domingo*, por el Can. Carlos Nouel. T. II. Santo Domingo, 1914.
- Fisonomía del Arzobispo Meriño*, por el Pbro. Lcdo., Rafael C. Castellanos. Editorial Maucci.—Barcelona (España), 1910.
- Siluetas*, por Miguel A. Garrido. Prólogo de Manuel A. Machado. Santo Domingo, 1903.
- Monseñor de Meriño íntimo*, por Amelia Francasci, Imp. "La Cuna de América". Santo Domingo, 1926.
- Resumen de Historia Patria*, por B. Pichardo.—Imp. Altés, Barcelona (España), 1922.
- Fisonomía de Luperón*, por el Can. Lcdo., Rafael C. Castellanos. Santo Domingo, 1932.
- Apuntes para la Historia de la Paroquia de Puerto Plata*, por el mismo. Santo Domingo.
- Apuntes biográficos sobre el Padre Meriño*, por José Gabriel García. "El Elector", 15 de julio de 1880.
- Notas históricas y apuntes auto-biográficos*, por el general Luperón. Tomos I, II y III. Ponce (Puerto Rico), 1896.
- Historia Moderna de la República Dominicana*, por José G. García.
- Nueva ofrenda*, por Aristides García Gómez.—"El Domingo".

# PRIMERA PARTE

---

## EL SACERDOTE EN LA TRIBUNA PATRIÓTICA

“El Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros; y vimos su gloria, gloria como de unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad”.

SAN JUAN, c. I.



# I

## PRIMEROS VUELOS DE AGUILUCHO

(1833-1856)

De cuando en cuando una choza, algún "bohío" casi perdido junto a caminos que no son tales, sino veredas en el monte; un lugarejo con más verde que importancia; poblados apenas en el campo; por allá, "Los Jovillos", por aquí, "Santa Cruz", y, en pleno corazón de la naturaleza escondido, el muy humilde "Antoncí" (jurisdicción de Boyá, hoy de Jamasá, prov. Capital), con una sola casita de consideración, cuna del águila... Allí bajó al mundo un hombre enviado por Dios, y que se llamó Fernando Arturo de Meriño, el cual, en verdad, parece el verbo hecho carne para conmover a los mortales. ¡Ninguno tan elocuente!

Nació el gran hombre a las complicaciones de esta vida, el 9 de enero de 1833, día de San Marcelino, y luctuosa época de los Boyer y los Borgellá, afro-haitianos monstruos, llegados del Occidente, cuyas negras plantas hollaban nuestro suelo, esta parte española de la Isla de Santo Domingo. Conventos y religiosos sufrían sus desmanes. Un cura santiagués, el P. Juan Vásquez, autor de aquel conocidísimo suspirillo lírico:

Ayer español nací  
a la tarde fui francés,  
a la noche etiope fui,  
hoy dicen que soy inglés...  
no sé que será de mí...

profeta sin saberlo (1), pereció achicharrado en la sacristía de su iglesia, a la que aplicaron fuego las hordas invasoras.

Por aquellos días penosos, expulso el arzobispo Valera —castigo a su viril resistencia a los abusos del extraño (2)—, todavía no poseía su sede el Doctor Portes (3). La Iglesia dominicana, que ya diera un Valderrama, un Fuenmayor y un Geraldino ilustrísimo, andaba acéfala en el tiempo en que había de nacer su gran cabeza, de tonsura tan brillante en el mañana, y quien llevaría un día la mitra con tan airosa majestad.

No de marfil ni oro su cuna —cual la del “pío, felice i triunfador Trajano” (al ponderarlo el poeta)—, cuna quizás hecha en la madera tosca que brindan nuestros bosques, pero harto honrada y muy decente, y con cierto acomodo, mecióronla sus padres, Pedro de Meriño y María Bruna Ramírez (sobrina del prócer Juan Sánchez Ramírez), gente blanca del campo, isleño de origen canario, el uno; y la otra, hija de indios ya muy claros por el tiempo (1), pero blanca y con los ojos azules, en el mencionado Antoncí, ayer jurisdicción de la común de Boyá y hoy de Yamasá, en la provincia nuestra de Santo Domingo. Ellos llegaron a ser los dueños de casi todo aquel campo y sus sembrados, con pastos y mucha ganadería en ellos.

Varios los de la prole: Juan Hilario, Rafaela, Valentín, Mariquita, Nicolasa, y los dos futuros sacerdotes, el que había de llamarse, como si por antonomasia lo fuera, “Padre Meriño”, y el Padre José María. Del tronco de Valentín surgió aún otro retoño cura, el Padre Pedro.

Tornados los ojos al más brillante entre todos en estas tribus de Jacob y de Leví, declaremos, con su partida de bautizo,

(1) MENÉNDEZ PELAYO. “Historia de la poesía hispano-americana”. Tomo I. Madrid, 1903.

(2) “...el escandaloso despojo de los bienes pertenecientes a las iglesias y conventos, consumados por Boyer”. V. APOLINAR TEJERA, “Rectificaciones Históricas”.

(3) En el mismo año murió Mons. Valera. “El Sr. Valera, que desde el 23 de julio de 1830 se había visto en la necesidad de salir del país para librarse de las persecuciones del gobierno haitiano y de las intrigas y calumnias de los malos, había fallecido el 19 de marzo en la ciudad de La Habana, víctima del cólera, que en 1833 azotó la isla de Cuba, y en pocas horas le arrebató la existencia”. CARLOS NOUËL, “Historia Eclesiástica de Santo Domingo”. T. II, pág. 381. Santo Domingo, 1914.

(4) V. BETANCES, “Retrato de un Arzobispo, por un librepensador”, en “El Criterio Católico”, n.º 37; 7 de julio de 1902. Santo Domingo.



que lo recibió del presbítero Br. Manuel González Bernal en la pila del santuario de Boyá. Inteligente muchachito luego, pintoresca tradición nos lo ofrece, como a otros (y así como al Pontífice Sixto V, guardián de puercos en su niñez), a Fernando Arturo, como mandadero de la familia, el que diligente llevaba y traía las compras y recados, a horcadas sobre las árganas de su bien aparejado borriquito, que muchas veces abandonaría a su trotecillo cansón porque, sin querer, ensimismábase (tal Cervantes hiciera), con los papeles que caían en sus manos. (Ignoramos qué valor pueda tener esa leyenda, y sólo como tal la recogemos).

Sábese sí, que, en lugar del fraile que le preguntase el camino al futuro Papa, no le faltó a él su hada-madrina para descubrir la luz de la inteligencia en sus ojos claros: una tía y madrina, María de Jesús Ramírez, casada con José Antonio Hernández, el padrino, quienes le criaron con mucho amor y, desvelándose por él, le quitaron del campo y de su familia, para darle educación en San Carlos, cerca de la capital. Allá, entre los hatos, bien poblados de vacas con sus crías, Meriño sólo hubiera sido agricultor, según el querer de sus viejos...

En los comienzos de la epopeya libertadora, el muchacho sólo cuenta once años; pero son días inolvidables, de los que hablará con fervor más adelante. Cedámosle la palabra a él mismo:

"...Yo recuerdo con placer aquel arranque de puro patriotismo con que en la noche del 27 de febrero del año 44, al grito de Separación, Dios, Patria y Libertad, quedó este pueblo constituido en nación independiente con el nombre de República Dominicana. Tengo presente el día memorable que sucedió a aquella noche de triunfo, en que todos los dominicanos, con grande alegría, se cumplimentaban mutuamente por la gloria conseguida; y no se borrarán jamás de la imaginación aquellas escenas tan conmovedoras que causaba el común regocijo. Aun me parece que veo desfilar la primera división que fué a recoger en los campos de Azua los inmarcesibles laureles de la victoria más gloriosa. ¡Cuánto entusiasmo había entonces! ¡Cuánta animación en la generalidad! ¡cuánto heroísmo! ¡qué armonía en las ideas de todos! ¡qué uniformidad de sentimientos! ¡Ah, sí! Era un pueblo que acababa de hacer pedazos la infame coyunda con que el despotismo le tuviera uncido a su carro de ignominia: eran señores, un pueblo vivificado por las primeras ráfagas del aire de libertad, concentrando su atención en el solo objeto de confundir a su tirano.

"Qué días tan satisfactorios! ¡Días de expansión, días de goces!" (1).

---

(1) "Notas auto-biográficas y apuntes históricos sobre la República Dominicana, desde la restauración a nuestros días", por el general GREGORIO LUPERÓN, T. I, pág. 51, cap. "El Dr. D. Fernando A. de Meriño". Discurso de éste el 27 de febrero de 1860. (Ponce, P. R. 1895).

Un poco de escuela, ya en la capital, y es Meriño uno de los primeros alumnos que ingresan en el Seminario de Santo Tomás de Aquino, establecido hacia el 1848 por el Arzobispo Dr. Tomás Portes e Infante, pues si bien existía, desde 1815, algo así como una especie de Escuela-Seminario, en el mismo Palacio del Sr. de Valera, sólo en la fecha apuntada se fundó propiamente nuestro plantel de curas. El Dr. Elías Rodríguez y Valverde, Provisor y Vicario General, prestigiábalo con sus cátedras, a las que asistían como alumnos, además de Meriño, Calixto Pina, Moreno, el del Cristo (quien todavía no se había adicionado el segundo apellido), y tantos otros.

Tendría el mozo estatura prócer, erguida, entre azules y verdes los ojos, color de uvas norteñas, de mirada penetrante y firme; la bien cortada boca de labios finos —como era fina la nariz—, y preparados aquéllos para dictar la palabra subyugadora; el pelo liso, castaño claro, casi rubio; el color de la piel, sonrosado; blanquísimas y redondeadas las manos. Perfilábase la arrogante figura en todo, aun en la edad que en otros es *pavera* (1).

Seguidamente, ese mismo año de la instalación del Seminario, en 1848 y a los quince de Meriño, encerróse la lozana juventud en las negras ropas del clérigo, por licencia del Sr. Arzobispo; y al siguiente, sufrió la tonsura prima de sus manos. Monseñor Portes le conservó al lado suyo como familiar, hasta cuando en 1851 pasó a capellán de Coro en la Catedral, en disfrute de una especie de beca o "congrua" sustentación votada con destino a mantenimiento de seminaristas por el Congreso. Amén de otros estudios, aún se le ve asiduo a las cátedras de Derecho Civil que en el Colegio Nacional de San Buenaventura, fundado hacia 1852, explicaba Angulo Guridi (don Alejandro). Viene aquí muy a cuento el recordar uno que refería el mismo Monseñor de Meriño, muerto de risa, y ello era que su primera sotana de lujo, en el Seminario, parece que se la

---

(1) Cuéntase —y no lo afirmamos ni negamos— que el nombre completo de Meriño era Fernando, Antonio, Marcelino; que a éi, desde sus mocedades, le gustó más el nombre de Arturo, con el que figuró desde entonces, sin querer, no obstante, sancionarlo con su firma, pues ella era "Fernando A. Meriño", o bien "P. Meriño", o sino —ya de prelado— "Fernando, Arzobispo de Santo Domingo". Y así rezaban sus tarjetas.

El padrino se llamaba *Antonio*, y el santo del día en que nació *Marcelino*. De ahí esta versión sin duda.

hicieron con una saya de seda, de aquellas anchísimas usadas en la época feliz de nuestras abuelitas —época que, debemos recordarlo, era aquella del “malacof” y del “polisón”—, y se la regaló, muy contenta y orgullosa, la tía y madrina, y fué el caso que, a la hora de arrodillarse el acólito en la iglesia, empezó la tela a rajarse y “reírse” por el medio, con grande apuro del mozo clérigo, muy poco inclinado a la risa en tal paso, del cual puede uno imaginarse como salió...

No dejó el seminarista de hacer alguna diablura, pero sabía defenderse luego con ingenio. En cierta ocasión se disfrazó un día de carnestolendas a pesar de ser ya familiar del Arzobispo Portes. Y procuró evadir la muy justísima reprimenda que le aguardaba a la hora en que Monseñor se dejaba afeitar por su clérigo.

—Supe que tú... —empezó su regaño el buen Arzobispo, con la cara enjabonada. Y muy presuroso, el clérigo-rapa-barbas, le interrumpe con esta súplica:

—Haga buche, Monseñor... —Y tras un momento de dejarse rapar en el inflado carrillo, empezó de nuevo el Arzobispo su reprimenda.

—Haga buche, por Dios, Monseñor —imploraba Meriño—. Y el cuento éste —que es historia— fué de nunca acabarse. Y se escapó del *respice*.

Cuatro lustros contaba el seminarista cuando, allá en el 53, el general Pedro Santana, uno de los soldados victoriosos en la epopeya libertadora de su patria, luego altiva espiga por encima de las cabezas de los otros, orgulloso, comenzó por atropellar el Derecho Canónico, exigiendo juramento a la Constitución del Estado al pobre Arzobispo Portes, negado tenazmente, en un principio, pero, al fin, vencido y trunca su razón por el esfuerzo. Y al arzobispo loco (que ya no era el primero ni el último que lo fuera en nuestra diócesis, pues Geraldino tampoco estuvo muy en sus cabales) (1), substituyó un Vicario General, el P. Antonio Gutiérrez, mientras el Dr. Elías Rodríguez, mentor de Meriño, y el P. Gaspar Hernández —que lo fué, según algunos, de las conciencias trinitarias, aquellos jóvenes que al calor de una idea generosa forjaron la República—, eran empujados al exilio por Santana.

Nuestro clérigo, sin duda, crecía viviendo esas dolencias.

---

(1) Según D. EMILIANO TEJERA, en “Apuntes dictados al Dr. Henríquez y C.”, hoy en manos del Dr. P. Henríquez Ureña.

Luego... casi una Estigia oscura. La historia y la leyenda que, complacientes, amontonaron anécdotas picantes o sangrientas de tanto Calígula criollo o Claudio imbécil (capaces de hacer cónsul a un caballo), no se entretuvieron en recoger muchas "cosas de Meriño" (1), de su infancia y su juventud y popularizarlas. Aquí una, para atenuar el rojo de tantas y otras tropelías, y finalizaremos este capítulo con esta nota blanca, también referente a las mocedades del seminarista. Grande amigo él de su contemporáneo (un año más joven) don Manuel de Jesús Galván, ambos estudiantes, buenos mozos los dos y talentosos (2), prestábanse los libros, estudiaban e iban a cátedras juntos, y hasta donde alcanzaba el uno, quería el otro también empinarse. Un mal día se le ocurren al tonsurado, en pretendida charla con las Musas, unos versos; y, con orgullo, se los muestra al camarada.

—¡Eh! ¿Qué tal...? Léelos y dame tu opinión, Manuel.

El severo juez toma el papel con desconfianza; lo lee, contempla a su amigo de arriba a abajo, y le dice, implacable:

—Mi opinión... ¡Hum!... Mira, Fernando. Hazme el favor de escribir cuanto tú quieras, ¿eh? Pero, por Dios, versos ¡nunca! Chico, tú no has nacido para poeta.

De tal manera Galván, el futuro príncipe de las letras nacionales, más tarde autor del "Enriquillo" (que es su blasón de gloria y nuestra mejor novela), extirpó en su raíz el deseo de rimas mediocres en el otro, Meriño, también magnate literario, príncipe de nuestros oradores, en lo futuro, dentro de la cátedra sagrada y fuera de ella; aquel que en la caída de algún régimen político podría decir después, parodiando o adelantándose a Juan Montalvo:

"Mi verbo lo mató..."

---

(1) Cuando se escribió esto, aun no había visto la luz pública el librito "Mi humilde Obolo", del Can. Rafael Castellanos (Santo Domingo, 1933), que contiene genialidades del P. Meriño.

(2) "Manuel y yo éramos estudiantes y dos mozos muy garridos, por cierto", pone en boca de Meriño la autora de "Monseñor de Meriño Intimo", AMELIA FRANCA SCI, pág. 123. Imp. "La Cuna de América". Santo Domingo, 1926.

## II

### JUVENTUD - VIRILIDAD

(1856-1861)

A principios del 1856 se ordenó el P. Meriño en el oratorio privado del Dr. Portes, el 24 de abril. Sus padrinos en las santas aguas: Carlos Nouel y Epifanio Billini.

Pocos meses después de consagrado, y cantada su primera Misa, en la Catedral, el 3 de mayo, le mandaron de cura a Neyba (1), pueblecito rudo, casi menos de católicos que de soldados, todos curtidos en las luchas recientes por la santa Independencia, más que en el rezo y en el santísimo temor de Dios. Allí se acostumbraba a tratar con mayores consideraciones al tabuco que al rosario; allí se estimaba más la fuerza y la bravura, que

---

(1) En substitución del P. Santiago Díaz de Peña, fallecido.— Véase lo que describe BETANCES, a través, sin duda, de la palabra entusiasmada de Meriño, su amigo, que así lo ponderó: "Entre Neyba y Barahona, en un alto y risueño valle en el cual la naturaleza gozó derramando todos los esplendores de los trópicos, se dió a soñar con una casa modesta y saludable, rica de aire y de luz, rodeada de verdura, dominando el mar azulado, dominando a lo lejos los bosques, dominando un hermoso río con sus limpias aguas y en donde todo este pueblo doblaría su energía de rectitud, su valor de sabiduría y su fuerza de bondad. Él la quería llena de alumnos, sus amigos; y de esos campos de una fertilidad incomparable que lo rodeaban, quería hacer una quinta en donde se verían agitados en ocupaciones fecundas de innumerables labradores, sus antiguos discípulos que habrían trabajado por la felicidad de su familia y la prosperidad de la patria. Pasar allí la vida y consagrarla a hacer floreciente ese rincón del paraíso, la civilización más pura, era un plan digno de ese sacerdote destinado a ver sus sueños tan a menudo ahogados bajo las rudas prácticas de la vida.—BETANCES, "Retrato de un Arzobispo".



las virtudes cristianas, y allí enviaron al neófito a evangelizar. No le faltarían quiebras en el oficio.

Comenzó por poner una pequeña escuela y, suavemente, a inculcar la afición por los libros en los mayores. Rodeado de niños que le querían y de hombres que no tardaron en estimarle, el curita era feliz. Aquello era casi el paraíso. Pero estalló la revolución contra el Presidente Báez y, a pesar de que Meriño no había cumplido los veinticinco años, sus feligreses, entusiasmados con su párroco, le eligen diputado a la Convención o Congreso Constituyente del año 1857, en Moca. No llegó allá. Su alma generosa, sorprendida antes por la guerra fratricida, para impedir que los revolucionarios asesinaran a un general contrario suyo, llamado de apellido Rubí, se interpuso y le dió amparo, y lo protegió, no mirando si era "santanista" o "baecista", "rojo" o "azul", sino que —a lo Monseñor Bienvenido, apostólico varón que pinta Víctor Hugo en "Los Miserables", tan semejante al nuestro—, sólo acogía en su casa a uno que huía sin refugio ni amparo.

Una orden de Santana le llamó, cuando se disponía a ocupar su puesto en la Constituyente, y tuvo que ir el Presbítero, por aquella caritativa proeza, hasta el cuartel general de los Caimitos a explicarle su conducta. El jefe revolucionario que sitiaba la capital, convencido con nobles y cristianas razones, le excusó, se hizo su grande amigo, cobróle admiración y afecto desde entonces, y le dejó en libertad hasta de escogimiento entre su antigua parroquia o la nueva del Seibo, y por ésta se decidió.

No sabemos si entonces o después, el caso es que, Santana, en recuerdo de su amistad, le regaló un bastón con puño de oro, que Meriño siempre usaba. El general le llamaba "el Padrecito".

Desempeña luego el curato de San Cristóbal, (1) pintoresca población a orillas del Nigua, la que alguien llamó el "Fontainebleau dominicano", y será, de hoy más, cabeza de provincia. Castellanos (2), le presenta por tales días conviviendo y participando en sus estudios con el P. Billini. Si ello es así, ¡felices tiempos aquellos en que brillaban en igual modesta esfera, en la misma población y bajo el mismo techo, dos luces magníficas de nuestra historia eclesiástica, un Borromeo o Gregorio, juvenil, sabio y bondadoso, entusiasta por la lectura y la polé-

(1) Para substituir al P. Juan de P. Ayala.

(2) V. "Fisonomía de Meriño", por CAN. RAFAEL CASTELLANOS. Barcelona, 1910.

mica, y un embrionario Francisco de Asis, siempre ardiendo en ígneo amor y caridad! ¡Juntos el verbo impulsivo y el corazón seráfico, la más grande mentalidad que tuvo la Iglesia dominicana, y su más filantrópico corazón, encerrados ambos en las talaras ropas! Aquí, la serenidad; allí, el nervio; de un lado, el santo algo indocto; del otro, el benéfico sabio.

Permanecen unidos hasta después del triunfo de aquella mencionada revolución que acaudilló el general Santana: entonces (1858), torna Meriño a su muy amada capital, hecho cura de la Catedral Primada.

*"Redite Caesar quo est Caesari"*. Al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios. Vibraba entonces, veleidosa, la República, por el triunfador Pedro Santana, aunque ya no lo era de los haitianos, sino de sus propios hermanos enemigos, y todo eran aclamaciones. ¿Cómo olvidar la patria, en realidad que él fué su salvador en hora crítica? ¿Cómo echar en saco roto nosotros, ahora, los vítores y aplausos, el camino de flores que llevó al "Libertador" a la tercera Presidencia? ¿Cómo olvidaron los bronces triunfales que tañeron, una vez más, en loor de aquel valiente y temerario soldado, que en las Carreras ganó su inmarcesible gloria, todavía no marchita? Humo, aplausos, salvas de honor, por aquél que en gira victoriosa por la República, acababa de pacificarla y de imponer el respeto a la Constitución de 1854. Para celebrar la entrada del Presidente Santana en la capital, el 23 de septiembre de 1858, hubo dos días de fiestas, con músicas, iluminaciones, cañonazos y repiques generales de campanas. En la Catedral cantóse un "Te-Deum", y concluido éste, Santana, el devoto de la Virgen, pasó a la iglesia de las Mercedes, en donde, por cumplir una promesa hecha por el epónimo en trance de apuro, hubo solemne Salve. Al día siguiente, festividad de la Virgen bajo aquella advocación, el P. Meriño subió a la tribuna piadosa, en la mencionada iglesia de las Mercedes, y pronunció un elocuente sermón que ya acreditaba sus dotes oratorias, y que se publicó en un folleto salido de las prensas de la Imprenta Nacional.

El 13 de junio de 1859, también abundaron los festejos que conmemoraban la entrada del ejército libertador en la ciudad capital. Para ello hubo el capricho de escogerse el pueblecito de San Lorenzo de los negros Minas, como sitio propicio a las celebraciones, el risueño caserío que pinta así el Magistrado Ureña:

Besa el Ozama al pasar  
 El pié de una alta ladera,  
 Que conduce a una pradera  
 Circuida de un guayabar.  
 No muy lejos descollar  
 Se ve un grupo de colinas,  
 Y entre lindas clavellinas  
 Matizadas de colores  
 Cual salido de entre flores  
 Se ve el pueblo de los Minas.

Allí se presentó el general a la cabeza de su brillante Estado Mayor, y, en gira encantadora y patriótica, seguido por mozos y mozas capitaleñas, divirtiéronse en grande. Danzas y risas, y tambores, y cañonazos, y músicas, y aclamaciones, y un solemne "Te-Deum" en acción de gracias al Altísimo, nuevamente, y no pudo faltar el verbo, ya cálido y elocuente, del P. Meriño, en otro sermón famoso, que fué, según la "Gaceta Oficial", muy "digno de elogio", y en el que ostentó y lució "su erudición y su elocuencia en grado eminente" (1).

Que ya era algo imprescindible nuestro orador en toda ocasión solemne, lo prueban todos esos discursos; y la estima en que le tenía Santana, este otro hecho: Ocurrióle por entonces una crisis a nuestra Iglesia, desprovista de todas sus autoridades en poco tiempo, pues murió el Obispo-Coadjutor de Portes primero que él, luego él mismo, y a poco, Gaspar Hernández, que le iba a substituir. Previa recomendación del General y consulta con el príncipe eclesiástico más cercano —que lo era el Arzobispo Niewindt de Curaçao—, se proveyó interinamente en Meriño, y éste quedó luego investido por Roma, a pesar de su juventud (1858) como Apostólico, y atribuciones casi episcopales, pues podía impartir confirmaciones a los de su diócesis (aunque pocas veces lo hizo). "En la mañana de su vida como hombre —dice un historiador citado por Betances— y en el comienzo de su carrera como sacerdote, llenó su mandato con tanta pureza y dió tales pruebas de inteligencia y sabiduría, que el Soberano Pontífice, reconociendo sus importantes servicios para con la religión, lo revistió con las facultades reservadas a los Obispos y le confirió las facultades para administrar el sacramento de la Confirmación". ¡Un joven prelado con sólo cinco lustros,

(1) Citas de JOSÉ GABRIEL GARCÍA. "Compendio de la Historia de Santo Domingo"; t. III, pág. 339. Santo Domingo, 1900.



más un año de experiencia! ¡Hasta en ello se asemeja al santo Arzobispo de Milán, con quien le comparan Arístides García Gómez y el Canónigo Castellanos; pero, nuestro Carlos Borromeo aun le aventaja en que, antes de vestir la púrpura definitivamente y aun muy lejos de ella, consagróbase a la Iglesia y al amor de las escuelas con ardoroso entusiasmo, y tuvo así, antes de tiempo, sus "noches vaticanas"! Don Emiliano Tejera, otro patricio eminente por sus actuaciones del futuro, otro de nuestros penates en las letras y en el civismo, fué viviendo a su lado, entonces, una especie de secretario, en el Seminario, del cual era Profesor de Letras. El P. Meriño le profesó siempre grande afecto, desde su infancia. (Luego, ¡ay!, Tejera será su enemigo, como el P. Billini, y veremos por qué...).

El temperamento ardoroso del joven prelado, amigo de apostolizar y predicar a toda costa la buena nueva de la ciencia y de la fe, muévele tan pronto a la palabra escrita en el periódico, a favor de las ideas ortodoxas, para trazar varios artículos en "Las Flores del Ozama" acerca de "¿Quién es el hombre?" o "La Verdad" o "Causas de nuestros errores" o bien acerca de "Qué es el sacerdote católico y cómo influye en las costumbres de los pueblos", como lleva su palabra entusiasta al Seminario, en donde, cual Vice-Rector, fuera el maestro amable y docto, encanto de quienes le escuchaban y rodeaban (1). Y el seco

---

(1) "Hacia algo más de un año que ambos mitrados, el piadoso Arzobispo, don Tomás de Portes e Infante, i su ilustrado coadjutor, el Obispo don Elías Rodríguez i Valverde, ya en edad proveyta, habían caído en el seno de la muerte i dormían el sueño de la tumba en la Catedral Metropolitana de Santo Domingo. Un joven sacerdote, discípulo dilecto de ambos prelados, había recibido el doble legado de la rectoría del Seminario Conciliar de Santo Tomás de Aquino i del gobierno de la Arquidiócesis, sede vacante.

"Fernando Arturo de Meriño, tenido ya por elocuente orador sagrado, frisaba en los 26 años de su edad, en 1858, cuando hubo de asumir las responsabilidades de una i otra investidura. Para entonces había en las aulas de aquel amable instituto un grupo de estudiantes de término i en breve ocuparían el altar, el confesionario i el púlpito. Eran ocho: Pedro Tomás de Mena i Portes, Francisco X. Billini, Juan Velázquez, José M. Perdomo, Rafael García Tejera, Francisco Velázquez, José del C. Betancourt i Marcelino Borbón i Peralta.

"Dos grupos constituían la laboriosa i leda colmena del Seminario. En el primero figuraban los adolescentes i los jóvenes. Sólo uno recibió las órdenes sagradas: José M. de Meriño, hermano del futuro Arzobispo, el cual fué cura de almas, canónigo honorario i vicario general de la Arqui-

plantel de curas se transforma en alegre colmena en la que bullen toda clase de vivaces abejas, aún las que no han de cortar sus alas en holocausto a Dios, vistiendo el hábito (1).

Pero, no basta todo eso para aquella activa savia juvenil, ya convertida en virilidad. Gracias a su siempre también buen amigo Luperón (2), sabemos y conocemos del magnífico discurso que alrededor del patriotismo y en contra de la desunión reinante, predicara, el 27 de febrero de 1860, con magnífica y oportuna brillantez impresa en sus recuerdos de la infancia y sus consejos inapreciables, el Vicario General Apostólico, Gobernador Eclesiástico, y Vice-Rector del Seminario, en la Catedral. Mientras tanto, para la Iglesia no había otro pastor ni más cabeza visible que dicho Vicario. Empero, al fin decide Roma el nombramiento del Presbítero Dr. Antonio de Cerezano, un cura muy letrado y con fama de moralidad, residente en Puerto Rico, aunque natural de aquí, para Arzobispo de la Primada de América; y al expedirle el Papa sus Bulas o letras apostólicas, encargóse de llevárselas a Mayagüez el mismo Padre

diócesis. Sólo dos han llegado a la edad octogenaria en el goce de la vida: Daniel Henríquez i Carvajal i Manuel Pina i Benítez (a). En el segundo figuraban los infantes. De esa falange ya sólo viven tres: Aurelio Fernández, Francisco Herrera i Mota i el autor de estas páginas liminares. Ninguno de ella pasó de minorista. Santiago Bobadilla, Severino Dasangles i Antonio Olives —fenecidos en la adolescencia—, habrían llegado al sacerdocio quizás, pues fueron modelo vivo de vocación i disciplina religiosa (b).

V. FED. HENRÍQUEZ C., "Páginas Liminares" a "Los Restos de Colón en Santo Domingo".—Tercera edición. Santo Domingo, 1928.

(a) Contábanse en este primer grupo —el de Meriño, Henríquez y Pina— estos otros distinguidos escolares: Francisco-Gregorio Billini, Rafael Lluberes, Juan-Tomás Mejía, Joaquín M. Pérez, José-Santiago de Castro, Luis Caminero, Ildefonso Pina, Tomás Velázquez, Juan de Mata Pina, José-Maria de Castro, José Joaquín Pérez, Miguel-Antonio de Mena, José Llaverías, Manuel M. de la Concha, Antonio Brea.

(b) A esos seis seminaristas del segundo grupo hay que agregar, para integrarlo, esta nómina complementaria: Luis A. Pérez, Valentín Meriño, Juan Pablo Pina, Rafael Mazara, José-Joaquín del Monte, Luis Herrera, Cro. N. de la Moya, Francisco Quirico Contreras, Juan Schill, Manuel de J. Delgado, Joaquín Urdaneta, Dionisio Bernal, Esteban Vallejo, Tomás García, Ricardo Martínez, Eliseo Gómez...

(1) "Sólo el Seminario, de aulas concurridas merced al afable verbo i al trato cordialísimo de su joven Rector, el P. Meriño había roto, desde 1859, el molde del viejo sistema de la rutina i había proscrito la bárbara sentencia "la letra con sangre entra".—V. FED. HENRÍQUEZ C., "Ética y Estética"; tomo I, pág. 72. Santo Domingo, 1920.

(2) V. "Notas históricas del general Luperón"; t. I, pág. 46 y siguientes. Ponce, P. R., 1895.



Meriño. El Dr. Cerezano murió sin llegar a consagrarse; Meriño siguió, pues, en el gobierno de la diócesis dominicana.

Chispazo de fuego en el cielo brumoso de la Patria, sobre el cual ya se condensaban los cúmulos y cirros de la anexión funesta a la metrópoli, no muy empeñada en ello, reaparece el sacerdote en la tribuna sagrada en 1860 pronunciando un patriótico sermón, y, cual un nuevo gladiador, en la arena caldeada de la política, hacia 1861, al modo de tantos otros curas; como Sánchez, que en el destierro, ante el amago del peligro, empezaba a revolucionar francamente; como Pedro Alejandrino Pina; como todos los jóvenes de vergüenza y dignidad, enfrentándose a su antiguo amigo Santana, por anti-patriota. Este, parece —dicen algunos— que le consultó su propósito: Meriño se horrorizó y lo condenó con entereza. Según uno de sus más ilustres y amados discípulos (1), “cuando fué político perteneció siempre al partido de los hombres más dignos, de los que no traficaron con el decreto de la Patria ni pusieron en feria su bandera”... Girondino soñador, comenzó a forjar un plan para dejar sin éxito el proyecto liberticida del vencedor en las Carreras, quien quería en las sombras, trocar todos sus laureles, frescos, puros y lozanísimos,

...lauros de Salamina y de Platea  
que crecen cuando lloran los tiranos...

por alguna mediana satrapía capaz de bastarle a sus ambiciones de mando y lucro, y de contentar a los amigos.

La conjura pro nacionalidad, no fué planta que cuajara en la almendra del triunfo: la Patria había de ser vendida, y después de tanto sacrificio, después de haberse grabado en la historia los nombres áureos de Beler y la Estrelleta, Cacimán, “El Número”, y las fechas imborrables del 19 de marzo y el 30 de marzo, habría que bajar el cuello a la coyunda. Pero Meriño, nó: su robusta testa no era de esas... Ya tenía su verbo el fuego de Cicerón y de Demóstenes. Ya comenzó a lanzar, como un volcán su lava, la primicia de sus patrióticas “filípicas” o de “catilnarias” inmortales, como sacerdote patriota y político de altura, bajo las bóvedas de la vetusta Catedral.

Contemplémosle. Es el 27 de febrero de 1861. Van entrando primates y hombres notables de la República en la iglesia.

---

(1) V. CASTELLANOS, *opus. cit.*, pág. 48.



Naves majestuosas —creación del célebre arquitecto Alonso Rodríguez, y en las que todavía no había hecho intromisión la mancha blanca del bloque de mármoles en honor al Descubridor Colón—, acogen en sus bancos de caoba, colocados a ambos lados, los unos dando el frente a los otros, a los feligreses y políticos que con el General vienen. Hay misa solemne, y oficia el P. Meriño, allí en el altar mayor que cobijaran un día las águilas de Carlos Quinto. Cúmplese un aniversario más del día glorioso para los dominicanos en que un trabucazo, disparado en la Puerta del Conde de Peñalva por Ramón Mella, dió la seña a todos los patriotas de que la lucha comenzaría y de que iba a haber una tierra libertada, si con ímpetu empujaban al intruso. Y así fué: la antigua Española se pobló de héroes y se colmó de gloria, y hubo un Duvergé en Azua, y un Valerio con sus andulleros gloriosos en el Yaque, y un Monción, y un Imbert, y tantos más. La República fué. El primer presidente elegido había sido Santana, uno de aquellos bravos generales victoriosos, y se había erguido cual árbitro supremo. A quien se opuso a sus designios lo hizo preso, como a Duarte, a Sánchez y a Mella, o lo fusiló como a Trinidad Sánchez, mancillando así, sangrientamente, el primer aniversario de Febrero.

Ahora, ya en su tercera presidencia, Santana meditaba la Anexión! El hombre férreo que victimó a los héroes y expatrió a los próceres, pulsaba demasiada inexperiencia en la juvenil República, que, con harta impresionabilidad, andaba dando tumbos desde él, Santana, a Báez, de Báez a Santana, por encima de uno que otro figurón o presidencial pelele entre ambos famosos caudillos. Y temeroso ante el peligro, siempre amenazante, de las haitianas huestes que no daban paz a los invictos, creyó ver la salvación en España y allá volvía los ojos para echarse en sus brazos y, a su sombra, quizás perpetuarse en el poder. Meriño sabía todo eso: conocía sus manejos, el ir y venir de emisarios a la Corte. Santana le había pedido que exhortase al clero en favor de la Anexión. Meriño se negó:

—Piénselo bien, Padrecito.

—Lo he pensado bien, general —fué su respuesta.

Y subió a uno de los púlpitos de piedra alzados a ambos lados de la iglesia, entre la capilla del Santísimo y la frontera, donde dos leones guardan el sepulcro de Geraldino. Frente a ellos, allá arriba, junto a las magníficas, pétreas palmeras que forman columnas en sus naves, ascendiendo a la altura, el sacerdote, hierático, solemne, parecía otra

palmera majestuosa cuando elevó sus brazos al cielo, amenazantes. Pronunciaba las palabras de ritual, en latín tomado a alguno de los libros santos, profético e intencionado: *Si cognovisses et tu et quidem in hoc die quoe ad pacem tibi...* "Si conocieras, aún en este día que todavía es tuyo, lo que puede darte la paz"... (Lucas, c. 19, ver. 42). Y a manera de exordio surgían estas frases:

"Desde el fatal momento en que el primer hombre cayó de la gracia de Dios, le invadieron todos los males... Su esclarecida inteligencia se halló de súbito como ceñida con un lienzo fúnebre, totalmente nublada por el error; su carne se rebeló contra su espíritu, y en su corazón se albergaron las pasiones más degradantes. Al paso que se iba desarrollando la especie humana, todas estas miserias iban tomando incremento y al mismo compás el infeliz hombre se apartaba de su Criador. Así, señores, como dice la Escritura, toda carne fué corrompiendo su camino y los corazones se ladearon a la maldad. Y aunque favorecida la criatura racional por la admirable reparación que comenzó en el Gólgota, vemos que el hombre camina aprisionado, arrastrando siempre la ignominiosa cadena del pecado" (1).

Traspuestos sabiamente los umbrales del discurso, entra en materia y va al fondo para ponderar, con su palabra que tiene el fuego de Isaías, el fúnebre cortejo de las malas pasiones y entre ellas, la del vergonzoso egoísmo, engendrador de tantos males. Habla en globo: sus condenas son de tesis general. Anatematiza al "monstruo que viola, sin respeto, hasta los mismos sentimientos que la naturaleza escribió", etc., etc. "Hipócrita, lisonjero, llega al culto del yo, a la *egolatría*".

Y cuando nadie cree que el predicador iba a atreverse a encarar al Gobierno, aquel Generalato ya tinto con la sangre fratricida, lo enrostra y cita los males del egoísmo en los que mandan, y medran a costa de los patriotas abnegados, émulos de aquellos héroes de Sagunto y de Numancia. Algunos feligreses, sin duda, agitábanse nerviosos en sus asientos, con miedo, escuchando aquellas condenaciones y maldiciones; aquel conjurar a los hijos de la patria para que recordaran que eran también hijos de Jesucristo y sofocaran sus pasiones y se unieran de nuevo; aquel apostrofar al primer Magistrado de la República y darle consejos, encareciéndole el amor a sus conciudadanos, a hacerse digno de la confianza que se le muestra y a trabajar con celo por el bien de todos.

---

(1) V. "Obras del Padre Meriño", pág. 16. Santo Domingo, 1906.

“...Tenéis en vuestra mano el arma poderosa de la opinión pública, arma invencible que os ha cubierto de gloria cuando habéis luchado protegiendo los intereses comunes en defensa de la Patria: herid con ella al egoísmo. La nación os mira como el caudillo de la libertad: sostened, pues, con honor, el glorioso pendón de la Independencia. Trillad la senda de la justicia; haced siempre el bien, que la vida es corta, el poder de los hombres pasa, el juicio de Dios es recto y la historia queda en manos de las generaciones venideras...”

Unos serenos ojos azules, acusadores, caen desde lo alto sobre las charreteras de aquel otro ser, cuyos ojillos, también azules, verdosos, pestañeaban inquietamente, mordiendo los labios de despecho, mientras un color se le iba y otro le subía por su hirsuta testa, que mezclaba caracteres del simio y del rey de los desiertos. ¡Sus planes desembozados tan en público! ¡Su prudente máscara ya alzada!

Y, a pesar de aquel llamamiento a sostener enhiesta la bandera de febrero, a pesar de los gritos del patriotismo herido, a pesar de aquel Basilio elocuente que con su talento condenaba de antemano las apostasías de Juliano... el tráfuga y liberticida salióse con la suya. Porque —como diría Luperón más tarde—, “la tiranía, como la esclavitud, produce la sordera del alma”... Y Santana se hizo el sordo, primero a las voces del amigo a quien consultó su proyecto de pronunciarse por la Anesión, que él rogó dejara siquiera, a opción del pueblo; que fuera éste, quien, si quería, la pidiese, y después a los clamores del sacerdote indignado.

Meriño, entonces, atrevido, en sólo quince días quiso poner en práctica un plan, contando con los generales Eusebio Manzueta y José Leger, para que, de éstos, pronunciara uno las guarniciones de Yamasá, el Cotuy y otros pueblos, mientras el otro, Leger, se incautara de Santana en la Capital, y así se corriese la insurrección y la protesta por toda la República. Sin embargo, les faltó tiempo, les faltó organización y sobraron en cambio flaquezas y desacuerdos. El poder fué, al fin —después de traiciones de los amigos cuando no debilidades—, de quien, en premio a tan menguada hazaña cual vender la Patria, pudo seguir empinándose y cabalgó triunfante, aunque por poco tiempo, con mezquinos títulos, sobre las ruinas de una nacionalidad convertida en colonia. Leger, se vió en el trance de arriar con sus propias manos, desde el Palacio del Gobierno, la propia bandera por la que tanto se luchó, y poner en su asta misma la de España. Manzueta, también claudicó por el momento... La

afrenta resbaló sobre el prelado, y se vió a un proscrito ilustre embarcado para la península "bajo partida de registro", a consecuencia de "los esfuerzos que hizo por oponerse a la anexión" (1).

Era el 11 de abril del año infausto, lunes de Semana Santa.

Meriño era el expulso. Iba con la frente alta y no cual Mario fugitivo a llorar sobre las ruinas de Cartago, sino altivo, soberbio, al encuentro de esa madre España que él amaba como madre, pero recusó como tutora vitalicia de un pueblo en adultez. Fiero adalid de la palabra nacionalista, quisiéronle, como al león del cuento, guardián de su tesoro, meterle la espada en la boca para acallar el rugido. Pero, ni amenazas ni la oferta del báculo y la mitra torcieron su recta voluntad: prefirió el pasaporte. Llevaba algo más y mejor en su maleta: un pliego con centenares de firmas en protesta a la anexión y que él habría sin duda de mostrar allá en España.

Hubo algo insólito y hermoso en la partida. Todo un pueblo valeroso y atrevido, a pesar del nuevo gobierno y sin temor a las represalias de su fuerza, acompañó al proscrito al muelle con sus aplausos y sus muestras de imponderable afecto.

Fué aquello un aliento al desterrado, un viático consolador para el viajero.

Santana, más tarde, aleccionado por los tropiezos, tuvo que reconocer:

—El único que me dijo la verdad fué el Padrecito...

---

(1) V. JOSÉ GABRIEL GARCÍA, "Historia de Santo Domingo", t. III, pág. 249. Santo Domingo, 1900.

### III

## LA OBRA DEL CURA EN EL OSTRACISMO

(1862-1865)

Andar, andar, como el Judío Errante, constituyó el destino de Meriño durante varios años, largos, con pequeños intermedios de reposo. Provechosa a veces es tanta correría, si el desterrado se llama Ulises, o Licurgo, o Pedro el Grande, o simplemente el filósofo moderno que va con su Diario de viaje y el afán de verdad en su mochila. Aquel discípulo de Aristóteles y de Epicteto, tamizado a través de la cristiana filosofía tomista del ángel de las Escuelas y de Aquino, encontró algún solaz para las heridas que por causa de patriotismo llevaba en su alma, contemplando los esplendores que, a través de los tiempos, acumuló la religión, al paso de muchos siglos, en la España católica. Tras el cristal de sus lecturas, abrigó, acaso, una idea muy distinta de la realidad; y a través también de las polainas y los sables que de allá nos enviaban, pasados por el sol de otras antillas, una idea muy menguada de su grandeza y poderío.

Llega a Cádiz —avanzada de España para el turista—, y después de recorrer sus viejas calles y su vetusta catedral, despierta su inspiración, más que lo que vé, el recuerdo de lo que lleva dentro. Y escribe —como Bolívar en el Chimborazo—, un fulminante y patriótico artículo que tituló como el de aquél: "DELIRIO"...

En la Corte le esperaban los encantos de Madrid y sus bosques magníficos, sus grandiosos monumentos, sus pinacotecas de arte y sus palacios, en una atmósfera de gran urbe, con supe-



rioridad de metrópoli. Todo ello pudo maravillarle, pero no le deslumbró. Contrariábale el pensar cual Ulises en su lejana Ítaca, tan pequeñina y olvidada, entre tantos millares de personas como cruzaban por la "Puerta del Sol"... Los grandes hombres del momento, aquellas destacadas figuras de las letras o de la política, los O'Donnell y los Prim, brillantes espadas; los héroes de la oratoria, como Castelar, su contemporáneo, sólo un año mayor que él, y quien ya a los veinte se diera a arrebatarse el aplauso de las masas con sus mágicos acentos; aquella desconcertada reina y su gobierno, ¿qué conocían apenas de cierta mísera colonia que les cayó del cielo, en intempestivo amor hasta sus brazos? Ni se preocupaban, ni la conocían... ¡Y qué concepto más errado acerca del que premiaran por su "lealtad" y honradez con falaces títulos de Marqués de las Carreras, Capitán General de los ejércitos de la monarquía y otras zaran-dajas!... ¡Menudos afanes los del sacerdote por desenmascarar el engaño y que se dieran cuenta del verdadero estado de la opinión en la colonia recuperada con trampas y arterias de sus propios hijos! Con su palabra, con su esfuerzo, con todos los bríos de su talento y el prestigio de sus limpias ejecutorias, comenzó a luchar por la restauración desde allá. Depositó en los oídos de la Reina los deseos de los patriotas dominicanos. Isabel II le recibió en audiencia y le oyó con mucha atención y cuidado, cuales se mereciera el elocuentísimo Padre. Ya que él no quería nada de España en su tierra, le concedió el desempeño de una canongía en la isla de Puerto Rico y ciudad de Mayagüez, para donde salió de nuevo el exilado. El cura pudo aceptar un trabajo honroso con que ganarse la vida en cualquier parte: el patriota nada quiso, en cambio, que oliscase a reconocimiento de un poder extraño en su república.

Radicado en Mayagüez cumplió Meriño dignamente y a cabalidad sus faenas, no ya como canónigo (pues esto no se llegó a proveer), sino cual mero párroco; pero el obispo Carrión le tomó a su lado como familiar y se acompañó de él en sus viajes a través de la isla en pastoral visita, en la cual no era lo menos atractivo el verbo fácil del adjunto, en privado y cuando—por circunstancias o expreso mandato— ascendía a la cátedra sagrada. Entre otras andanzas, su pluma trazó rectas y bien orientadas campañas desde "El Compilador" (1863), en pro de la edificación de un hospital allá, y su voz sonora y magnífica deslumbró, como dondequiera que la escucharon. Cuéntase que, tan enorme el entusiasmo, tan candente la emoción que des-

pertaba, crecieron hasta el punto de que, una tarde de noviembre, fiesta de los Difuntos, el pueblo, arrebatado tras uno de sus famosísimos sermones, le siguió con antorchas encendidas, aclamándolo entusiasmado, hasta el cementerio, para rogar por los muertos, tal si fuera un antiguo triunfador en la Grecia de Pericles o en la Roma de los Césares. ¡Era eso su mejor laurel y esas siempre sus victorias! Menos motivos tuvo Píndaro cuando cantó sus estrofas inmortales:

"Con fiestas y canciones | de las Gracias favor premiar es justo | las  
"íclitas acciones | enalteciendo al vencedor augusto | Meliso ¡honor y  
"gloria | a tí que alcanzas hoy doble victoria! | Sin rival el gentío | en  
"ístmico valle hora el te aclama | de jinete el umbrío | bosque del gran  
"león te ha dado fama | ¡Gózate, tú que elevas! al ciclo el nombre de tu  
"patria, Tebas!"

Aquella noche de triunfos celebrados con iluminarias, era la noche de Difuntos y "se creyó ver —dice Betances (1)— las sombras de los sacerdotes libertadores de México, de Hidalgo y de Morelos". Pero podemos agregar nosotros que nuestro cura, en cambio, respetuoso con sus hábitos, no los trocó jamás por un ridículo uniforme que se manchó de sangre en las batallas más sangrientas de la historia americana; y que así como el cura de Dolores, antes de su fecunda rebeldía benefició a su pueblo introduciendo la cría de gusanos de seda y plantando viñas, el dominicano aún tuvo misión más bienhechora, pues sólo crió discípulos, y las viñas que cultivó fueron planteles de enseñanzas que fundó, andando el tiempo, para ellos. Además, como la mejor consecuencia del triunfo para el sacerdote católico, que lo era muy de veras y de todo corazón, el P. Meriño logró —merced a su prestigio y a sus súplicas—, que un hombre rebelde y de corazón endurecido, reacio a todo lo referente a iglesia y a sotanas, se confesara con él, ya "in articulo mortis", y se preocupase por salvar su alma. Así como Herbert Spencer, filósofo y pedagogo, entiende que la misión educativa debe ser prepararnos a vivir vida completa, "eterna" diría Meriño.

Consecuencia lógica casi de semejantes triunfos y lauros, su palabra vehemente se hizo sospechosa a las autoridades coloniales que sojuzgaban entonces la patria de Betances, y el tribuno se vió en el trance de arreglar otra vez sus pobres

(1) *Op. cit.*

bártulos y su maleta errabunda. La patria de Bolívar le acogió. Por allí vagaba también, paseando tristemente el fardo de sus desencantos y dolores nacionalistas, el perínclito Juan Pablo Duarte, como una sombra en el crepúsculo de los dioses, cabe las márgenes casi inexploradas y salvajes del Río Negro, allá en el corazón de Venezuela.

Mientras tanto, el general Santana moría arrepentido de su falta, y casi olvidado por la misma nación a quien —tan de buenas a primeras— regalara una colonia, y por sus amigos que, después de coronarlo en un tiempo como al verdadero libertador, ahora sólo veían en él al anexionista y vende-patria... "Sic transit gloria mundi..."

En Caracas, la gentil ciudad acogedora y simpática, que para muchos es un "petit Paris", gracias mejor que a sus magnificencias, a la cordialidad amable con que recibe al extranjero, pasó Meriño buenos días. Permaneció junto a Duarte cierto tiempo, en la misma Caracas, en cuya catedral predicó; en donde se encontraron, y copió en "la cartera del proscrito" unos versos llenos de melancolía, cuyo mayor mérito es el ser producto del numen del padre de nuestra patria (1):

Triste es la noche, muy triste  
para el pobre marinero  
a quien en el Ponto fiero  
acosa la tempestad.

Triste es la noche, muy triste  
para el infeliz viajero  
que en el ignoto sendero  
descarrió la oscuridad.

Triste es la noche, muy triste  
para el mísero mendigo  
que sin pan, tal vez, ni abrigo  
maldice a la sociedad.

Triste es la noche, muy triste  
para el bueno y leal patricio  
a quien aguarda el suplicio  
que le alzó la iniquidad.

.....

El corazón en dolor  
ve venir la noche yerta,  
la adusta frente cubierta  
de insomnio, angustia y rigor.

(1) V. "Reseña Histórica-Crítica de la Poesía en Santo Domingo", pág. 57. Santo Domingo, 1892.

Dolió al noble corazón del sacerdote el gran pesar que destrozaba el del hombre más ilustre que produjo su tierra, y, diez y nueve años más tarde, cuando el traslado de los restos venerandos del mismo, desde el destierro a la patria, un tanto ingrata, la palabra candente de Meriño emocionaba al auditorio evocando aquel encuentro y haciendo la apología del caudillo sin segundo:

“Oh. Yo le vi... y recogí de sus labios convulsos el triste relato de aquella honda pena que acibaró para siempre su existencia; y le oí también perdonar a sus gratuitos enemigos. Dolíanle solamente los males que había sufrido y sufría entonces con mayor intensidad la patria de sus sueños, empujada hasta el abismo por las luchas fratricidas que tanto horror le inspiraron a él desde el principio y que jamás quiso contribuir a alimentar. Veintiún años habían transcurrido desde su destierro hasta entonces...”

¡Veintiún años! Ya el patricio, cuando supo la anexión, buscó subsidios y armas e hizo un desembarco en Guayubín con tropas, para ponerse a las órdenes de los que intentaron en 1864 la reconquista; pero, triunfante el Gobierno provisorio no hizo mucho caso al anciano, aunque se llamaba Duarte, y sólo le ofreció un cargo diplomático en Venezuela. Por eso él seguía creyéndose un proscrito; por eso estaba de nuevo lejos, sin que hubiera de volver, sino muerto, a reposar en su tierra, para que entonces, sobre sus restos inmortales, cayera la palabra de oro del mismo cuya mano estrechó en Caracas, en 1865 —época que historiamos.

Meriño se halla de nuevo en su país poco después, el 13 de agosto, consumada, efectiva y francamente, la restauración soñada. Es uno de los conspicuos llamados por la Junta Ejecutiva, que se instala y necesita su palabra, sus bríos y sus esfuerzos juveniles.

¡La patria renacía sobre cosecha nueva de laureles reverdecidos en los campos que el sol de agosto fecundó!

#### IV

### EL DISCURSO ANTE BAEZ

(1865)

Prócer de Santomé y de la Canela, la bravura desplegada por el general José María Cabral hizo que "Protector" le titulara la Nación reconocida, y que, al amparo de los resplandores de su nombre, creciera un partido, muy suyo, a donde se acogieran hombres de letras y de ciencias, admiradores de quien frente a sus tropas victoriosas, mientras el vencido La Gándara partía con las suyas para la metrópoli, entraba a la ciudad capital, no ceñidas las sienes con laureles como los Titos y los Vespasianos antiguos, sino con su uniforme algo estropeado y su machete al cinto, ¡tales todos nuestros sencillos héroes y guerreros! Otórgale el Gobierno plenos poderes, y él procura rodearse de cuantos varones conscientes le habían seguido con su simpatía cuando enarbolaba el sable en los pajonales de la sabana heroica, mientras otros amontonaban desaciertos.

Junto a gentes de la talla del historiador José Gabriel García, del probo Mariano Antonio Cestero, del, más tarde, escritor de la Iglesia, Carlos Nouel; del prócer Pedro Alejandro Pina, del ínclito Luperón, "azules" todos —figura el P. Meriño—, llegado al país el 13 de agosto de 1865, lleno de fe en el vencedor de las batallas y "Protector" de la nación. Con él y algunos de sus amigos mencionados, va por el Cibao Cabral en viaje de inspección para pulsar las necesidades de aquellos pueblos, a lo que siguieran muy atinadas y laudables medidas en consecuencia, viéndose con satisfacción el efecto

del consejo de tantos "sabios". Empero ¡ay! lo que a éstos les sobraba faltábale acaso al invicto en la guerra y tímido y vacilante en la paz, quien no pecó de exceso de talento. Su protectorado, en fin, fué una esperanza "azul" que se esfumó temprano. Una nueva revolución que lo "tumba" —según el decir criollo—, una nueva Constitución... y, tras un gobierno, otro; tras un color, otro también. En pocos días, durante ese efímero mandato, fué Meriño, primero, comisionado en el viaje de inspección; después, Diputado a la Constituyente por su antigua y querida Neiba; y luego, de la Junta Ejecutiva o asesora, ideada por Cabral, junto al mismo y otros tres ciudadanos. ¡Todo pasó en pocos meses!...

"Rojos" y "azules", pues, fueron los bandos tradicionales que, con estéril bizantinismo, toman la sagrada tierra de la Patria cual los antiguos y famosos aurigas la arena del circo constantinopolitano, para la eterna disputa que degeneraba en brutales guerras, ayer entre "santanistas" y "baecistas", y luego entre éstos y los partidarios de Cabral, ni más ni menos como —en la agonía del Imperio de Oriente—, los núcleos bárbaros no daban tregua a los epónimos que luchaban en todas las fronteras.

Con su talento político y su valor indiscutible, el general Buenaventura Báez logró empinarse sobre muchos que le admiraban hasta la adoración —cual sus secuaces medioevales a su "Viejo de la Montaña"—, y así púsose a la cabeza del partido "rojo", una de las nefastas banderías que tanta sangre nos costaran. Se dijo que prestó su concurso a los enemigos de Juan Pablo Duarte y que aún los denunció a los haitianos poco antes de la noche de febrero. Sin embargo, en sus manos tuvo varias veces el poder. Aunque, según los contrarios, no titubeó en impulsar aquella famosa "Matrícula de Segovia" que restó, sí, partidarios a Santana, pero también soldados a la patria. Deja luego consumarse la Anexión. El no sembró las agrias uvas, pero fué siempre de los vendimiadores (según la frase lapidaria de Meriño). Y se había ceñido el uniforme de Mariscal de España, y se había dispuesto a desempeñar el cargo de Capitán General de la Colonia. Se disponía ahora a escalar la Presidencia, por tercera vez.

Los pueblos son niños; las naciones, inocentes a quienes se engaña sin temor. Cuando se desprende una república, libre al fin, de aquella nueva "España boba", que vino mansamente y sin conquista épica, a recoger la herencia de la "España vieja"

—adorada por Santana—, el pueblo ya no pensó más en los epónimos, sino en fabricarse amos; y, gozosa, sonriente, como niño con zapatos nuevos, la República los entrega a quien no se cansara fabricándolos con el cuero agujerado en las batallas...

Al llamamiento, Báez acude, desde Curaçao, por donde andaba expulso. ¿Quién no sabe el resto? ¿Quién, que haya pasado en Santo Domingo por las aulas, no conoce la lección tremenda de la Historia? ¿Qué estudiante aún no repite las palabras inmortales del tribuno Meriño, Presidente de la Cámara, después de haber caído con sus amigos y ocupando el cargo peligroso a donde le llevaron los mismos "rojos" para ponerle en evidencia? ¿Quién no admira la talla gigante del hombre ante el otro hombre, del vencido casi, frente al vencedor que sube, y a quién, lejos de adular en la ceremoniosa entrega de la banda, flagela con el mismo discurso de orden que debiera ser un protocolario ditirambo, como es uso y costumbre entre nosotros?

El P. Meriño se halla frente a Báez (1). "Y en rasgo homérico de una altura moral indecible —escribe Miguel A. Garrido en sus "Siluetas"—, desafiando el rencor del nuevo amo y las capelardentes iras de sus idólatras, solo, sin refugio, ajustado a su propia entereza, se yergue grandilocuente y excelso para expresar su asombro. "Cruzando los brazos ante el candidato al solio a quien debe dar posesión de la Presidencia al entregarle la banda, enfrentado a aquel en cuyo pecho deberá substituir a la ya quitada y oculta banda del Mariscalato español, la banda con los colores republicanos, Meriño se detuvo, como la misma montaña ante el falaz profeta de la Meca, para soltar sus latigueantes párrafos:

—"Ciudadano Presidente: Acabáis de hacer la promesa más solemne. En nombre de Dios habéis comprometido vuestra palabra de honor en servir fielmente los intereses de la República, y yo, a nombre de la Nación, representada por esta augusta asamblea que tengo la honra de pre-

---

(1) Cabe recordar —para las deducciones consiguientes— que este humilde estudio biográfico salió de manos de su autora antes del 24 de diciembre de 1932, y de ellas pasó, desde esa fecha, a la Junta Arquidiócesana y a manos del Jurado. Si hay algunas "coincidencias" de expresiones entre las nuestras y algunos de los discursos pronunciados durante la Semana de Meriño... deduzca el lector las consecuencias. El plagio no será nuestro...

sidir, acepto el juramento que prestáis; y desde luego os confieso que delicada en gran manera es la misión que tenéis que cumplir y abrumador el peso con que graváis vuestros hombros.

“¡Profundos e inescrutables secretos de la Providencia! Mientras vagabais por playas extranjeras, extraño a los grandes acontecimientos verificados en vuestra patria; cuando parecía que estabais más alejado del solio y que el poder supremo sería confiado a la diestra vencedora de alguno de los adalides de la Independencia... tienen lugar en este país sucesos extraordinarios... Vuestra estrella se levanta sobre los horizontes de la República y se os llama a ocupar la silla de la primera magistratura. Tan inesperado acontecimiento tiene aún atónitos a muchos que lo contemplan... Empero, yo, que sólo debo hablaros el lenguaje franco de la verdad; que he sido como vos aleccionado en la escuela del infortunio, en la que se estudian con provecho las raras vicisitudes de la vida, no prescindiré de deciros que no os alucinéis por ello, que en pueblos como el nuestro, valiéndome de la expresión de un ilustre orador americano, “tan fácil es pasar del destierro al solio, como del solio a la barra del Senado”. —Sí, porque también entre nosotros, como lo ha querido y dispuesto la Nación, de hoy en adelante es la ley la que tendrá el supremo dominio, y desde el más encumbrado ciudadano hasta el último, todos estarán sometidos a su imperio...” (1).

Silencio enorme, de muerte, preñado de calamidades, acogía el flagelo del verbo. Los diputados se estremecen en sus escaños. Desde el público hay quienes, si se atreviesen, desearían aplaudir a aquel Demóstenes que así enrostra al gran Filipo; a aquella especie de Cicerón que así descubre a Catilina y sólo le falta exclamar en latín su famoso *Quosque tandem?*... Su estatura impone, y la talla moral agiganta la del cuerpo que con su viril belleza les deslumbra. Su palabra fascina, y las verdades a puñados les aplastan. El verbo acusador tiene, hecho carne, del jacobino acusador y del Vergniaud moderado.

...—“Nuestra joven República se entrega a vos y se confía en vuestro honor —agrega medio irónico, como un girondino ante Marat—. Ya la veis... Está reducida a la mayor pobreza y atormentada por grandes dolores. Sus tiranos la han maltratado cruelmente, cubriéndola de heridas y humillando su cuello que cargaron de cadenas ignominiosas; pero ella se ha mantenido pura en medio del sufrimiento, y cuando el patriotismo la tomó en sus brazos, arrancándola del poder de sus opresores, la encontró abatida pero bella y ennoblecida, así en la desgracia como no lo hubiera estado gozando de la prosperidad que le ofreciera la prostitución...”

La magnífica y humana alegoría truécase en las amonestaciones del sermón, y empieza a tratar de la MORALIDAD y

---

(1) V. “Obras”, pág. 27 y siguientes.



aconsejarla paladinamente a quien le oye. Ella es la base del bien público. Hay que seguirla. Hay que escojer los ciudadanos honrados. Por inmoralidad fué por lo que se vendió la Patria. Hay que excluir los malos ciudadanos, los que llevan el sello execratorio sobre su frente impura: los malditos, los tráfugas de todos los partidos, los aspirantes sólo al medro.

—Cuando yo ví aquel hombre tan buen mozo —dice uno de nuestros viejos que le oyó (1)—, tan blanco, tan grandote, tan “bonito” —pondera ingenuo—, atreverse a decirle esas cosas tan duras a Báez, me eché a temblar, vuelto un muchacho...”

Tal la famosa pieza oratoria que le costó el segundo destierro. Como Demóstenes, tuvo su “Discurso de la Corona” —aunque a él sólo se la pusieron de espinas. La Grecia le hubiera coronado como defensor de las libertades atenienses; pero, entonces, el báculo del caminante fué su premio, al ganarse con aquello todas las enemistades del partido “rojo”.

A poco, el 17 de enero 1866, embarcó para Santiago de Cuba (2). Su discípulo José J. Pérez dedicóle un “Adiós”.

Y esa fué una de las solemnes ocasiones en que habló Meriño, en que se perfiló el patricio, al entregarle la presidencia al que por tercera vez la escalaba, del mismo modo que se atrevió antes, en la también tercera presidencia de Santana, a enemistarse con éste por decirle las verdades. Y su oración, lo mismo que entonces, tuvo idéntico corolario: la partida.

—“¡Profundos e inescrutables secretos de la Providencia!” —dice también sorprendida la Historia, viendo que sus hechos se repiten.

---

(1) El general Portalatín, que aún vive en la Vega.

(2) ...“por haber solicitado a tiempo un pasaporte para el extranjero, imponiéndose voluntariamente el destierro” —dice JOSÉ GABRIEL GARCÍA—. “Historia Moderna de la República Dominicana”, t. IV, pág. 66. Santo Domingo, 1906.

La tradición cuenta que aun a más llegó el valor de Meriño. Gritó uno desde el público: “¡Viva el Presidente vitalicio!”. Y el sacerdote, indignado, le gritó: “¡No! Vitalicio, no; alternativo y responsable”. Todo eso, naturalmente, le tenía que mover a pedir su pasaporte “por motivos de salud”...

## EL TRIBUNO ERRANTE

(1865-1879)

Téngase aquí la pluma. Pare un momento el eco propicio de nuestras palabras que han seguido por doquiera al orador en sus cátedras y al hombre en sus andanzas. Aún queda mucho espacio para la acción; aún se prolonga el periodo en que —él mismo— pasa con frecuencia desde el destierro a ocupar un cargo elevado: desde el poder de sus amigos a viajar de nuevo por el extranjero. Y, antes de seguirle, estudiémosle, extáticos de admiración ante su figura.

Uno de los dominicanos también acreedores a la gloria, el que con épicas estrofas entonó el canto viril de nuestros triunfos en un himno, don Emilio Prud'homme, al tratar de Meriño en cierto artículo publicado en "Ateneo", decía de tres aspectos para su monumento: el SACERDOTE de esta primera época que cerraremos con este capítulo, digno, según él, de una estatua de puro MARMOL; el PRESIDENTE, de la segunda, que merece, aún discutido, sólo BRONCE, del recio, del fuerte; y el ARZOBISPO de sus últimos tiempos, cuya estatua sólo puede hacerse en deslumbrante ORO...

Detengámonos ante la marmórea estatua. Contemplemos al orador y al patriota que ya hemos conocido. ¡Sólo aplausos indiscutibles para ambos!...

Era, cual lo vimos, en todo su estilo de oratoria, severo, con simplicidad y elegancia, sin vislumbre de floreos ni rapsodias de frases sonoras. Poco ruido de trompetería en las cláusulas:

nada de apelar al Dios de Sinaí ni a los gritos de los profetas de Israel, para amedrentamiento de los cándidos, —que eso pudiera esperarse del levita mozo y entusiasta. Orador político, tampoco hay en él un Napoleón oportunista, jugando con los cuarenta siglos de las Pirámides... Ni como clasicista, tampoco abusó; que las purísimas fuentes de la Castalia, abrevadas en sus lecturas del Seminario Conciliar de Santo Tomás de Aquino, allí quedaron y no se aprovechó para anegar a sus oyentes con sabiduría mitologista... Sólo alguna vez que otra aparece San Agustín en sus sermones, tanto en los de ésta que finalizamos, como en los de otras épocas. Recuérdese que lleva pronunciadas, para 1865, algunas de sus más celebradas peroratas, que, contándolas todas, són, más o menos, éstas:

- El Sermón de las Mercedes;
- El del triunfo de Santana, en Los Minas;
- El del 27 de febrero de 1860;
- El Sermón del Egoísmo, ante Santana;
- El de la noche de Difuntos, en Mayagüez, P. R.;
- El discurso de la Jura de Báez, sobre Moralidad,

y aún otro que ha de pronunciar, siendo Presidente su amigo Cabral.

Todos tienen como base y fundamento un tópico moral, todos son de hondura y expresión, y poca retumbancia. El aspira a convencer, no a deslumbrar; y así, sus periodos desfilan, nó grandilocuentes y vacuos, —como en muchos ases de nuestra oratoria, conspicuos del verbo, Deschamps inclusive y el propio y áureo Miguel Angel Garrido, en sus declamatorias "Siluetas", magníficas pero campanudas, sino por el contrario, revestidos de cierta solemne sencillez, como el exordio famoso del discurso ante Báez, que todos conocemos y repetimos desde niños.

Amonestaba, convencía y emocionaba, arrebatadamente, — virtudes del perfecto orador, del que domina sin tropiezo la antiquísima "ars oratoria" y la elocuencia que definieron Blair y Campany. Y lo consiguió siempre, en virtud, mejor que de la frase y el lenguaje tan bello, por lo que decía, como lo decía, y en el momento oportuno, siempre memorable, histórico, gracias a la trascendencia que sabía imprimir al fondo. Tal la oración ante Santana, en la Catedral, —que no fué sermón sino filípica—; tal la otra filípica en la Jura de Báez. E imponía, además, la convicción, su voz sonora, clara, y la prestancia soberbia de virilidad intachable, envuelta en hábitos.

El retórico Cermenín dice en su famosa obra, al tratar de las prendas físicas que debieran adornar al orador: "Si Hortensio se presenta a los rostros con una barba asquerosa y descuidada, y una verruga debajo del ojo, se desternillarían de risa los romanos. Pero ¿qué importa que Cicerón cuando escribe lleve desceñida la túnica y tenga un garbanzo en la nariz?"

Ahora bien, contrariamente a esto, "imaginaos una cumbre, hierática, solemne, con escarpaduras soberbias"...(1), una montaña sólo adornada de belleza y lozanía, un monte que es volcán por dentro y en la cúspide tiene un cráter que lanza fuego y llama, algunas veces. Imaginaos, más tarde, un Himalaya imponente, coronado de nieves, pero que nunca pierde su airosa majestad... Imaginaos el varón más completo y perfecto que pudiera haber entre los humanos: hermoso, blanco, rubio, de facciones correctas, ojos claros, serenos; de estatura imponente, erguida; la presencia admirable, elegante, aún dentro de la sotana. No tiene ni una verruga como Cicerón —de donde el nombre o remoquete (*"et ejus avis unum verrucam in extremo naso, ciceris granum Similem, inde cognomen CICERONIS genti inditum"*, dice Nepote—; no el rostro picarazado de viruelas como el feísimo Mirabeau o el horrible Danton; no es chiquito a lo Bonaparte, ni es su nariz de pico, corva, como Fenelón la ostentaba; ni flaco y tuberculoso cual Bolívar; no tartamudeó nunca cual Demóstenes; ni ha prevaricado como Esquines. Miradlo, en cambio, con todas las nobles cualidades físicas, morales e intelectuales que pudieran prestigiarle en la tribuna. ¿Quién más sabio, más bello ni elocuente? No obstante algunas faltas levísimas, ¡cuántos blasones para dar —ya por siempre— lustre y nobleza a su apellido! Fué austero y justo: amigo de Santana cuando éste sólo aparece como el Libertador; le combate y conspira resuelto después, contra la Anexión. Denosta a Báez, porque cree inmereció el ascenso. Y siempre se le encuentra presto en los campos de la lealtad y del honor.

Ese era el hombre y ese el tribuno que tantas veces anduvo errante. Mientras tanto, si Báez triunfa, Meriño ha de partir hacia Cuba... Rodando por allá, conoce varias ciudades —Santiago de Cuba, San Fructuoso de las Piedras, o sea, Veguitas—, y ellas saben de sus buenas actuaciones como coadjutor y cura

(1) V. "Siluetas", de MIGUEL A. GARRIDO, pág. 25. (Segunda edición). Santo Domingo, 1916.

de almas. A fines de 1866, puede regresar al país... (Allá escribió su "GEOGRAFÍA DE LA ISLA DE SANTO DOMINGO").

¡Se hallan en el poder sus amigos, los "azules" de Cabral, elegido constitucionalmente tras revoluciones y triunviratos! Periodo corto y brillante de la historia, hay de todo y grandes cosas en el mismo; malas, si por la Naturaleza, que despiadada, envía un ciclón y una epidemia de cólera, y buenas, en cambio —¡cosa rara!... por los hombres de entonces. Hay una especie de renacimiento en aquella intentona de gobierno de los "sabios": un Ulises Espaillat o un José Gabriel García en Instrucción Pública; un P. Billini en "Regina Angelorum" convertida en Colegio San Luis Gonzaga, mientras su grande amigo, el P. Meriño, encargado por Cabral de la Rectoría del Seminario, rodéase de discípulos que han de ser honra y prez de la Patria en el futuro, llámense Federico Henríquez y C., José Joaquín Pérez, Francisco Gregorio Billini... y tantos otros.

Se abren escuelas públicas y, gracias en primer término a Meriño, y a Emiliano Tejera, el ministro e historiador García, Mariano Cestero, y demás amigos entre sí y de la cultura, se establece, abierta al pueblo, con los libros que legara Rafael María Baralt y estaban guardados en un rincón del Palacio de Gobierno, bajo la vigilancia ahora y dirección del P. Meriño, que vive y trabaja en el plantel de curas como su Rector, —la primera Biblioteca Pública de esta ciudad— gloria que le cabe a nuestro tribuno máximo, en esto semejante al orador Pisistrato, que tal hiciera en Grecia antigua (1). Su verbo, en tanto, también se oía en las ocasiones solemnes desde el púlpito de la Catedral Primada (2).

Satisfecho el gobierno de Cabral con su joven Vicario, llevó su entusiasmo —contra la voluntad del interesado— a un error de cuenta que complicó las relaciones con la Santa Sede: Hacia Roma precisamente había salido Meriño, el 9 de abril de 1867, comisionado para dirimir ciertos pleitos pendientes desde cuando se fueron los españoles, llevándose consigo a su Arzobispo Monzón. Y cuando tras largas escalas y penosa travesía trata él en Roma de arreglar los asuntos, sufre por allá dos contrariedades supremas en poco tiempo: primero, sabe de la falta de tacto de

---

(1) V. "Reseña Histórico-Crítica de la Poesía en Santo Domingo", pág. 33. Santo Domingo, 1892.

(2) V. "Obras del P. Meriño". Sermón predicado en la Catedral el 27 de febrero de 1867, pág. 35. Santo Domingo, 1906.

sus amigos, haciéndole nombrar Arzobispo por la Convención Nacional, creándole así una equívoca situación al Diplomático; y segundo, recibe la mala nueva de que el Gobierno ya no lo era, derribado por las fuerzas revolucionarias de su eterno enemigo, el general Buenaventura Báez...

¡Hasta los elementos se conjuraron entonces en contra del pobre "Protector"! En octubre de aquel año hubo un ciclón. Y además, la situación económica maleó el país de tal suerte que, retrocediendo, al parecer, a los primeros siglos aborígenes, las gentes prefirieron el trueque o "cambalache" —según le llamaban—, de unos objetos por otros, en vez del papel moneda. Y el cólera-morbo, como uno de los cuatro ginetes de la visión apocalíptica del águila de Patmos, azotó la ciudad capital, ya sitiada por los "rojos"... Acosado por tantos enemigos, rindióse Cabral. Las tropas revolucionarias llamaron de nuevo a Báez, quien juró el 2 de mayo de 1868. Meriño prefirió quedarse en el extranjero algún tiempo... ¿Cómo no, si él había hecho la apología de aquel otro régimen, si había ponderado la conveniencia del orden y de la libertad, y, sobre todo, del principio de la autoridad legítimamente constituida, en el sermón citado y dictado en la Catedral —tantas veces resonancia magnífica para su voz de oro?

—"Hijos de la Patria: ¿queréis la paz entre vosotros? Amad el orden. ¿Queréis el orden? Amad la libertad en la ley. ¿Queréis la estabilidad de uno y otro bien? Amad el principio de autoridad. ¿Queréis que impere este principio salvador? Sed buenos cristianos. Sí, amad a Dios sobre todas las cosas y amaos los unos a los otros, para que así viváis fraternalmente unidos como miembros de una misma familia, acreedores a unos mismos derechos y ligados a unos mismos destinos. De este modo, marcharéis bajo las ideas cristianas llenando vuestros deberes en la vida del tiempo y preparándoos una gloriosa eternidad".

El predicador retiróse, a la caída de los suyos, en la ciudad Eterna, (la de las siete colinas, la del Quirinal y el Vaticano, urbe sagrada, propicia a sus devociones todas), y pasó a imprimir su planta en otras poblaciones. En julio de 1870 está viajando por Europa. Tan pronto recorre Francia, especialmente su luminosa capital, donde conoció a Gambetta, a Víctor Hugo, como vuelve a España y trata en amistad a Castelar, al general Prim, en la interesada y siempre patriótica mira de buscar apoyo contra el proyecto anexionista de sus versátiles compatriotas los dominicanos, ahora inclinados a entregarse a los Estados Unidos del Norte... Ora se halla en San Thomas, a cuya isla

vuelan malas noticias de la tierra amada; el general Luperón, su buen amigo, se las cuenta por carta, fechada en otra parte de la misma isla, el 10 de febrero de 1872, pintándole sus heroicos esfuerzos en la acción de guerra de El Pino, para contrarrestar las tentativas de incorporación al yanqui, de los patricidas... (1).

Es Caracas, la gentil, y sobre todo Barcelona, de Venezuela, a donde llegó el 27 de enero de 1868, de nuevo escenario propicio a sus triunfos y auditorio para su palabra, cual nunca subyugante. Durante "los seis llamados años" (como denomina alguno a la época de la cuarta presidencia de Báez) —ya traspuesto por el cura

"il mezzo del cammin di nostra vita..."

se prolonga hasta más de todo ese tiempo la ausencia del patriota. Pero es honrado con los mayores galardones en otra patria. Venezuela lo quiere como suyo, lo recibe como amigo, de manera entusiasta, y quisiera adoptarlo como hijo. El Obispo de la Guayana Venezolana, Dr. José Manuel Arroyo y Niño, le protege, y, encantado de su palabra, le confiere la vicaría de Barcelona, en donde el pueblo llega a venerarlo hasta la adoración. Pobre errante cura, sin dinero, pudo recorrer mundo y ganarse la vida gracias a sus misas y a su talento extraordinario, que siempre le abrió paso y destacó su cabeza de águila por encima de las de los millares de expulsos como abundaron en la luctuosa época.

Un día Barcelona propone a su vicario como representante en el Congreso: los electores empújanlo hacia allá: ¡Es Juan Crisóstomo!, ¡El verbo de oro!... ¡Boca de oro!... el nuevo "Pico de Oro". Y así le apodan en lo adelante. Sus discursos y sermones siguen levantando olas de entusiasmo, como si fuera el espíritu de Dios quien las agitase. Nadie, en verdad, domina de tal modo la elocuencia, eso que llama Eurípides "la soberana de las almas"... Y, como siempre magnífico y sencillo, en su estilo y en su vida—que ya lo axiomatiza Buffon "*le style, c'est l'homme*"..., el hombre seguía siendo probo, recto. No sabiendo ya cómo galardonarlo y recompensarlo, el Congreso dicta una resolución que lo proclama ciudadano benemérito,

---

(1) V. "Fisonomía del general Luperón", por el Can. Lic. RAFAEL CASTELLANOS, p. 30. Santo Domingo, 1932.

declara que había merecido bien de Venezuela; y la ciudad de Barcelona le donó una medalla de oro con una sencilla inscripción que reza: GRATITUD...

Empero, quizás estaba escrito que aquel Crisóstomo —perseguido por las Eudoxias, que aquí eran los partidarios— no hubiera de morir en su destierro del Ponto y lejos de la patria. A ella volverá pasados ocho años largos de exilio, y, dejando, por las luchas y amarguras que le esperaban en la suya, las preseas de triunfos en tierras extrañas que para él nunca lo fueran,—porque llevaba consigo siempre el “sésamo, ábrete” de su palabra refulgente y muy cristiana.

Robábanle el corazón por allá; le cogían apretada y dulcemente el alma, pero ésta siempre se les escapaba hacia el patrio lar, hacia la tierra por la que siempre suspiró. ¿Qué le esperaba aquí? Lo de costumbre, el eterno juego de ajedrez de Ejecutivos que sólo duran meses, cuando no se entronizan más de lo necesario...

Un partido nuevo recién nacido: los “verdes” de González, y éste en el poder. Le ofrecen a Meriño la rectoría del Seminario, pero él —pese a la acogida calurosísima de Monseñor Roque Cocchia, quien le designa miembro del Cabildo honorario, en calidad de Magistral— prefiere irse a servir una modesta parroquia en el Seybo. ¿Qué razones tendría?... Castellanos habla de que lo hizo “para evitar así el fomento de injustificables rivalidades que comenzaban ya a despertar”... (1) Meriño se ocupó (en uno de los viajes que hizo a la capital y al enterarse de las fuerzas que iban a combatir el movimiento llamado “evolución” surgido en Santiago) en hacer que bajarán las armas, y fuese en comisión, con sus amigos don Emiliano Tejera y don Javier Amiama, cerca del gobierno de González para que no derramaran sangre de sus hermanos.

El cura de paz, cumplida esta misión, tornó a ser cura de almas, a conquistar plenamente para Cristo las un poco remisas o indiferentes de los seybanos. Espaillat, en la Presidencia lo necesitó y lo encontró, como buen amigo, dispuesto a ayudarlo contra los perturbadores y vendimiadores. Pero el P. Meriño se entregaba con más calor y bríos al amor de su parroquia: enseñaba y predicaba, como el buen Rabí de Galilea. Tenía unos cuantos discípulos a quienes electrificaba con su palabra docta, y la semilla que sembraba, de bien y patriotismo, daba

(1) *Op. cit.*, pág. 79.



sus frutos en todas partes; pues, aunque ¡por quinta vez!... ascendió al solio quien ya tuviera manchada su historia con los patibulos de muchísimos restauradores y próceres, en "los seis años"; con el arrendamiento al yanqui de la bahía de Samaná, con muchas revoluciones sangrientas contra gobiernos serios, cayó, al fin, para no levantarse de nuevo y ya más con la bandia. Hay quienes crean que en ello tuvo parte el P. Meriño... Se sabe que Báez lo empezó a molestar por medio de Monseñor Roque Cocchia; y se sabe también que allá en el Seybo, cuando todos los hombres hábiles para las armas se fueron al campo para combatir a aquél, el P. Meriño, casi único varón y pastor que quedara en el pueblo, no descuidó la guarda del rebaño. Y en la noche silenciosa —según refiere el Dr. Betances— "había un cura centinela que velaba por la salvación de todos: ese era él...".

Después, si como Hidalgo valiente, es el Leandro, el Isidoro y el Crisóstomo de siempre: cura y maestro en Moca, Vicario Foráneo y maestro en Puerto Plata; Diputado en 1878 por la Vega; presidente de Asambleas y Convenciones; pacificador de los enemigos de Guillermo; propagador de la instrucción en todas partes; fundador de hermandades religiosas puerto-plateñas; restaurador, en la capital, del Seminario, y Rector del Instituto Profesional, en la misma ciudad—hacia donde le empujaba y de donde le rechazaba el destino, al modo como huracanes y ciclones pueden variar el vuelo de las águilas.

Tribuno y cura errante, fué también maestro errante en mucho tiempo... (1).

---

(1) Agreguemos estas anécdotas que pintan, una, el talento y la fácil elocuencia de Meriño; la otra, sus arranques y genialidades. En la Cuaresma del 1867, regía el Seminario, y se puso por costumbre una serie de sermones improvisados, gracias a la portentosa facilidad de Meriño, a quien daban los temas los mismos seminaristas, algunas veces en el propio instante de subir al púlpito. Y el P. Meriño, su profesor de Filosofía y Letras, los deslumbraba con sus magníficas improvisaciones.

La otra, es ésta: cuando andaba por Venezuela, y fué cura en Barcelona, hasta los más altos personajes le visitaban y querían. Una vez, el Presidente del Estado, montado en su caballo, paró en su puerta largo rato, de palique. Y pasaba el tiempo, y el general en su caballo, y el cura de pie, y la conversación no se acababa... y a Meriño ya las piernas, temblorosas, le iban flaqueando. Toma una resolución heroica: con mucha finura dice a su sirviente: "Mira, muchacho, ve a buscarme mi caballo también, ensíllalo, y tráemelo, para que el general no me vaya a ganar con ventaja".

El general Presidente, que comprendió la indirecta, se despidió muy amable, y se fué riendo...



## SEGUNDA PARTE

---

### EL PRESIDENTE EN LA TRIBUNA POLÍTICA

“La luz en las tinieblas resplandece, mas las tinieblas no le comprendieron”.

S. JUAN, c. 1, v. 5.

Et lux in tenebris lucet, et tenebrae eum non comprehenderunt.

IBID.

La su noble faz nublasteis  
con nube de deshonor,  
mas yo desfaré la niebla,  
que es mi fuerza la del sol.

“Romancero del Cid”.



# I

## UN GOBIERNO COMO HAY POCOS

(1880)

Cuenta doña Amelia Francasci —grande amiga que fue y admiradora eterna de Meriño— que en la época en que éste se vió expulso y obligado a corretear por el mundo, lejos de su familia, especialmente de sus hermanas, (una soltera a quien mantenía, y las otras, a quienes ayudaba en toda la medida de sus escasos sueldos), su también buen amigo don Emiliano Tejera les proporcionó lo necesario o indispensable para el sustento, cosa que con el tiempo llegó a ascender a la suma de unos dos mil y pico de pesos.

Al retorno del exilio, empeñóse el Padre en devolver al camarada fiel lo adecuado; mas, como nunca él viera semejante cantidad reunida en los días de su vida (ni esperanza de poseerla, gracias a su pródiga y caritativa mano...) le dijo muchas veces:

—Emiliano; como yo no sé cuando pueda pagarte, toma en cambio mis tierras de Antoncú. —Resistíase el otro a posesionarse de ellas; pero, finalmente, cedió a las reiteraciones del agradecido —que no daba valor ni importancia a la propiedad de nada— y firmaron la escritura de traspaso, gracias a la escrupulosidad del deudor y pese a lo reacto del acreedor en dejarse pagar servicios de amistad y dinero. ¡Hombres probos de antaño, a los que, no obstante, la política, con el tiempo, separó!...

Ese cura, pobre y honrado, se vió un día ascendido a la primera magistratura. No había de ser lecho de rosas para él... Ulises Heureaux dijo al saberlo:

—¡Ahora sólo nos falta ver al Padre con un machete en la cintura!...

Favorecido con el voto (1) de sus conciudadanos —frase huera y gastada que bien puede aplicársela en verdad de verdad—, Meriño reviste, sobre las ropas talares, la ficticia púrpura del Presidente —tras un gobierno provisorio de origen “azul” (como lo fueran otros tantos desde entonces)—, que el sable del general Luperón afincó en Puerto Plata muy a sus anchas y con plena autonomía, y que le empujó desde allá.

Siempre que a aquel valiente y revoltoso negro de alma blanca le ofrecían el mando supremo, contestaba:

—La espada no sirve sino para cortar... En la hora de la paz, ahí están esas cumbres, gentes sabias, como los Meriño, los Espaillat, Casimiro Moya...

Bajo el patrocinio, pues, de aquel bravo soldado y por sufragio de la Convención Nacional, el sacerdote fué, sin pretenderlo, ascendido a la Presidencia. ¡Una cura metido en la política hasta ese punto! Nunca tan democrática la República que lo hiciera. Empero, los solapados enemigos, los que no mostraron extrañeza de que él mismo asomase la faz limpia y decente en el 61 y en el 65, con hartó riesgo de su vida, se escandalizaron ahora e incitaron a que se escandalizara también —inoportuna e hipócritamente—, toda la beatería, que empezó a murmurar del hecho insólito... ¡Cristo les hubiera llamado sepulcros blanqueados de cal!...

El 3 de agosto de 1880 se nombró a los diputados Buenaventura Grullón y Jorge Curiel para que en Puerto Plata le anunciaran su elección al P. Meriño.

Cuando se juramentó, el día primero de septiembre de 1880, pronunció el tribuno unas palabras memorables en donde palpita la sinceridad. No, no es el tonsurado el que habla, sino bien al contrario, parece haberse quitado por un momento la sotana para mostrar la banda —señal del Jefe supremo— ajustada sobre las sencillas ropas del ciudadano modestísimo que tiene a gloria serlo. Sus palabras se las dicta el corazón. Le llama la República y ahí está, dispuesto al sacrificio de su paz interior, de sus conveniencias, todo para echarse encima —¡y no lo sabía entonces bastante!— “responsabilidad de tanto peso”, tan “arduas obligaciones”, y sujetarse con el “grave compromiso del mando”... Y avanza con las manos puras, cargadas de promesas:

(1) 17,398 alcanzó en las elecciones.

el 1.º de septiembre toma posesión del solio: sí, protegerá todos los derechos y todas las libertades, dentro de la ley, para todos igual, sin distinción de colores ni banderías—, aunque sea su partido “azul” el que le exalta... Pero, él se deberá a todos. Reformará las finanzas, devolverá a la justicia plenos su poder y su fulgor. Y especialmente, el trabajo honrado, será protegido y bendecido en su gobierno. Impulsará la agricultura, reformará las costumbres... Ahora sí, ahora sí parece que asome el vicario que pide discretamente algo a sus feligreses, cuando suplica, casi:

—“¿Sería mucho pretender de mi parte si, al efecto, os invitase a repasar, expurgar, y de cualquiera manera mejorar en lo posible algo de nuestra deficiente legislación?”

Pero, este cura es un legista, así como le veis, tan modosito, y sabe tanto de ello como Moisés y como Licurgo:

—“Pensad que en la legislación está escrita la historia de los pueblos y que, por eso, debe conformarse a la índole de ellos, a su estado de cultura y de progreso y a las necesidades y exigencias de cada época”. Y por ese tenor, sin palabrería vana, vocabulario sonoro ni metáforas contundentes, en su discurso de orden ensalza luego la misión del periodismo honrado y pide su concurso leal, que será bien recompensado. Es el periodista ayer de “Las Flores del Ozama”, de “El Compilador”, y más tarde de “El Criterio Católico” y el “Boletín Eclesiástico”, quien dicta estas frases:

“Pido, en segundo lugar, el valioso concurso del periodismo ilustrado, doctrinario, de recto criterio y de patriótica intención; del periodismo que enseña, que hace valer ideas, que corrige, que si pone el dedo en la llaga es para curarla, no para lastimarla ni para exasperar el dolor que ella causa; del periodismo, en fin, que muestra la vía del bien al gobernante y gobernados. Ese periodismo que, si ejercido con noble magisterio, practica una de las más preciosas garantías que el derecho democrático consagra en los pueblos libres, se merecerá siempre mi protección y respeto. Y declaro también que le constituyo en mi primero y supremo tribunal, sometiéndole desde luego todos mis actos. No quiero de él aplausos lisongeros, propios para entontecer y engrair a los que con menguados sentimientos buscan en el poder brillo personal y pasajera vanagloria. Le exijo solamente justicia y que sepa siempre conservar, respecto de mí, su aureola de noble imparcialidad e independencia” (1).

No, estas no son palabras, palabras —que diría Shakespeare por boca de su “Hamlet”—. Detrás vienen los hechos, las gestas

(1) V. “Obras del P. Meriño”, pág. 53. Ed. cit.

nobles de aquel Catón elocuente y moderno, que sabe la consideración que es debida al cuarto poder del Estado, a esas hojas volanderas que creara Teofrasto Renaudot y que entre nosotros tuvieron por primer peldaño "El Telégrafo Constitucional" —hacía tantos años.

Meriño comenzó su periodo con una amnistía general, un amplio perdón a todos los presos políticos, a los prófugos, los expulsos o que permanecían ocultos por miedo a los "azules" que mandaban. ¡Cuántos no se verán devueltos a sus hogares y familias, nó agradecidos a la felicidad que disfrutaban y a la paz tranquila, después de tantos años de terror, sino —como el perro de mala casta— para morder la misma mano que se las daba con el pan!... Causábales rabia y roiales el corazón su pequeñez, ante la grandeza moral de aquel hombre íntegro y sereno!

Por encima del tribuno y del político que habla y actúa, se empina el maestro de escuela, profesor del Seminario y de tantos alumnos y discípulos (muchos particulares y gratuitos), que ama la educación y la cultura, y lo va demostrando. Se abren cátedras de Derecho Civil, Constitucional e Internacional, y de Medicina, en la vieja Universidad, por un decreto suyo. Y dicta otro, en virtud del cual se concede el veinticinco por ciento de los gastos que ocasione la publicación de sus obras a los autores, como anticipo para poder publicarlas. (¡Magno gesto de Mecenas, digno de ser recordado en el centenario de su nacimiento, creando, en su perilustre memoria, nuestro premio o galardón anual para obras literarias o científicas, y que bien pudiera llamarse PREMIO FERNANDO ARTURO DE MERIÑO!)

Hubo más; otro rasgo característico y único de aquel presidente letrado: otra disposición para conceder una subvención mensual de cuarenta pesos a todo periódico que se publicara, de cualquier color que fuera, sea "El Estudio" —periódico literario y serio—, sea "El Mosquito", "El Candil" o "Auras del Oza-ma", humorísticas hojas que publicaba el travieso Pumarol. (Por cierto que a éste hubo de suspendérsela, por su irreverente poesía "Entre Dios y el Diablo"; que, decorosamente, no podía el cura Presidente celebrar las gracias a quien, contra curas y monjas, empleaba sus páginas subvencionadas).

Las atinadas medidas del gobierno en la época, dieron margen a un grande movimiento cultural. Crecía el prestigio de sociedades de la índole de "Amigos del País", que patrocinó la



publicación de las poesías de Salomé Ureña, aparecidas entonces con un prólogo del P. Meriño. Este crea igualmente "El Boletín Judicial", órgano de la Suprema Corte de Justicia.

Eugenio María de Hostos, el gran pedagogo y pensador racionalista, acaba de llegar al país, y gestiona el establecimiento, con la oficial ayuda, de una Escuela Normal, para, al modo y definición de Rousseau, "criar niños y formar hombres"... No encuentra tropiezos en el Gobierno del eclesiástico para su buena labor, si bien, a su dilema de CIVILIZACION O MUERTE, opone uno más concreto el Cura: O LA CIVILIZACION CON EL CRISTIANISMO, O RETROGRADAMOS A LA BARBARIE..."—según se lee más adelante en una de las "Pastorales" del Arzobispo.

Hostos vino en 1879, durante el mandato provisional del general Luperón, y ya había establecido su escuela; pero, sólo cuando el Cura tuvo el mando, se le facilitó al libre-pensador un local para su instituto; y nada menos que el edificio perteneciente a una antigua comunidad religiosa, el de la Orden Tercera anexo al Convento Dominicó! Si ello no indica un amplio espíritu en el magnánimo ortodoxo, no entendemos qué será verdadero liberalismo. Él lo había dicho:

—"Seré invariablemente el gobernante de un pueblo que, profesando las más avanzadas doctrinas liberales y respetando los fueros invariables de la conciencia en los que no pertenecen a nuestra comunión religiosa, tiene como uno de sus timbres más gloriosos el de haber sido y ser esencialmente católico"... (1). No intransigente como el buen P. Billini —uno de los más formidables opositores al racionalismo positivista de aquel adelantado secuaz de Comte y de las teorías del evolucionismo de Spencer—, Meriño, por el contrario hacía gala de un amplio espíritu comprensivo, si bien estaba dispuesto a exclamar como el elocuente Brunetiére desde la cátedra sagrada, allá en Francia, ante los avances de las corrientes materialistas: "¡Estamos presenciando la bancarrota de la ciencia!".

Inclinóse, no obstante, a reconocer las ventajas de los métodos hostosianos, quitándoles cuanto tuvieran de irreligiosos, a fuer de creyente. En su mandato y con ayuda del fisco se publicaron "Los Frutos de la Normal" (1881), obra de aquel

---

(1) V. "Obras del P. Meriño", pág. 55. Discurso leído en el Congreso el 1.º de septiembre de 1880). Santo Domingo, 1906.

Maestro sin par, escrita a encargo del mismo Gobierno, y en donde expone algunos aspectos de su pedagogía, toda racionalista.

Débase igualmente a su época todo un buen repertorio de leyes, con la publicación de la COLECCION DE LEYES, DECRETOS Y RESOLUCIONES DE LOS PODERES LEGISLATIVO Y EJECUTIVO DE LA REPUBLICA DOMINICANA, en donde los hay muy importantes y trascendentales, como el Acta de nuestra Independencia, los comunicados de la Junta Gubernativa de la Puerta del Conde, el acta de Capitulación y los Manifiestos dirigidos al Gobierno de Isabel II por la Revolución restauradora, y otras disposiciones.

Meriño, al subir al poder, escogió para sus ministros: de Relaciones Exteriores, al general Casimiro N. de Moya; a Rodolfo R. Boscowitz, para Hacienda y Comercio; al General Ulises Heureaux —que se las daba de su fiel amigo y en su mensaje al interesado decíale: —“pido al cielo que ilumine a nuestros conciudadanos para que el ciudadano Meriño pueda llevar a efecto la santa obra de la regeneración”...—lo hizo Ministro de Interior y Policía, quién sabe para qué desgracias...; al general Francisco Gregorio Billini, como Ministro de Guerra y Marina —¡un tal hombre de paz!—, y al “intelectual”, que diríamos hoy, don Eliseo Grullón, Ministro de Justicia e Instrucción Pública.

El sueldo del ciudadano Presidente de la República se le iba en atender a escuelas pobres, según lo que nos refiere Betances, y en socorrer a los que le pedían, —clientela siempre abundante para él—. Por su parte, vivía decorosamente en una casona del Callejón de la Esperanza (hoy calle General Lupe-rón), sólo con su amigo Boscowitz o algún otro que se le arri-maba, y con su criado Dionisio, por única servidumbre, amén de la cocinera. Su respectable madre, doña Bruna, aún vivía en otra buena casa con sus hijos Nicolasa y el P. José-María, bien atendidos por Meriño. Salía éste a la calle a sus asuntos y visitas sin guardias ni Estado Mayor, sin más escudo que su conciencia ni más compañía que algún amigo como Ramoncito Hernández o uno de sus ministros más íntimos. A veces la escolta era Dionisio, sencillamente. Y su arma, cual el báculo del pastor, su bastón que le regaló Santana.

¿A qué agregar aún de aquel demócrata a estilo Lincoln o Salmerón? De otra parte, las emigraciones cubanas que empezaron en 1879, copiosas y laboriosas ya, por fortuna, continuaban estableciendo grandes ingenios de caña en nuestro país

que, con sus maquinarias modernas y perfectas para elaborar "azúcar centrifugada", lanzaban al aire el grito agudo de progreso, al mismo tiempo que, cual reconocimiento al patrocinio de quien había ofrecido como tantas cosas buenas que cumplía, la protección decidida a la agricultura, bautizaban esas factorías con nombres cristianos que aún conservan: "San Isidro", "San Luis", "La Esperanza", "Calderón", "Santa Elena"... Las anchas sabanas se siembran de pastos esmeraldinos, bien cuidados y limitados por cercas, y por donde circulan plácidamente, bajo la vigilancia de los hateros, no en harta licencia, como enantes, sino para producto y provecho del agricultor laborioso, los ganados. Una paz arcádica, digna de las églogas antiguas, parece cernirse sobre la República que había ensayado hasta entonces —según Hostos dijera— "todas las revoluciones, menos la que podía salvarle..."; y esa eglógica paz parecía que había de ser el Cura, amador de Virgilio y sus "Geórgicas", quien hubiera de proporcionarla... Seis meses después del Juramento expone, lleno de entusiasmo, en su discurso ante el Congreso, el 9 de marzo:

—Ciudadanos: la Nación prospera; la corriente del progreso la ha arrebatado ya y nada podrá detenerla. El trabajo en sus múltiples aplicaciones y la instrucción general, van siendo el objeto de los pueblos, sobre quienes ha soplado un espíritu regenerador; y mi gobierno vincula en ambos bienes sociales las más halagüeñas esperanzas. La agricultura se ensancha, dilatando fecundas, moralizadoras conquistas; las industrias vienen; el crédito interior se consolida y el exterior abre ya las arcas de capitalistas emprendedores que, dentro de poco, nos ayudarán a explotar nuestras cuantiosas riquezas naturales estancadas. ;Tengamos fe en lo porvenir! (1).

Pongamos punto a este capítulo con tales palabras —mitad de su discurso pronunciado el 9 de marzo de 1881— cuando aún benévolo y optimista, como lo fuera siempre por naturaleza, no daba importancia a los "conatos de revueltas", e ignoraba hasta dónde iban a llegar los "espíritus descontentadizos", los "obreros de ruinas que maquinaban en las tinieblas" para dar al traste con toda buena obra y sumir al servidor de la Patria y a ella misma en el desconcierto ante la historia y su justicia.

---

(1) V. "Obras"..., pág. 59.

## II

### LA DICTADURA Y EL DECRETO DE SAN FERNANDO

(1881-1882)

Nos topamos aquí con el Presidente convertido, sin querer, en dictador, en bronce transformado, (o en hierro), el hombre de mármol de su primera época, leal y fidelísimo a los suyos hasta el punto de echarse encima, con el Decreto firmado el día de San Fernando, un sambenito sangriento con el que se pretende mancillarle ante la Historia. No quiso ser duro, y tuvo que parecerlo. Sin quererlo, lo fué. Vestía sotana y acaso por ello le juzgaban débil o timorato, a pesar de que malandrines y vendimiadores sufrieron el efecto de sus rayos. Forzáronle, empujáronle en el trance... Tiempos atrás, y allá en la España de Carlos V, quisiéronse burlar del gran Cisneros —un cardenal de hierro—, y le preguntaron al tutor del aguilucho austríaco que en dónde apoyaría su tonsura para mostrarse fuerte, poderoso. Cisneros, el mismo sabio que fundó universidades, les miró despreciativo, y los hizo ir detrás de él hasta la ventana abierta:

¡He ahí mis poderes! —díjoles señalando los cañones que en el patio había—. Y lo dijo de veras, a pesar de ser el Cardenal Cisneros... También cuenta la Historia de España que hubo un monarca aclerigado, sacado de un convento para el trono, Ramiro el Monje, a quien no daban paz los bellacos de su reino. Y en el apuro, el monge envió alguien a consulta con el abad de su monasterio, con afán de saber remedio a tantos males. El abad llevó el emisario al huerto, y fué cortando en silencio todas las espigas más sobresalientes y altaneras... Tal fué la

respuesta del fraile prior. Y Ramiro, el rey cogulla, le imitó, y según la leyenda, cercenó cabezas de revoltosos a destajo... A pesar de haber sido fraile...

No a tanto llegó nuestro sacerdote presidente, que pasó las mismas pruebas crudelísimas. Tres pseudo-generales se le sublevaron. Tres revoluciones se combinaban en diferentes puntos para acabar con la obra de luz y bienandanzas. El general Braulio Alvarez, uno de los amnistiados que regresaron al país a darle guerra, al amparo del indulto de Meriño, se alzaba en armas en sus tierras del "Algodonal", a sólo diez kilómetros de la ciudad Primada, que alegre y confiada vivía sin pensar en su ruina y posible asolamiento. El general Ceráreo Guillermo, de otra parte, "rojo" empedernido, a quien Luperón desconsideró y derrocó en un tiempo, sin dejarle gustar la presidencia, pretendía represalias, y en la todavía colonia española de Puerto Rico organizaba, con elementos españoles, licenciados del ejército en su mayoría y otros criollos, una expedición revolucionaria con objeto de derribar al Gobierno. Y por si fuera poco, anunciaban en Neiba que un general Pablo Mamá habríase de levantar también en armas... ¿Ese era el premio a quien demandó muy humilde a los señores representantes del país, "luz y ayuda"... aún no sintiéndose moribundo como Goethe?... ¡Tales galardones daba al cura civilista un país revoltoso, que no pudo merecerse más de tres meses a un González, ni un año a un Espaillat, ni sus dos años a Meriño, y, en cambio, soportara las cinco presidencias de Báez, con un periodo, entre los otros, de "seis años" por entre patibulos, y los veinte años de "Lilís" por sobre crímenes y cadalsos!... "Nuestro lado oscuro es insondable"... —que dijo Víctor Hugo...

La dictadura comenzó el 2 de mayo de 1881, o mejor dicho, brotó de un grito lanzado ese día por los "azules" de Puerto Plata, con Luperón indignado a la cabeza. Pedían que, en vista de las perturbaciones ocurridas "no obstante la conducta legal del gobierno, conforme con las instituciones liberales", se revisara la Constitución, sobre todo en el sentido de poderse aplicar penas severísimas a los conspiradores y malvados, y se diera al Poder Ejecutivo todos los poderes y omnímodas facultades para gobernar y tomar las medidas que las circunstancias requerían.

En realidad, el Congreso no existía hacía mucho tiempo, y no por culpa del Presidente, que de ello se excusaba en carta

a su amigo y compadre, don José Castellanos —padre del futuro Canónigo y actual administrador de la Iglesia Dominicana:

—“Yo no cargo con ese muerto —decíale Meriño, refiriéndose a la Cámara—, porque yo no lo he matado” (1).

Resistíase a la dictadura, según lo que escribe a su amigo que se halla en Puerto Plata, teatro de los sucesos:

—“Ya veo que no se andan por allá parando en pelillos. A lo hecho, pecho... Pero yo habría preferido dejar el gobierno” (2).

Y así sería, efectivamente. El P. Meriño, hecho César y Dictador por el empuje de Luperón y los “azules” puertoplateños, secundados por todo el país que se lo pide, se nos antoja parecido a Marco Aurelio, el estoico coronado, teniendo que ir a pelear contra sus convicciones y contra los bárbaros por la salud del imperio... Igual al filósofo, discípulo de Epicteto, de él pudiera escribirse lo que, siglos más tarde de Marco Aurelio, pintó Paúl de Saint Víctor al tratar de “Hombres y Dioses” en su libro intitulado así. “¡Qué de pruebas en esta vida admirable! ¡Qué de luchas desgarradoras en el seno de esta gloria! ¡Qué combates debieron tener en un alma semejante el Estoico y el César! Por perfecto que fuera su poder, él lo ejercía en contra de sus principios. ¡El filósofo que aborrecía la sangre se veía obligado a destruir y exterminar!”

Atacado fuera por los enemigos revolucionarios; acorralado adentro por sus propios amigos impacientes; viendo que sus ansias de bien no eran seguidas, que retoñaban las eternas revueltas, causa de atraso en el sufrido pueblo, firmó, en la noche histórica del 29 de mayo, víspera de su santo patrón San Fernando, el decreto que llamaron así y que fué su eterno sambenito. ¡La cruz de palo en que lo crucificaron para siempre, injusta y desproporcionadamente, amigos y enemigos! ¡A él, tan cuidadoso de la opinión de sus conciudadanos y del fallo de la posteridad, incapaz (no como “Lilís”) de decir tan despectivo: —“Yo no he de leer la Historia...”

Pero él, no: él leía de continuo y en francés la “Histoire de France”, de Michelet y de Guizot y su “Historia de Santo Domingo”, por Del Monte y Tejada, tanto, acaso, como a César Cantú; así es, que conocía los anatemas que lanza la posteri-

(1) V. CASTELLANOS, *op. cit.*, pág. 65.

(2) Id., id.

dad, y no podría sufrir impasible el pensamiento de que un día, a él, su fallo le condenase. Firmando el malhadado Decreto por el cual se amenazaba con la última pena a toda persona sorprendida con las armas en la mano, él no quiso sino mostrar sus poderes, sencillamente, como aquel cardenal Cisneros sus cañones, sin tener (gracias al saludable efecto producido), que usarlos algún día. Un poco de miedo: tal su propósito. El Decreto rezaba así:

“Artículo 1.º Todo ciudadano que tratase de subvertir el actual orden de cosas político legalmente establecido, será, de hoy en adelante, sometido al Consejo de Guerra de su jurisdicción respectiva y juzgado como conspirador, conforme al Código Penal Militar vigente.

“Art. 2.º Todo ciudadano que fuese aprehendido con las armas en las manos, reconocida que sea su identidad, será condenado a la pena capital”.

Este Decreto, promulgado el 30 de mayo de 1881, era casi el mismo que dictara el general Luperón, en 1879.

La sombra negra de Meriño, aquel maquiavélico César Borgia que se estaba inflando al lado de él, se resistió, muy taimado, a aceptar la aparatosa disposición que proponían los otros amigos. (Al león no se le puede dar espanta-pájaros para comida, sino carne roja y fresca). Cuando Meriño firmó, debió sonreír Lucifer en las tinieblas: ya lo creería suyo.

Sin embargo, con su buena fe habitual, Meriño comisionó al P. Billini para que llevara a término ciertas gestiones cerca de algunos revoltosos, a fin de que estuvieran seguros de contar aún con su perdón y una especial amnistía. No fué atendido el buen filántropo, y dió cuenta, en un oficio dirigido al Ministro Ulises Heureaux, y publicado en la “Gaceta Oficial”, el 30 de julio de 1881, de sus gestiones infructuosas durante diez días. Meriño salió, entonces, en persona y en compañía de su buen ministro, alma blanca cual la suya, don Gregorio Billini, en dirección al Sur para evitar con su presencia, en Neyba, el pronunciamiento que ya se daba por seguro, del general Pablo Mamá.

En el ínterin, explotó la revolución que se preparaba en “El Algodonal” y otros sitios: cayeron sobre los que allí se concentraban tropas del gobierno, y a pesar de que unos y otros tuvieron muchísimos muertos y heridos en la refriega, vencedores los gubernamentales, sorprenden también a los últimos fugitivos, unos muchachos maltrechos y casi moribundos, y los

fusilaron sin piedad, a poco, tras de las tapias del cementerio capitalaño. ¡No sospechaba el P. Meriño el fiero uso que iban a hacer de su Decreto en su ausencia! Sus amigos, en tanto, confiados en que lo eran, se movieron presurosos para ablandar al inflexible "Lilís", ministro del Interior y Policía. El Padre Billini mismo, sale de su colegio y sus asilos de nuevo para ir a reclamar el perdón de los condenados. Se dice que, después de súplicas inútiles ante aquel hombre de piedra, el filántropo, el amigo de los pobres y de los niños, pero que, sin embargo, no dejaba de poseer su geniecillo un tanto fuerte, salió muy airado de verse desatendido por el ministro, y, en muda protesta ante dureza semejante y crueldad tan refinada, lanzó su sombrero de teja al suelo, y ya nunca anduvo con su cabeza cubierta. Don Emiliano Tejera, el probo y austero camarada de Meriño, llegóse también a palacio para suplicar por los reos: un mancebo de su botica se contaba entre ellos, y la abuela del muchacho, en su terrible angustia, se agarraba de él y su influencia; y él, confiado en esto, le decía que todo se arreglaría. Pero "Lilís", tampoco le escuchó. ¿Ni cómo había de parar mientes en tales fruslerías quien más tarde hizo fusilar, en San Cristóbal, a otros prisioneros, entre ellos un pariente de su compañero, Casimiro N. de Moya, Ministro también; y cuando desembarcaron en las costas de Higüey las tropas mercenarias de Cesáreo Guillermo y fueron vencidas por las suyas, "Lilís" fusiló a todos los apresados, entre ellos a su propio hermano político, Luis Pecunia, después de comer con él pan a manteles, "para que se dieran cuenta de hasta dónde estaba dispuesto a llegar" y a extremar el rigor?

Se perdieron varias vidas, es cierto, o de pobres poetas locos, como Juan Isidro Ortea, que entraron en la aventura, o de criminales rebeldes, como aquellos que asesinaron antes al venerable general Miguel Javier y otro de su familia, sacrificado en su propia casa, lo mismo que un pariente del general Eugenio Miches, por la saña de "inocentes" revolucionarios que fueron victimarios antes que víctimas.

No: no se espante el fariseo; no se escandalicen los sepulcos blanqueados, ni ponga el grito en el cielo esta generación adúltera y perversa que siempre, con lágrimas de cocodrillo, está dispuesta a perdonar a Barrabás, y, sin ellas, condenaría a Cristo. Meriño —fuerza es decirlo—, aunque sacerdote y no apóstata, no fué nunca abolicionista de la pena de muerte. Espíritu flexible, pero recto, no encontraba muy áspero el camino





del bien y de la rectitud para que por él no pudiera andarse. Al contrario, tratándose de abolir la pena de muerte para los criminales y culpados de esos fratricidios en grupos que son las revoluciones, quizás no hubiera vacilado en sostenerla en las leyes como en su célebre Decreto, y habría exclamado, precisamente EN NOMBRE DEL SAGRADO DERECHO A LA VIDA Y DEL RESPETO A LA MISMA, como aquel célebre abogado francés dijo en la Cámara de su país al tratarse el asunto por el aspecto sentimental:

—Tienen la palabra los señores asesinos. ¡Que la supriman ellos!... —Yo tenía la espada de la ley en la mano —explicaba Meriño—. Vinieron sobre mi y se clavaron en ella...

Y sin embargo, aunque lo anunció en su ALOCUCION dirigida al país el 30 de mayo:

“—Ciudadanos de orden y de trabajo, tened plena confianza. Yo os aseguro toda protección y os garantizo el ejercicio de vuestras libertades. Vosotros seréis siempre acreedores a las honrosas consideraciones del Gobierno. De esta situación sólo deben temer los perturbadores que conspiren contra el bienestar común; los contumaces enemigos de la prosperidad y crédito de la República; los que quieren realizar sus cálculos de ambición y lucro a despecho de todo, cubriendo de duelo a las familias, haciendo derramar sangre, paralizando el trabajo, entorpeciendo el progreso, y causando, en fin, toda suerte de horribles desastres.

“Para ellos será toda la severidad del poder, el rigor de la justicia” (1).

Sin embargo, decimos, él, tan noble cuando batallaba por la libertad y por la patria en el ostracismo; cuando arriesgaba buenas posiciones y rehusaba hasta la mitra, si no se la ofrecían con todas las de la ley, o si era por amordazarle con ella; él, tan blando y generoso, como demostró serlo toda su vida, que a sus mismos enemigos, cuando vinieron a pedirle, les daba de todo, y aún cuando firmaba el mismo ponderado Decreto con la derecha, su izquierda tendía al P. Billini para que avisara a los malvados que aun había tiempo de perdonar y de amnistiar; él, que se mantuvo inmóvil a los embates de la ambición y afanes de lucro; que no ambicionó el poder, sino lo soportó como abrumadora carga... ¿cómo iba a ordenar a sangre fría fusilamientos espantosos de prisioneros y de heridos, con todo lo culpables que ellos fuesen? ¡El, sacerdote de Cristo y tan de veras! A su pecho noble sólo podría llegarse el precito,

(1) V. “Obras”..., pág. 68.

como al tabernáculo, para hallar perdón y amor. Y, de estar aquí en la Capital, probablemente, y hasta seguramente, si se negara a los malos, los buenos como el P. Billini, como su discípulo y amigo Emiliano Tejera, jamás partirían descontentos de su lado y sin el perdón concedido.

Como el Magistrado hallábase ausente, procedió con rapidez el Ministro de lo Interior. Se perdieron varias vidas. Aun hubo más: Meriño perdió, de resultas de ello espiritualmente, a sus queridísimos y fraternos amigos, Billini y don Emiliano, que se distanciaron de él desde entonces, lo mismo que su compañero en los entusiasmos "azules", José Gabriel García. Mariano Cestero renunció a su empleo en la Aduana. El P. Meriño, dijo, estoicamente, al saberlo:

—Bien hizo en censurar un hecho repugnante a su conciencia. No le gustó; no se había de pretender que lo callase. Don Federico Henríquez también renunció a su puesto.

La gran poetisa nacional, Salomé Ureña, hartó esperanzada en los arrestos civilistas de Meriño, el pulcro y sin mancha, ya habiase mostrado desencantada de la patria y sus destinos al publicarse el Decreto, previendo ella sus resultados, en una poesía intitulada "Sombras", que apareció en "El Estudio", órgano de la Sociedad "Amigos del País".

¡El cáliz estaba colmado hasta las heces!... Pero el cristiano, en tal ocasión, más filósofo que amoroso a lo Jesús, callado, lleno de orgullo, altivo, lo apuró a grandes sorbos; como Sócrates, bebióse la cicuta. Su propio orgullo de isleño le hizo callar sus amarguras. No dió a conocer su descontento; no osó desautorizar al "fiel" amigo. Hizo lo peor: inclinóse "ante la majestad de la ley"...

### III

## EL PODER DE LAS TINIEBLAS

(1882-1884)

Vengan ante el ya sereno tribunal de la posteridad los detractores y enemigos del P. Meriño, Presidente de la República, que la razón les llama a juicio. Y, antes de sentar su pequeñez frente al tribunal de la historia, empiecen por reconocer si tan sólo una nube puede manchar al sol; si un acto solo, que juzgan sospechoso de debilidad, puede mancillar una vida luminosa cual la suya. "Ece Homo". ¡Mirad al Cristo y acusadle! Confúndanse en el montón ignaro de los testigos de mala fe sus detractores, mientras se sienta, si es posible, en el banquillo, aquella cumbre —como escribió Garrido—; aquel Himalaya, cual le llamó Castellanos; aquél que Venezuela admiró y llamó su apóstol, y lo llamó benemérito, y le dió una curul en el Congreso, y le dió medallas y aplausos; aquél que Mayagüez aclamó con entusiasmo en improvisada manifestación pública, como a un triunfador de antaño; aquél que se enfrentó a Báez en el poder, como hiciera antes con Santana; aquél a quien el valiente Luperón cedió la Presidencia; aquél a quien Isabel II oyó con gusto, pese a ser contrario al poder de la metrópoli, y le dió una canongía; aquél a quien el apóstol Betances llamó "gloria" y llamó "honra", de América y de Santo Domingo, y comparó a Juárez, y a Hidalgo, y a Morelos; aquél a quien contemplaron, admirados, todos los grandes de la tierra, sorprendidos de tanta virtud, de tanto talento y patriotismo! ¿Qué vale junto a eso el poder de las tinieblas y los calumniosos ata-

ques con que le galardonaron —semejante en ello a Cristo, a Sócrates, a todos los inmortales perseguidos— en periodicuchos sin valor, cual un “Eco de Valencia” o un “Boletín Mercantil de Puerto Rico” —que sin duda por serlo se vendió...?—. Oigamos, mejor, a Luperón, que dice: “El Gobierno del Dr. Meriño se encaminó con pasos firmes y resueltos en la senda que halló trazada, y los dos años de su honorable gobierno fueron fecundos para afianzar la paz pública” (1).

Y en otras partes: “El gobierno... fué de completa paz, de progreso, con general satisfacción de la mayoría de los habitantes de la República, que vieron en su gobierno la continuación del Gobierno Provisorio de Puerto Plata. No se experimentó ninguna violencia contra los partidos contrarios. El Gobierno hizo felizmente una liquidación de todas las cuentas pasadas de las diversas administraciones, y los remanentes fueron invertidos en la deuda consolidada”, etc., etc. Y si le hace alguna censura financiera, agrega: “Ninguno puede poner en duda la alta honorabilidad ni la intachable honradez del esclarecido patriota, Dr. Meriño; pero, hay que reconocerle su falta de conocimientos en el empleo de las rentas”.

En cuanto al precio de aquella sangre vertida, digamos solamente que es imposible echarla en su cuenta. Aun así, hay quien la excusa. Betances, el apóstol, escribe: “El era la ley, vino a ser la cuchilla e hirió”. Pero él no quiso, en realidad, esgrimirla, sino atemorizar con ella y, sin embargo, se le busca y rebusca y se le echó en cara esto, como aún hay gentes que escudriñan en los pecados de Sánchez o en algún lunar del immaculado Padre de la Patria. ¡Cuánta longanimidad para el maldito! Y, contrariamente, ¡qué inflexible vara para medir al justo! Polvo y olvido sobre los crímenes del que victimó a Duvergé y a Trinidad Sánchez, ¡y hubo apoteosis para su nombre un día! No empecen sus caídas y sus negruras; se olvidan mejor los fusilamientos y las rápidas transmutaciones, a lo Frégoli, del “Gran Ciudadano”, y los mil asesinatos y envenenamientos del “Pacificador”, que lo fué como aquél que dijo sobre cadáveres: “La paz reina en Varsovia”. Si la pluma viril de un Castellanos no los hubiera rebatido victoriosamente, podríamos hacer hincapié en lo falso de las imputaciones contra el justo,

(1) V. “Apuntes Históricos y Notas Autobiográficas”, pág. 119 y siguientes, t. III. Ponce, P. R., 1896.

para descolgar del noble pecho consagrado, el *sambenito* que le impuso la casualidad o el destino. Bastaría preguntar si fué Meriño el que estaba en la capital o en otro sitio; si fué a él a quien se le arrodilló casi el P. Billini, o ante el fiero Ministro de Interior y Policía, para pedir clemencia por los condenados; si hubo en su vida mancha de sangre en cualquiera otra ocasión, para que se le pueda imputar el peso de ésta.

¿Que si tuvo pasiones? ¿Y quién no las tiene? ¡Si era mortal y de los más viriles! “Hombre soy y no Dios, carne y no ángel” —pudo musitar alguna vez con el Kempis en sus manos, arrepentido de aquéllas—. Pero si le acosaron y le hostigaron con su zarpazo, algunas más de dos veces (dos hijos tuvo, uno de seminarista y otro de Presidente de la República), él no las acariciaba ni alimentaba con lujuria. El ímpetu juvenil de la sangre le arrebató, como al hijo de Santa Mónica, pero no como éste nos cuenta en sus “Confesiones” eran “las viejas amigas”, ni tuvo puesto en ellas su corazón, “*cor ubi adhaerebat*”. Su hermosa y viril humanidad, su bellísima presencia, era demasiado cubrirla con el tosco hábito del cura tan temprano: allí abajo, palpitaba un hombre, muy entero, debajo de la sotana. Y alguna vez a ello se rindió. Pero, sus caídas, si lo fueron, momentáneas, le dejaban volver presto a Dios, refugiándose en el respeto a su fe que no le abandonó nunca, y consagróbase con ansia al culto católico; y dondequiera que iba, velaba por su esplendor, en Santa Clara de Cuba, o en Mayagüez de Puerto Rico, bregando por fundaciones de capillas para la fe, u hospitales para la caridad.

El hombre que con el corazón ocultamente lacerado por el uso de aquel poder “gravoso”, “repulsivo”, con cuya carga le abrumó la dichosa Dictadura, deploró en público el castigo a los contumaces, a los revoltosos

“que con gravísimo daño y no menor mengua para el crédito nacional, se llevan de pasada y atropelladamente instituciones, libertad, derechos, propiedad, respetos, moralidad, vida y honra”... (Discurso, 6 oct. 1881). “Doloroso y mucho es para un Gobierno que no querría sino el bien de los gobernados, garantizando los derechos y libertades legítimas y fomentando los grandes intereses de la comunidad, tener que castigar con mano fuerte a los que provocan su justicia. Pero ¿cómo no ser severo con los que empujados puramente por pasiones liberticidas, vienen a derramar la sangre de sus conciudadanos, a cubrir de luto las familias, a destruir las propiedades, a atropellar todos los respetos, a hundir, en fin, la República en un abismo de desastres?”... (1).

(1) V. “OBRAS”, pág. 72.



Aquel varón estoico y eminente patricio, que no como Brutus fuera capaz de condenar a la muerte a sus propios hijos, culpados de conspirar contra la República, tributa, en cambio, un aplauso a todos los otros pueblos del Cibao, del Sur, del Este, que no secundaron a los revoltosos, forjadores de ruinas, en luchas fratricidas que acaso por el rigor de las autoridades no siguieron adelante. Preocúpale, en cambio, al Magistrado, tener que poner en reforma la Carta Sustantiva del Estado y les recomienda prudencia y tino a los señores diputados que habían de efectuarla, "con el auxilio de Aquél por quien los legisladores decretan las cosas justas". (Palabras con que termina el discurso del 6 de octubre, casi iguales a las del final de su otro discurso o Memoria del 3 de abril de 1882, dando cuenta de sus actos).

Y este hombre austero, preocupado y escurridizo de razones en los anteriores, sólo se siente alegre, satisfecho, lleno de alborozo, cuando llega el momento de deponer el mando ante el mismo Congreso de la Nación, y así lo dice ya, sin eufemismos ni circunloquios. ¡Qué peso se quitaba de encima! Ese poder que nunca ambicionó, como a otros ha traído siempre desasosegados e inquietos el captarlo, a él le era una ponderosa carga y sólo estaba ufano cuando podía decir:

"Señores Diputados: Vengo hoy ante vosotros a despojarme del alto carácter de Jefe del Estado, con que hace dos años me invistiera la confianza pública.

"Sentíame movido por los más encendidos anhelos de llegar a este término feliz de mi periodo; que aparte de querer yo descargarme de la inmensa, abrumadora responsabilidad que sólo a virtud de especiales circunstancias pude imponerme, espoleábame la vehemencia del deseo de saludar este gran día en que las instituciones logran alcanzar la espléndida sanción por que vanamente ha venido tantos años hace suspirando el patriotismo.

"Y huélgome por ello tanto más, cuanto que con este motivo de justísimo alborozo para los corazones que abriguen levantados sentimientos democráticos, la República obtiene excelso triunfo que redundará en su crédito y honra, viéndose practicar en ella la transmisión legal de la primera Magistratura en la forma noble y digna que solamente puede enaltecer a la autoridad legitimándola" (1).

En toda nuestra historia nacional no hallamos —fuera del constante y nunca interrumpido modelo que nos legó Duarte en su historia— ejemplos tan constantes y multiplicados de civis-

(1) V. "Obras"..., pág. 95 y siguiente.



mo como los que diera Meriño, el verdadero gran ciudadano que hemos tenido para nuestro orgullo. Miradle de cuerpo entero en ese exordio: dos satisfacciones allí laten: primero, el anhelo, a lo Cincinato, de deponer pronto el mando; y segundo, el del servidor de las leyes, el del verdadero MANDATARIO —que es en realidad el que obedece o debe obedecer el primero su mandato—, que se siente orgulloso de que por PRIMERA VEZ en la República se cumpla eso, de entregar el gobierno, pacíficamente, el ciudadano saliente de Palacio al que entra en él, por el voto de los comicios. ¡Qué vergüenza y qué gloria! Lo uno, porque ruboriza pensar que de todo ese ejército de hermanos como se sucedieran en el mando —Santana, Jiménez, Báez, y otra vez Santana, Regla, y otra vez Báez, y Valverde, y otra vez Santana, y más adelante Báez, o Pimentel, o Polanco, y luego Cabral—, no había sido todo más que una serie de empujones y atropellamientos del uno para quitar al otro. Y qué gloria para Meriño! Llega él, y espera con ansia el término de su corto periodo, ¡dos años, únicamente!, para darse el gusto de cumplir por primera vez la ley del Estado, INCLINADO ANTE SU MAJESTAD, sin duda—como era su frase favorita—, y entregar el mando al sucesor. He aquí otra cosa grande: el que le sucedía, su terrible amigo, ese "Lilís", a quien él tenía en cierta estima, sin poder llegar a amarlo —escogido por Luperón e impuesto por las urnas, muchas veces mentirosas—, no era de ningún modo su candidato, sino su amigo el probó, el impecable, el bondadoso Billini, de alma tan blanca como la suya y tan noble...

Sin embargo, aquel hijo de la humilde Antoncí, discípulo de Aristóteles y de Santo Tomás, el que amante de la cultura fundara orgulloso para la juventud el Instituto Profesional, y sostuviera el Seminario, era ante todo un civilista, y estaba dispuesto, aunque para ello tuviera que herirse a sí propio en el corazón, a gritar con orgullo y con brío:

—“¡Cúmplase la Ley!”

Y después de tan bella lección práctica, aun nos lega otra lección teórica, con esta bella página de su "peroratio" o conclusión:

“Ciudadanos Diputados: Yo respondo con mi conciencia ante la conciencia infalible de Dios, que durante el laborioso periodo del poder que he ejercido, siempre he procurado hacer el bien. Mis propósitos, al encargarme de la Presidencia de la República, no podían ser otros, digan lo que quieran los espíritus detractores de toda buena fama o de todo mere-

cimiento ajeno. Al llamarme mis conciudadanos a desempeñar tan difícil encargo, paráronseme delante, imponiéndome miedo, las graves dificultades con que habría de tener que luchar, y cruzaron por mi mente las sombrías imágenes de los sufrimientos que me aguardaban; pero, así y con plena reflexión, vuelta la vista hacia la necesidad que teníamos todos de afianzar la insegura paz de aquellos días, para proteger los gérmenes de progreso que aparecían despuntando y aclimatándose en la República, al llamarme mis conciudadanos, digo, respondí: ¡Aquí estoy —como he respondido siempre a los patrióticos llamamientos.

"He cumplido, pues, con el deber que el patriotismo me imponía. Y, por suerte mía, bajo hoy del solio sin haberme sentido un solo día Jefe del Estado para engreírme por ello; sin haberle podido cobrar afición o tenerle apego a tan elevada dignidad, y sin dejar ningún círculo o bando paladeado que en mí pudiese pensar más tarde y repetir escenas de vergonzosa exaltación personalista con restauraciones de asonadas que son humillantes para el decoro patrio y estigma de baldón y vilipendio para los que las aceptan"... (1).

El Congreso dió un "Voto de Gratitud Nacional" en tal ocasión al honrado ciudadano (que en lo único con que acaso se equivocó, fué en llamar "obrero inteligente y experto como celoso e infatigable" al que le reemplazaba), y una semana después quiso acordarle una pensión de doscientos pesos mensuales, viendo que dejaba la —para otros— mantecosa canongía, sin un centavo en su exangüe bolsa, siempre abierta a los necesitados. Gesto digno de él: Meriño rehusó tan buena renta.

¡Ante la luz de esa vida, nada es el poder de las tinieblas!...

¿Acaso puede el sol convertirse en un lucero, ni como trocar en un charquito nadie el océano? Con puñados de luz, a raudales, siguen tropezando los ojos deslumbrados en los años siguientes a esta bajada ejemplar; y ya preside, con la sencilla dignidad de siempre, el Congreso; ya es Deán de la Catedral (1883), o vuelve a la Administración Apostólica de la Sede (1889); o se le ve de nuevo de pie sobre la cumbre. Hay hombres que suben a fuerza de arrastrarse —¡paradójica verdad!—, y en cambio otros, aunque parece que bajen, se hallan siempre en lo alto y confundidos con los Urales y los Alpes.

Baja Meriño de la poltrona a la que lo elevara la política, pero quedó siempre erguido en la tribuna en la que fuera honra de su patria y de su época, conflictiva y llena de tribulaciones. Oyese la magnífica, perfecta, impecable pieza oratoria de 1884, en la Apoteosis de Juan Pablo Duarte, y debió empinarse en la cátedra sagrada, como Jesús en la transfiguración de su Tabor,

(1) V. "Obras"..., pág. 99.



confundido con Dios; él transforma en propia apoteosis, que es la de su verbo fulgurante, la gloria y la apoteosis del Padre de la Patria, enaltecido, al fin, por la única palabra digna de ponderar sus méritos y su altísima virtud.

—“; Cuán pesados transcurrían los años desde que en 1822 invasoras huestes venidas de Occidente hollaron la tierra de nuestros progenitores sometiéndola a su dominio y señorío! Espesas eran las sombras de aquella larga noche de infortunio que envolvía como en sudario inmenso las glorias de un pasado heroico. La fatal inercia, a que reduce prolongada servidumbre, mantenía el espíritu nacional aletargado, y apenas daba señales de poder despertar con su antigua fiereza y bizarría. Conservábase, empero, el fuego sagrado del amor patrio, siempre alimentado por nuestros oprimidos ascendientes, y en el retiro del hogar, en lenguaje cauteloso, los padres trasmitían a sus hijos gratos, conmovedores recuerdos de otra época feliz, que encendían en sus pechos los anhelos de libertad” (1).

“Allá en la antigua Metrópoli habíase educado un joven de claro talento, hijo de esta capital y de una familia distinguida por su posición social, por sus piadosas virtudes y por su acendrado amor al patrio suelo. Era, sin duda, el elegido del Señor para que devolviese el regocijo al corazón angustiado del pueblo creyente que clamaba a las puertas de su justicia. Le había llevado de la mano y puéstole en el camino de ir a templar su alma varonil al sol de sus antepasados. Encendió en su pecho la llama inextinguible que vulcaniza el de los grandes predestinados, y circundó su espíritu de los resplandores del genio y del heroísmo.

“El nombre de ese joven, señores, vuestros labios lo pronuncian con respeto y vuestro reconocimiento lo bendice: llamábase Juan Pablo Duarte”.

Y por ese tenor, la vida inmaculada de aquel varón de luz va brotando de entre los resplandores de su elocuente palabra, como si piedra a piedra edificara el monumento digno de su memoria inmortal, desde los días mozos, pasando por las mil vicisitudes de sus sueños y del cuajarse éstos en la hermosa realidad de la Trinitaria, hasta cuando surgió de tanta abnegación y virtud tanta, hecha realidad, una nación... El sermón es amplio, grandioso, propio a las magnitudes del inmaculado: ninguno tan amplio entre los que salieron de aquel “Pico de Oro” a quien bautizara así la hospitalaria Venezuela. Los largos párrafos, a lo Castelar, se mantienen interesantes y erguidos desde el principio al fin. Y en su abundancia de figuras e imágenes, algunas, cariñosamente habituales en sus labios, sin querer se repiten:

(1) V. “Obras”, pág. 105 y siguientes.

“¿Ni qué importa que el vaso de elección sea de rico metal o de humilde arcilla si ha de servir a llenar los fines providenciales a que el Señor lo destina en sus *designios inescrutables*? DUARTE no aparecerá ante la posteridad como esos paladines legendarios que la fama se encarga de eternizar por sus ruidosos hechos de armas e insignes victorias, ni sería tampoco cordura pretender para él timbres no merecidos, por labrarle mayor engrandecimiento; que, aparte de que el vaso es siempre de barro, las renombradas acciones de los héroes se condensan en el cielo de la historia formando astros de varias magnitudes, pero siempre astros, y nuestro caudillo fué adecuado para las necesidades especiales de aquella situación, para hacer llevar a cabo la reivindicación de nuestros derechos; y si limitados se juzgan los vuelos del Prócer esclarecido, suficientes fueron para darnos Patria y libertad” (1).

“... Quien hubiera podido sospechar entonces, al ver a aquellos mancebos radiantes de gozo y sin acariciar sueños egoístas de privadas glorias, que tantos frutos amargos habrían de cosechar por premio a su civismo heroico!

“Detrás de ellos vendrán los vendimiadores...”

“¡Oh, la juventud! ¿Conocéis el misterio de sus impulsos generosos, de su abnegación y de sus sacrificios, de su fe y de su heroísmo? Es, señores, que todo lo ignora en el orden de las tristes realidades, y así, todo lo cree y todo lo espera colocándolo todo en el cielo de sus ilusiones. Es que la juventud no ha visto al hombre ni mucho menos a la sociedad, a este ser-abismo que refleja tantos rayos de luz y comprende tantas tinieblas, que representa grandeza y majestad y es, no obstante, amasijo de miserias. Sí, es que no ha puesto la mano ni alzado el velo y mirado. No diré —extendiendo el pensamiento de un ilustre orador sagrado—, que no ha abordado aun a esa playa en donde las olas del agitado mar de la vida han ido hacinando tantas plantas amargas, ahondando tantos surcos y depositando tantos gérmenes ponzoñosos de corrupción y de muerte.

“¡Secretos de la sabiduría de Dios que pone vehementes aspiraciones en el corazón de la Juventud y alegre esperanza sobre sus ojos cándidos para que puedan realizarse grandiosos hechos en el curso de la vida humana!”

Todos los jalones de la gloria del prócer se eslabonan en los párrafos del discurso más elocuente que se haya pronunciado en la República, recogido con asombro por las vetustas naves de nuestra Primada Catedral: la juventud; el maestro que, según la tradición, les aleccionó; la Trinitaria, y su sucesora “La Filantrópica”, la chispa que se enciende, la tempestad que estalla, el Padre en el destierro, mientras la hija de su idea nace en el Baluarte. ¡Y el triunfo, y regocijo, y los estrépitos del gozo, los “transportes de la común alegría”, “las expresivas fiestas de familia”, “los cantos del pueblo!”. Y la grandeza del caudillo que reaparece, y la mezquindad de los que le colocan en un puesto subalterno, mientras “el trueno pavoroso de las

(1) V. “Obras”, pág. 108 y siguientes.



primeras batallas había estremecido ya la República y ésta alzaba la frente coronada de laureles". Y la guerra civil, y el reinado de las luchas fratricidas que comienza, hasta cuando Duarte, con su dolor y desencanto, parte al destierro nuevamente, a esconder sus tristezas allá, en Venezuela, en el corazón de las selvas salvajes de Río Negro... Y aquel: "Yo le vi y recogí de sus labios" que debió conmover a sus oyentes con divino estremecimiento de envidia, como el de los discípulos, cuando en las Catacumbas, oirían emocionados a Pedro que decía del Maestro de todos: "¡Yo le vi y oí!" Luego, el relámpago; la reaparición de Duarte en el Cibao; el rayo que brilla y el resplandor que se extingue; hasta el fin: "Dios le bendijo en su muerte". Resucita... Vuelven a la Patria sus restos, y es la apoteosis, que deben contemplar todos nuestros dioses lares y penates. El tribuno máximo de la República les increpa, puesto de pie ante el pináculo de sus glorias: "¡Salgan de su sepulcro los manes venerandos de Sánchez, y Mella, y Pina, y Concha y Pérez", —que para todos haya exaltación, honores!— El labio enmudece y el sacerdote de Dios se postra de rodillas ante el sepulcro amado, pidiendo que ante él también se humille por siempre el monstruo de las discordias civiles...

La Catedral, atónita, recogió para la posteridad su último apóstrofe:

**"¡PADRE DE LA PATRIA! ¡EN EL SEÑOR Y EN ELLA,  
DESCANSA EN PAZ!"**



## TERCERA PARTE

---

### EL ARZOBISPO EN LA CÁTEDRA SAGRADA

“Yo soy el que bendice y afirma; y largo tiempo he luchado por ello. Fui un luchador a fin de tener un día las manos libres para bendecir...”

NIETZSCHE, “Aforismos y Sentencias”.



## SUPREMA INVESTIDURA

(1885-1890)

Si va un viajero a la ciudad Santa, la Roma inmortal de los Césares y de los Papas, sobre la cual rodaron tronos de emperadores y cabezas de mártires y apóstoles, llena de recuerdos, hoy venerandos, inmortalizados en la piedra, que es, o Coliseo, o Foro, o magnificencia de sus basílicas, o sus mil iglesias, perdida entre mil "vías" y "palazzos", en plazas monumentales y otras muestras de esplendores, o antiguos o modernos, difícil le será encontrar, entre aquel dédalo, la modesta iglesia de San Apolinar, pequeña entre aquéllas, pero grande, moral y materialmente para nosotros. Hállase no muy lejos del Tíber, de una orilla el "Castello de Sant Angelo", el "Palazzo de Giustizia", y del otro, perdida entre calles e iglesias de mayor renombre, la plaza homónima de la iglesia que nos ocupa. Allí fué consagrado, por mandato de León XIII —(pontífice a cuyo oído cantaron las musas de Horacio y de Virgilio)— como Arzobispo de Santo Domingo, escogido, en una terna enviada de allá, por el Congreso de la Nación, el P. Fernando Arturo de Meriño, quien andaba por Europa como Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de su país ante varias Cortes. El Cardenal Lucido Mario Parocchi, asistido por los Obispos titulares de Seda y de Amauta, le impuso la mitra, en presencia de otros, príncipes también de las iglesias americanas y griegas, con gran pompa y brillantéz.

Tal día fué el 6 de junio de 1885, festividad de San Norberto, Obispo de Magdenburgo.

En el siguiente de la consagración, el Cardenal que se la impuso obsequió con un banquete en su palacio al consagrado, ágape santo al que concurrieron, por tratarse de un Diplomático, ex-presidente de República y arzobispo ya, bastantes personalidades de la Corte Vaticana. ¡Cena de Cardenales y de Obispos! Ni damas ni fracs airosos, sino púrpuras, y morados episcopales, y acaso algún uniforme diplomático; pero, corrió el vino cordial y sabroso de las campiñas italianas, y el rubio champaña francés; y a la hora de los postres, a través de la charla amena y docta, el anfitrión presentó, con una sonrisa a flor de labio, un espléndido pastel que tenía la forma del sombrero cardenalicio, y dijo al extranjero recién consagrado:

—Ofrezco a Vuestra Señoría el capello...— Y monseñor de Meriño, reconocido, lo aceptó sonriente y oportuno con esta otra frase de buen humor:

—Vendré a reclamarlo cuando Vuestra Eminencia sea Papa.

A propósito de la consagración del nuevo purpurado, hablaron elogiosamente el "Osservatore Romano", órgano papal, "Il Popolo Romano", "La Voce de la Verità", "Il Corriere de Torino", en Italia, y "Le Figaro", de París. Su grande amigo, otro hombre de su talla moral, el Dr. R. E. Betances, apóstol de la libertad portorriqueña que admiraba al tribuno de la libertad dominicana, escribió entonces y publicó (París, julio de 1885), una magnífica Biografía: "MONSEÑOR FERNANDO ARTURO DE MERIÑO", que incluyó en su libro intitulado "BETANCES" el también notable escritor de Borinquen, Luis Bonafoux, bajo el encabezamiento expresivo y prometedor de imparcialidad: "RETRATO DE UN ARZOBISPO POR UN LIBREPENSADOR". Decía éste de aquél —entre muchas cosas bellas que alguna vez hemos citado— estas palabras, casi al terminar su juicio: "Meriño es una gloria para Santo Domingo y una honra para la América. Sus compatriotas se honrarán honrándolo. La Iglesia Dominicana no encontrará jamás un sacerdote más digno, y el país no tendrá jamás un patriota más vehemente". Todo lo escrito en tal ocasión por Betances tiene destacada autoridad, primero, por tratarse de un incrédulo en materia religiosa, y que, sin embargo de esto, admiró toda su vida a Meriño, a quien trató íntimamente, ya en París, ya en Puerto Rico; y segundo, porque, al ser su amigo, los datos biográficos recogidos por el librepensador lo fueron sin duda de labios del mismo sacerdote en los días en que andaban y charlaban juntos en los afectos y el amor hacia sus patrias respec-



tivas, esclavizadas siempre o por tiranos extraños o por tiranuelos de casa.

La sede de la Ciudad Primada lo recibió gozosa. Motivo tan grande inspiró su primera Carta Pastoral, humildísima, reconociéndose indigno de tan alta investidura, honor supremo que puede acordarse en nuestras tierras, y que llevaron sobre sus hombros varones ínclitos de otros tiempos. Y evocaba sus pensamientos en el solemne momento de Roma:

...“En el día de nuestra consagración y durante la imponente ceremonia, todos lo meditamos escrupulosamente, y teniendo conciencia de nuestra pequeñez e indignidad, conmovido nuestro corazón, pronunciamos las palabras del Apóstol: *Ego enim sum minimus apostolorum qui non dignus vocari apostolus.* ¿Por qué, Señor, exclamaba nuestra alma llena de confusión, por qué me habéis llamado a mí, el último entre mis hermanos, a la augusta misión del episcopado? ¿Qué! ¿Soy yo, acaso, el autorizado a proclamar ahora tu santa verdad de lo alto de aquella cátedra que los Valera y los Portes y el sapientísimo Rodríguez, últimos ilustres pontifices, hijos de la más ilustre y de la más infortunada de las Antillas del mundo de Colón, esclarecieron con su ciencia y sus virtudes? ¿Yo el maestro que debe enseñar y el custodio de la sana doctrina? ¿Yo, Dios mío, el encargado de atar y desatar y el que debo alzar hacia Ti mis manos orando el primero por los sacerdotes y por los fieles de aquel rebaño que me destináis a apacentar? Mas, Tú, Señor, insuflas tu espíritu sobre lo pequeño y lo engrandesces, sobre lo débil y lo fortificas, sobre la escoria y la depuras. Del carbón haces el brillante y pones la sabiduría en la oscura y entorpecida inteligencia. Cúmplase en mí tu voluntad. *Non sicut ego volo sed sicut tu*”.

¡Palabras de humildad, pero no de la falsa y de oropel! ¡Grito del cóndor a quien parece mentira le hayan salido tan amplias alas, pero que ya se prepara a volar con ellas para emular a los montes elevados! El mitrado supo serlo; y no fué un arzobispo más, tal cual era de esperarse con tan nobles ejecutorias, dignas de dar lustre a sus blasones. Empuña el báculo, pensando en los pastores de fuste y hombría, cual el Valera que se las tuvo tiesas con las tribus de Boyer, y no celebró más de pontifical sino en su palacio, para no ir a la Catedral y hollar las calles que ensuciaban los haitianos. O cual el Portes, a quien trastornó un desafuero e iniquidad de Santana. O el Rodríguez, expulso por santo y por sabio. Se ciñó el anillo pastoral cual los Basilio o los Isidoro, o el mismo santo patrón del día de su investidura, San Norberto, el último de los pobres de su reino, a quien la multitud extraña obligó casi a ser obispo, gritándole y asiéndole de las manos: “He aquí a nuestro padre y nuestro Pastor”. O como hicieron los de Hipona,

precipitándose sobre San Agustín: “—¡Agustín presbítero! ¡Agustín presbítero!” —Y al llorar el Santo, humildemente, todavía le argüían equivocados: —“Sí, es poco para lo que mereces; pero ten por seguro que serás nuestro Obispo”.

Del mismo modo y priesa, la gente dominicana, los innumerables discípulos y admiradores del P. Meriño, hacía tiempo que deseaban consagrarle y subirle hasta la altísima dignidad, y desde los días de Cabral, creyendo que pudiera hacerse igual que en los del hijo de Mónica, querían ellos mismos proclamarle, aun sin consultar a Roma. ¡Cardenal le hubieran hecho de buen grado, y nada le llevaría en su ventaja el Mercier que asombró con su entereza a los de hoy!

Conoció Meriño la dignidad de su cargo y supo dársela rendidamente, sin pompa ni bajeza, con democrática santidad. Recogió en su propio bolsillo su escasa renta como príncipe de la Iglesia, y reconstruyó el palacio de los antiguos arzobispos, abierto luego a todos, pobres y ricos, sin el “*Cave, canem*” de los antiguos romanos. Dentro, una figura amable, de indiscutible majestad, se consagraba al trabajo de continuo, a la oración, al estudio, a hacer el bien a manos llenas, con aquellas sus manos blancas, bondadosas, que a todos se tendían y a todo atendían. ¿Los libros? Jamás se apartaban de su vera, y siempre a ellas cercanos los tenía, mientras meditaba sus homilias y celebrados sermones, o preparaba sus cátedras en aquel Seminario de sus amores, del que no quiso dejar la Rectoría. ¿La pluma? Tampoco tuvo tregua, sino que dijérase que, como escritor y de los buenos, su pluma formaba parte del cayado del Pastor, y ella trazaba sus bellísimas Pastorales, tan encomiadas por Godoy y todos los críticos, y multiplicaba artículos, ya para el “*Boletín Eclesiástico*”, fundado por él el año anterior a su episcopado, o para “*El Criterio Católico*”, que aparecerá más adelante. No tenía secretario: él lo hacía todo.

Cuando fué a habitar el palacio, instaló su familia cerca de allí, pero no con él. Daba a sus hermanas casa y comida y cuanto necesitasen. Su hermano, el P. José María, era capellán en Santa Clara; otros, en cambio, como Valentín, en la mayor miseria, buscaron pronto su arrimo y vecindad, y dábales Monseñor cuanto tenía y podía para aliviarles. Los sobrinos abundaban, y para todos había.

Sin embargo, en el palacio sólo habitan los verdaderos “familiares”, los del espíritu y por la Iglesia, como su ahijado, el clérigo Rafaelito Castellanos, ese Rafaelito de quien él decía

que era "un manojo de nervios", y fué su discípulo amado, y a quien hoy debemos muchos datos sobre la vida sencilla y admirable del varón casi perfecto, pero a quien también el mitrado y padrino no dejó alguna vez de propinarle indirecta lección, si se la merecía. Un día el joven detúvose más de la cuenta en el refectorio, creyéndose a solas y pitando a sus anchas más de lo debido, con cierta delectación, propia de su crecimiento y edad, que casi rayaba en grosería. Monseñor pasa por allí sin sentirlo el otro, y se pone a gritar con dirección a la puerta de la calle:

—¡Señor!..., ¿y ese carretero que se nos ha metido aquí en palacio?...

Avergonzado el muchacho, aunque no miraba hacia él sino hacia fuera, nunca reincidió en el pecado de profanar el palacio con populacheros silbidos.

Pedro Spignolio, vivió allí también algún tiempo. Y sobre todo, siempre le acompañó su fiel Dionisio, el criado.

La poderosa mentalidad a lo Nazianceno que apostrofó a los precitos y bendijo la memoria inmortal de nuestros grandes, era la misma que se complacía en atender por sí misma a la limpieza de su cuarto, pese a las protestas de Dionisio; y a cuidar, en los solaces de su espíritu, el patio grandísimo del palacio, y, con sus manos ya santas, sostenía la regadera, o daba comida a las palomas del huerto. ¡Aquel inmenso patio! Nuestra memoria lo evoca casi como una "estancia" de aquellas tan pobladas de toda clase de árboles frutales, como había antes en la Avenida Independencia, en tiempos lueños en que ésta aún así no se llamaba. Una verdadera "estancia", con perfume de eucaliptus, pomarrosas y cajuiles, olor de flores, sombra propicia de altísimos y copudos árboles, y su cantar y murmurio de bosque, en el mismo corazón de la ciudad. Gracias a Monseñor, aquellos árboles eran benditos y crecían libremente, sin que nadie, todavía, osara podarlos.

Al amor de su sombra, paseaba el filósofo en contacto de la Naturaleza, que le inspiraba cierta especie de admiración casi panteísta hacia todo lo creado por la divina mano del supremo Hacedor, cual las páginas, que no nos desmentirán, de su artículo "La Religión", de párrafos tan repetidos y, por ende, conocidísimos:

"Sí, Dios existe. Dentro de mí lo siento, y fuera de mí le veo en toda la creación, latente por todas partes"... etc., etc.

"Todos los seres cuentan en ellas sus grandezas y anuncian su sabi-



duría, desde el corpulento cetáceo que dormita columpiándose en los altos mares, hasta el microscópico epitalamo que habita en el fondo de sus abismos; desde el plátano milenario y la selvosa higuera de la India, hasta la rastrera brizna de yerba que huellan nuestros pies, hasta el imperceptible musgo que vegeta oculto entre las grietas de las rocas..." (1).

Por entre los módulos de su pensamiento religioso, descúbrese al Catedrático, al amigo de diseminar sabiduría sobre la tierra, sembrador que echa granos en el surco —que esa, su misión educadora, robábale la mayor parte de sus días, tan repartidos ya, pues periodista es, al par que Profesor de la juventud estudiosa, y pastor que sin cesar cuida el ható, y le acostumbra al sonido de su voz, bien desde "El Criterio Católico", bien desde el "Boletín Eclesiástico" —recomendados luego mucho a sus fieles—, bien desde sus Cartas, ya en la toma de posesión, ya acerca de ENSEÑANZA CRISTIANA, ya sobre la INDULGENCIA Y JUBILEO del Papa, ora sobre LA ENCÍCLICA DE LEÓN XIII "INMORTALIS DEI", o a propósito de LAS BODAS DE ORO DE S. S. LEÓN XIII, o acerca de la CUARESMA DE 1888 y sobre LA PROPAGACIÓN DE LA FE.

El recio metal con que fabrica su cláusula de los primeros tiempos, va recamándose de oro. Su cerebro se estruja en el estudio largos años, y ya la experiencia y las amarguras de la larga vida se complacen en mirarla cada vez con mayor superioridad. La Biblia acude más frecuentemente a la pluma del escritor. ¡Pastor y Maestro! Como el profeta rey de los Salmos, su alma alabará al Señor, pero en todas las cátedras; y profesa la sencillez con que San Pablo habló a sus queridos hermanos, y les recomienda —en Carta de 1886— la enseñanza siempre cristiana, y en Cristo inspirada siempre, y condena al monstruo del ateísmo. Educar, educar religiosamente, es su preocupación continua. Y envuelto en la satisfacción dogmática del que se cree en segura posesión de la verdadera ortodoxia (*orthos* —recto; *doxa* —opinión), predica las excelsitudes de la Iglesia, el poder del Pontífice, despojado —hogaño— de lo temporal y de su independencia. La materia teológica y aun filosófica, abundantísima, cuaja las largas páginas. ¡Granos de oro, engarzados, desde esta olvidada isla, a todas las grandes festividades de la Iglesia, a sus conflictos y a sus triunfos!

En la cumbre ya de toda grandeza, en lo más alto a que se

---

(1) V. "Obras", pág. 149 y siguientes.



puede aspirar en nuestras tierras... ¿era feliz aquel estoico? ¡La felicidad! —preguntábase él, un año antes de su consagración suprema, en una conferencia dictada en el Liceo de Puerto Plata—. ¿Dónde se halla? La ciencia, la gloria, ¿acaso la dan? Buscábanla los antiguos en el placer —unos—, los epicúreos; otros en el dolor, los estoicos. Y no la hallaron en el devenir de los tiempos, ni Sócrates, ni el Tasso, ni Colón, ni Galileo, ni Bolívar —desconocido y calumniado— (¡oh, sus recuerdos de la hospitalaria Venezuela!)... Pero, entre los antiguos, de aquella Grecia y aquella Roma, siempre ante nuestros ojos, los discípulos de Epícteto sólo le roban su atención, mientras llega Cristo a derramar su luz sobre la tierra.

Y es que nuestro gran hombre —ya lo hemos dicho— fué como Marco Aurelio, un filósofo estoico, tres veces coronado: primero, con el laurel del elocuente civismo; después, con el manojó de ortigas de la Presidencia; y luego, con la santa mitra de la prelación.

Pero, todo lo recibió siempre, como aquel elegido de los dioses y mártir del imperio: serenamente...

## II

### AMOR DE CARIDAD

(1890 - 1895)

Monseñor Fernando Arturo de Meriño, vino siendo el segundo Arzobispo de nacionalidad dominicana que ocupó esta sede desde la Restauración de la República a sus días (en la cual gobernarán cuarenta y seis prelados, ya españoles, ya italianos, ya mexicanos, un peruano y un ecuatoriano, aunque alguno sólo en calidad de Coadjutor, a falta del titular, o como Administrador o Vicario Apostólico).

Cual las abejas a las flores o las hormigas al olor de la miel y del azúcar, goteáronle pedigüenos, y sus compatriotas acudían sin cesar al palacio, en demanda de ayuda y de consuelo, pobres de solemnidad y pobres vergonzantes. Para todos tuvo, sin que su mano derecha supiera nunca lo que hacía la siniestra, y viceversa. Era una procesión continua por las escaleras; y bajaban todos con su grano de trigo o de arroz, o su polvillo de oro. ¡Nadie se devolvía con las manos inertes! Las obras de misericordia, todas, cupieron bajo su capa pluvial. Daba de comer a todos los hambrientos, fueran amigos o enemigos; y cuando no se acercaban a su casa a pedirle, él procuraba llevar a ellos su socorro en el momento oportuno; y su delicadeza —que comprendía que no sólo de pan vive el hombre, y menos el niño— extendía con largueza su mano hasta propinas, y dulces y frutas en abundancia, para todos los pequeñines, ora abriéndoles la huerta pródiga que él cuidaba de su mano, gozoso ante el espectáculo de los niños que travesaban por allí, comiendo a

su gusto almendras, mangos y cajuiles; ora en sus visitas a las niñas del Asilo de Santa Clara, tal un verdadero "Santa Claus" o un buen rey Mago de blancos cabellos y aristocrática presencia, repartiendo enteras bandejas de dulces, completas "bateas", compradas expresamente para este fin a los vendedores ambulantes que así efectuaban "su agosto" con tan regio cliente. ¡Buenos atracones del sabrosísimo "piñonate" de la pulcra curazoleña "Shi Mochi" se dieron los pobrecitos, que otra ocasión no alcanzarán para tanta dicha sino la que les brindaba quien tan derechamente iba tras las huellas del que dijo en "aquella tarde memorable de Galilea": *Sinite parvulos venire ad me...* Iba donde ellos a los asilos, cuando ellos no venían donde él. ¡Maravilloso y conmovedor espectáculo, entonces, aquella cumbre, aquella cima de bondades, bajar a ras del suelo para enseñar las "curias" a sus pequeñuelos, o mover sus brazos amorosos entre las palomas, o bien treparse en un enorme "morrocoi" que soportaba impertérrito el peso de aquella montaña que andaba así, entre el escandaloso regocijo de sus visitantes, algunos pasos por el huerto!

Y si imparte alegría al desgraciado y al triste, y comida al hambriento, para la sed de saber de los sedientos abría escuelas, establecía cátedras, instalaba el Instituto Profesional —remedo de Universidad— y cobraba por él vida próspera y fecunda el Seminario, "fuente inagotable de ciencias, abierta siempre y a todas horas para la juventud dominicana" (1).

Pero, en cuanto a lo material de la caridad, no hubo triste que subiera su escalera y no bajase consolado; no hubo pobre que no partiese con algo más de pan en el "macuto" ostensible o en el bolsillo vergonzante. Y vestía al desnudo. ¡Cuánta emoción produce en el ánimo leer las cartas que él escribía a su buena amiga y confidencial agente de sus caridades, la señora propietaria de "La Nueva Feria", doña Amelia Marchena ("Francasci" en las letras), encargándole telas, con sus tantas varas, minucioso, y sus coquetuelos adornos para el cuello, con sus cintitas y medias del mismo color, como de regalo que quiere ser oportuno, por destinado a mujercitas en embrión —las niñas del Asilo de Santa Clara—, a las que bondadosa y paternalmente atendía con tanto esmero. Aquella su particularísima amistad

---

(1) V. JOSÉ G. GARCÍA, "Historia Moderna de Santo Domingo", pág. 137. Santo Domingo, 1906.

para doña Amelia (de que es trasunto la obra de esta escritora intitulada "Monseñor de Meriño Intimo"), se nos antoja también un don de su caridad amorosísima, complacida en visitar a los enfermos y en consolar al triste. Por confesarla y consolarla fué su amigo rendido.

La gran cabeza, repleta de envidia, que recamaba, perla a perla, los magníficos camafeos en donde vive inmortal y retratado quien los formó, y que son las PASTORALES a su grey, filigranas de su pluma, dictale igualmente los incesantes artículos editoriales del "Boletín Eclesiástico", en donde, al par que su sapiencia, vierte de cuando en cuando sus amarguras de Pastor ante el incremento de lo que él llama "doctrinas impías" y "escuelas sin Dios", apacentadas en el materialismo; la misma pluma de las estupendas, inigualables "Circulares" al Clero, es tal la de Santa Teresa, que tan pronto asciende a las místicas "Moradas" como baja en sus celebradas Cartas a los más nimios pormenores, o cual la de San Pablo, que pone en sus "Epístolas" cimientos indestructibles de la Iglesia y amistosas bagatelas y memorias a los buenos amigos: ¡así su robusta péñola desciende a pormenorizar afectos... o compras para los pobres, con gracia ingenua!

"Carísima Amelia: Necesito algo para las niñas del Asilo. ¿No lo habrá en su establecimiento? Son siete cortes de vestidos, blancos. Escojerá usted una tela regular y les añadirá los correspondientes adornos, según lo quiera la moda. Usted dirá.

"Y una docena de medias, de clase mediana, blancas. Y si no las hubiera así, color de rosa.

"Y lleve con paciencia a su afectísimo amigo que tanto la distingue:

P. Meriño".

Y en otra, para excusar sus distracciones:

"¡Ay, amiga! Quédome riéndome. ¡Qué mal dependiente sería yo! ¡Pobre "Nueva Feria" si don Rafael me empleara en ella! Ahora veo que me quedaba con 50 centavos sobre el valor de la docena de medias. ¿No es eso?

Pues van los \$ 4 y los 50 centavos, y no tenga cuidado, mi doble amiga. Voy a repasar la aritmética:

P. Meriño".

Tanta llaneza y simpático estilo, antojárasele a cualquiera ageno al verbo, que nada tiene que envidiar a Castelar cuando se transporta para hacer, por ejemplo, la apoteosis del Descu-



brimiento, en su Cuarto Centenario, desde el púlpito de la Catedral, pedestal de sus glorias:

“Portentoso acontecimiento, señores, (casi nunca dice “hermanos míos”, ni “hijos míos” en la tribuna sagrada), que abrumba por su magnitud incomparable... De súbito se descorre el velo de lo desconocido y aparece el Nuevo Mundo. Ensánchase los espacios de las tierras y los horizontes de los mares, y desplégase el inmenso pabellón de los cielos, tachonado de innumerables soles nuevos, sobre tanta magnificencia; y surgen millones de millones de criaturas racionales, y aldeas y ciudades, y toda una civilización, de entre selvas umbrosas, valles dilatados, montañas altísimas cubiertas unas de verduras, otras coronadas de nieve, y varias adornadas con penachos de fuego y humo, como potentes respiraderos de la vida más exuberante; todo ello, señores, asentado en un suelo que exhalaba aromáticas esencias, bañado por extensos ríos y lagos en formas de mares, henchidos de oro y plata y piedras preciosas y de toda suerte de riquezas naturales, brindando abundoso pasto al comercio, a la industria, a las ciencias y a las artes, e iluminado tan grandioso espectáculo por la luz esplendorosísima del signo de la redención, ilevado por aquel varón extraordinario, de ánimo esforzado, de heroica constancia y de profunda fe religiosa a través de las soledades y de los espantosos abismos de las grandes aguas...”.

Del mismo modo que al auditorio del P. Carlos Borges, poeta venezolano, le pareció, transportado con sus palabras, ver por las puertas de la casa de Bolívar, sombras augustas, desaparecidas, así quizás, al pueblo reunido en las naves de nuestra Catedral Primada, al conjuro del verbo de Meriño, se les antojaría ver de nuevo las carabelas de Colón, que iban así al encuentro de aquellas maravillas... Prendida en los labios del mitrado, que tocados debieron ser con el fuego que purificó los de Isaías, resucita la visión esplendorosa de un mundo americano, cual de la pluma mirífica de Milton sin ojos, surge ante los nuestros la del Paraíso Terrenal en donde habitaron nuestros primeros padres. Y no sólo las imágenes deslumbradoras y las descripciones fastuosas por entre los párrafos castelarianos corren triunfales como del manantial puede brotar el agua, sino toques oportunos a las actualidades de su tiempo, a la duda e incredulidad con que fuera acogido el providencial descubrimiento de los restos preciosos en la isla que fué de sus amores y preferencias, más alusiones a las exposiciones de progreso, conmemorativas, con que otros pueblos celebran el Cuarto Centenario. Y pide a gritos el monumento que ya reclamaban las honras del navegante tres veces perillustre.

No parece que quien tanto se eleva, sea la misma cabeza, la mano amable que escribe discursos inmortales y quisicosas

risueñas, la mano que a todos se entrega con infinito y dulcísimo amor caritativo de cristiano. ¡Mano bendecida y pródiga! ¡Mano infatigable en el dar! Ya es I. V. quien se halla en complicado apuro, carente de lo necesario para cubrir el alquiler y el sustento de sus hijos, y se instala en unos bajos de la casa de cierta parienta riquísima.

—¿Por qué no te acordaste de mí? —dícela Monseñor.

—Monseñor: es más justo y natural que acuda a mi prima y me dé arrimo. Usted tiene otros pobres...

—Tienes razón, pero para ti siempre había... —Y va a su armario y le entrega unas "papeletas". —No me olvides en tus cuitas —agrega, echándole, paternal, el brazo, y acompañándola hasta la escalera, para cortar sus muestras de agradecimiento.

Muchas veces es C. S., una honrada y pobre joven a quien doña Nicolasa Billini—grande amiga de Meriño—tiene al arrimo de su colegio. El arzobispo, cuando va por allá, de tarde en tarde, le mira los pies... Luego le irán las cajas de zapatos. Como no abunda en ropas, el día de su santo le da para una máquina de coser. Y la sigue con las bendiciones de sus dones hasta que se casa y es padrino de sus bodas, y el único "champagne" que allí se gasta son dos botellas que envía el Arzobispo...

La esposa del periodista A. G. —quien alguna vez, si entre elogios, le fustigó también duramente en sus escritos—, cuando él se halla en la cárcel, ya sabe a dónde ir en solicitud de consuelo y de socorro. Y como ella, otras muchas acuden a aquél que es como el Obispo que San Pablo quiere: "hospedador, amador del bien, templado, justo, santo, continente" y "no soberbio, no iracundo, no amador del vino, no heridor, no codicioso de torpes ganancias", sino todo muy al contrario. Tanto regala, que también le regalan algunas veces a él... Y su Ilustrísima lo reenvía más adelante... ¡Tiene tantos ahijados, tantas comadres y compadres, tantos compromisos!... El vino que le trajeron hace tiempo, es para doña Amelia, que está siempre tan delicada. Y los obsequios de ella... siguen su curso, que es ir a parar en manos de quien los vió y se los pidiera... Es natural... También es natural que tenga sus chascos, ese magnánimo Antonio de Padua que da hasta lo que no es pan, y, siempre, obsequia, reparte, comparte, entrega y anega con sus dones a pedigüenos y pseudo vergonzantes. Cuéntase que en cierta ocasión, una buena señora, muy púdica y velada con un manto, estuvo an-

gustiándole con su apremio: “que si no se juntaban” dos “motas” en su casa, que si el esposo, cesante y en grandísima necesidad, tendría que ir a la cárcel si no pagaban cierta deuda; que si la vergüenza... que si el sufrimiento... Emocionado el gran siervo de Dios, abrió el consabido armario y le entregó doscientos pesos que acababa de recibir. Imagine quien quiera las protestaciones de reconocimiento de la atribuladísima dama.

Días después, una sobrina de Monseñor le dice con mucha sorna:

—Monseñor: ¿Sabe usted quiénes estaban, pero lo que se dice elegantes, en el baile de anoche? ¡Pues su amiga, su por-diosera del otro día, la señora X. y su señor marido y sus niñas queridísimas! Parece que al salir de aquí se fué derechito a las tiendas a hacer sus compras, la pobrecita!...

El Prelado se ruborizó, algo mohino. Y en seguida reaccionó y dijo con calor:

—Bueno, pues... me alegro. Más vale que me haya engañado a mí, pecador, que no si hubiera venido a pedirme en una verdadera necesidad y yo no tuviera con qué remediarla. Dios dice. Pedid y recibiréis... —Y él, por su parte, no imploraba sino a Dios, por crecido que fuera su apuro. Una vez (y esto nos lo refirió quien lo puede saber de fuente cierta) hallábase el Prelado sin blanca con qué remediar a uno de quien le constaba, en toda certeza, la real necesidad, su viejo amigo don Tomás Alonso, gravemente enfermo en San Carlos.

—Mira, Rafaelito —dijo a un familiar de palacio muy querido de su corazón, entregándole algo que al mismo tiempo envolvía cuidadosamente en un periódico—. Llévate este cáliz, a ver si Dios te ayuda y lo puedes vender o empeñar a buen precio... O me lo compras tú...

—Pero, Monseñor...

—Sí, ya sé lo que vas a decirme. Me da mucha pena deshacerme de este cáliz que es el más rico que tengo; pero, necesita más de cien pesos un buen amigo...

—¡Pero si no es eso, Monseñor! Es que, ¿no recuerda su Ilustrísima que me tiene guardados cuatrocientos pesos, que me saqué en la Lotería?... ¿Cómo se le ocurre empeñar ni vender su cáliz, sin disponer de ellos?

—Ya lo sé, hijo, y me acuerdo, y como no eran míos ¿cómo iba a disponer y gastarlos sin tu anuencia? Para mí, un depósito es sagrado.

Conmovido el clérigo ante tanta ingenuidad y grandeza, le

instó reiteradamente hasta que lo venció, y lo obligó, casi, a tomarlos en préstamo.

¡Así era el hombre! Que los Nietzsche, los Schopenhauer, y todos los sombríos negadores de la virtud, puedan venir a asombrarse de aquél que con tanta sabiduría los refuta en sus artículos y circulares al Clero, y que si tiene las grandezas del SUPERHOMBRE —con quien, con cierta charlatanería, sueñan—, en cambio lució las divinas candideces de los santos!

Es el mismo hombre que, si su corazón y su alma vibran de indignación junto a la del Santo Padre, en contra de la esclavitud de los pobres negros robados al Africa, y a propósito de la Encíclica papal, escribió también una carta a sus feligreses (febrero, 11, de 1891), y condena en otra, científica y dogmática, las “escuelas sin Dios” (Circular del 8 septiembre de 1892), o bien, con cristianos argumentos, esgrime sus armas contra el “Divorcio” (mayo, 1895, “Carta Pastoral sobre el Divorcio”); es el mismo que siempre se acuerda de sus amigos necesitados, y escribe, a los que sólo de esto han menester, afectuosas cartas:

“¿Con que hace progresos en la lengua italiana? —dice a Luperón, (14 agosto 1892).—Enhorabuena. Ganar un idioma es lograr riquísima adquisición y ensanchar la esfera de la vida. El poliglota es el verdadero cosmopolita. ¿Ni en qué ocupación más provechosa pueden consagrarse los tediosos días del destierro? Si no se evitan los ocios, dándose a algún trabajo manual, el estudio es el mejor empleo del tiempo para disiparse uno, digna y útilmente. Con que, siga Vd. a ver si lee el Dante en su original. Quizás repasando los varios círculos de su Infierno se da con algunos tipos que de allá se dan luego sus escapadas para tormento de los pueblos cristianos en esta tierra de dolores y miserias...” (1).

Sangrábale, sin duda, el amoroso corazón —preñado, en el fondo, de ternura, pero siempre bajo corteza recia, fuerte en la apariencia—, cuando pensaba en los acontecimientos del país. Misteriosamente eran juzgadas las muertes de Generoso Marchena, de Abelardo Nanita... Y por esas y otras cosas (de las que más quisiéramos no hablar), sufriendo mucho en lo hondo, cubríalo todo con la sonrisa de humorismo fino y doloroso con que terminaba aquella carta dirigida al proscrito Luperón, hablando de los precitos o acaso demonios escapados de allá..., cuyas perversas gestas, sin duda, le causaban penas acerbas, sin

---

(1) V. CASTELLANOS, “Fisonomía del General Luperón”, pág. 28. Santo Domingo, 1932.

poderlas remediar, y, eso, sin que su orgullo de hombre bueno que se había equivocado, lo dejara traslucir hasta la superficie. ¡Sus prédicas de moral, tan perdidas por esos andurriales y recovecos de ciertas conciencias turbias! En balde empedraba de amonestaciones sobre sublimes cuestiones éticas, con engarzamiento de las más finas palabras de su estilo y su léxico, esos relicarios únicos de nuestra literatura nacional, que lo constituyen sus "PASTORALES", únicas por la enjundia y sabiduría de que dan muestra; únicas por la amenidad y atractiva apariencia que allí toma la teología; colección preciosa y única en su género, no sólo en nuestro Santo Domingo, sino en toda nuestra América, en donde acaso abunda tanto Fray Gerundio que deja los libros y se mete luego a predicador...

"...; Desgraciados los pueblos que llegan a perder el temor de Dios! —escribe el buen pastor a su grey con motivo de la Cuaresma de 1805—. Su suerte está echada. Roto ese freno, todos sus miembros irán tomando el camino que a cada uno mostrarán sus concupiscencias y su orgullo, y por esa pendiente fatal irán cuadrando las distancias hasta parar en la espantosa sima de su propia degradación y envilecimiento. Sí y sí: porque la impiedad, en tertulia con todos los desordenados afectos del ánimo, la soberbia es su nodriza y la lujuria, la maledicencia, la avaricia, la ambición, el egoísmo, el dolo, el hurto, el homicidio y todos los vicios y todas las malas pasiones, la cortejan. Ni ¿cómo exigirle a los hombres que traen el corazón inclinado al mal desde el vientre de su madre, sujeción a las reglas de la moral, cumplimiento de deberes, ni práctica de virtudes, si no creen en Dios que les aguarda para juzgarles, ni en que tienen un alma inmortal que será galardónada o castigada según sus obras, cuando ellos bajen al sepulcro?"

Fecundos estos años para el Apóstol: toda clase de siembras dejó el sembrador. Pero le atrae, sobre todo, la cátedra del Espíritu Santo, en donde siempre dijérase que está predicando, lo mismo en discursos y sermones, como en pastorales y circulares. El asunto del divorcio le arrancará más de una fervida protesta en forma de cartas; dos de sus mejores pastorales; pero, aún hay otros tópicos que también le preocupan. Hondura de pensamientos escogidos de esos trabajos, podrían seleccionarse. Véanse algunos:

#### ATEISMO.

Combatirlo, su preocupación, y le llama "monstruo acosado siempre por la dignidad humana", y habla de "su fétido aliento", de "su ponzoñosa semilla", y condena su forma, que es "el espíritu de impiedad" quien la extiende. ¡Malditas por él las "cátedras de pestilencia"! Ellas siembran o difunden "el veneno de la herejía filosófica", que produce

“náuseas horribles” y “vomita blasfemias”. En otras partes dice: “Verdaderamente, es una calamidad la semi-ciencia”. Y más adelante declarará, dogmático: “El espíritu de impiedad, como toda mala pasión, es engendrado por la soberbia”.

Eso escribe en diferentes sitios el sacerdote; pero, he aquí al maestro, en esto que hemos espigado en otros trozos:

### EDUCACION.

“Educad, educad, hermanos míos” —aconseja a su clero; y cuando haya padres morosos en cumplir este deber con sus hijos, recomienda a los sacerdotes: “Arrebatádselos, por decirlo así, a su debilidad o culpable abandono, para que los salvéis de la ruina moral”.

“Muy importante es ilustrar la inteligencia, comunicándole la verdad; pero, eso no es provechoso sino cuando a la vez se forma el corazón, se eleva el carácter y se ennoblece la conciencia. Esto significa EDUCAR”.

“La base legítima de la educación, digan lo que quieran los librepensadores, es la que se asienta desde luego en el corazón; la que forma los buenos sentimientos, inspira nobles ideales y engendra una conciencia pura; y esa educación es la que se funda en el temor de Dios, única que hace germinar las virtudes en el alma para dominar la naturaleza, contaminada de rebeldía”. (Cuaresma de 1895).

### MORAL.

“Crean que con abstenerse de excesos escandalosos y de crímenes personales les basta...” “Por ello anidan pasiones mezquinas a las que con frecuencia se ven sirviendo con pasmosa servidumbre, como la soberbia, el orgullo, la ambición, la avaricia, el odio, la venganza, amén de otras miserias engendradas por la sensualidad” (1893).

“¡Moral! ¡Ojalá se comprendiera su importancia y de buena fe se quisiera reconocer sus principios naturales y legítimos!” (Cuaresma de 1895).

Por ese tenor podríamos seguir espigando en los riquísimos trigales de aquel varón íntegro, que nos legara tan magnífica cosecha de excelsos pensamientos en bello estilo; pero, el tiempo apremia, y no podemos hacer más prolongada esta obra. Quede algo para un ulterior trabajo.

—¡Bien predica quien bien vive! —dijo una vez otro maestro inolvidable, Hostos, un poco distanciado luego de nuestro insigne biografiado, por las teorías suyas, positivistas. Y en verdad que a Monseñor de Meriño —cuya consagración en Roma marcó el camino de una vida, si noble antes por su amor patrio y su civismo, ya avanzada en la vía de santidad—, pueden aplicarse esas palabras.

Moralista y educador, deja algo más que bellas obras lite-

rarias, con ser tantas y magníficas: el ejemplo de su vida, llena toda de preclaras acciones.

En la fecha inolvidable de la Restauración, el 16 de agosto del año últimamente apuntado, preside él la reinstalación del Instituto Profesional, siendo Ministro de Instrucción don Sebastián Emilio Valverde. ¿Qué mejor conmemorativa gesta que el Discurso de Meriño?... Ponderaba en él su necesidad, ya tan sentida por la juventud, para alentarla a espaciar los campos de su intelecto... que "no sólo de pan vive el hombre", y ha de elevar su mísero barro con la virtud y el saber sólidamente proporcionado, no el recibido en "venenosos apacentaderos". Una ojeada lanza a los progresos de la ciencia, conquistas que hacen exclamar, a ciertos sabios, que todo en este bajo mundo es cuestión de física y química, sin mayores consecuencias... El condenó a cuantos creen que fuera del método inductivo nada se puede considerar necesario. Desmenuza la teoría del átomo. ¿Se le conoce? ¿Cuál químico lo ha sorprendido en su retorta con su movimiento oscilatorio, atribuídole? Cita en su abono a Claude Bernard y a Naville —que él está al día en cuestiones científicas—; pero, condena la ciencia sin Dios, y admira a los sabios creyentes, como Pascal (aun siendo jansenista, pero cristianísimo), a Cuvier, Volta, Ampère, Humboldt —a quien sin duda aprendió a admirar por Venezuela—; todos esos hombres que prueban no hay conflicto ninguno entre la ciencia y la fe. Se defendió Monseñor Meriño de que se le acusara de opuesto a los métodos racionales —aludiendo a Hostos y sus discípulos, indudablemente—, y no lo será nunca, dice, siempre que ellos no pretendan, maliciosos, atacar su fe católica. El acepta el método experimental e inductivo para las investigaciones de orden físico, en las ciencias naturales —¡tan llenas de atractivos, es cierto!— pero, en el campo del entendimiento, no puede el ortodoxo limitar su campo a lo sensible. "Desde Platón y Aristóteles, hasta los sabios del día que merecen ese nombre, se ha comprendido que no puede haber conocimiento real y pleno, es decir, CIENCIA, cuando no se sabe indicar la razón suficiente y la causa de la existencia de las cosas que se conocen. Produce, en fin, un verdadero discurso científico, abundante en citas, algunas del francés, de sus lecturas. Sus argumentos retan a los que después, aún, rechacen la idea de lo sobrenatural, de lo absoluto, de lo inmutable, en lo que con tan buena fe cree. Y quiere advertir el peligroso camino... ¡Guay de la juventud si lo siguiera!... Hay que quitarle ese desenfado en

la incredulidad, y doctrinarlo con buenas máximas y principios, y evitarles el deslumbramiento por los falsos brillos de oropel de los adelantos modernos. El quiere la luz, pero que la verdadera luz sea...

Siguiendo tales derroteros luminosos y con tal fin, Monseñor de Meriño crea aún otro plantel de enseñanza, el primero de noviembre del mismo año citado: la "Escuela Preparatoria Santo Tomás", en el interés de que los seminaristas o aspirantes a tales, ingresaran en el Seminario bien preparados y con los conocimientos necesarios, y lo bautizó con aquel mismo nombre, para ponerlo todo bajo el patrocinio del sabio y santo de Aquino a quien llamaron "El ángel de las Escuelas" por lo mucho que enseñó. La escuela fué instalada en el sitio que ocupa hoy la Universidad dominicana, calle "Comercio" esquina "Santo Tomás" (hoy "Isabel La Católica" y "Arzobispo Nouel", respectivamente), frente a cuyo local, en la antigua "Plazoleta de Los Curas", con muy buen acuerdo, se levantará la estatua del gran hombre que tanto hizo por el bien de la humanidad.

Y que practicaba, en cuestiones de amor y caridad, desde lo infinitamente grande, que es la enseñanza para el sediento de saber, hasta lo infinitamente pequeño, que es una humilde dádiva, lo prueba esta anécdota con que vamos a cerrar este capítulo de sus glorias. Una vez, mientras recibía la visita de algunos amigos y discípulos —de ellos algunos hoy eminentes maestros de maestros—, todos reunidos en amable charla en la saleta de palacio, oyóse una voz en la escalera:

—¡Una limosna por amor de Dios!...

Repetida muchas veces esta petición en el día, el bolsillo de Monseñor había quedado sin una "mota", como con frecuencia sucediérale, y él no supo qué darle... Titubeó un momento... La pordiosera, renqueando, subía ya, impertérrita, la escalera.

—¡Pobre vieja! Tome... —dijo de pronto, echando mano a una gran jarra de limonada que acababan de enviarle en obsequio, y sirviendo de su mano un vaso a la asquerosa y sudorosa mendiga...

El buen Rabí de Galilea debió sonreír desde allá arriba...



### III

## LA VEJEZ DE LA ENCINA

(1895-1904)

Empezó hace tiempo a tomar su color oscuro, añoso, indicio de fortaleza y aún de cierto cansancio, la altiva encina, fatigada de prodigar sus jugosas bellotas como quien regala margaritas a los cerdos... ¡Ya la enhiesta cumbre había blanqueado! Tantos inviernos sobre la montaña, cubierto la han de nieves... "Estoy envejecido, lleno de canas"... habíale escrito años antes a su invariable amigo, el prócer puertoplateño ya citado.

Los retratos de la época, que le hiciera Abelardo, nos le muestran hermoso, altivo, fuerte todavía, de elevada estatura, mostrando con un gesto natural la cruz, pendiente de una cadena, sobre el traje episcopal que, entreabierto, deja la capa ver, mientras él la sostiene de un extremo con la diestra mano que tantas bendiciones de todo género impartió... El rostro noble es todavía hermoso, y se yergue con esa cierta altivez nativa, vuelta simpatía en sus acciones para desvirtuar lo que de excesivo tuviera, porque él fué un tanto orgulloso, altivo, pero nunca con mezquina vanidad, indigna de los dioses. "El diminutivo del orgulloso es la vanidad", según Janet, y ella ni ninguna pasión chiquitina halló albergue en aquel hombre, tan grande en toda la extensión de la palabra.

En otro retrato, hecho por Julio Pou, de busto, que poseemos, dedicado a nuestros progenitores con aquella su letra firme, bonita y clara, en la que la nueva ciencia grafológica pudiera descubrir muy bellas cosas de su alma, le contemplamos más

claramente, de frente, con su sotana episcopal, su banda ancha, su cadena, su gran cruz de oro y pedrerías; y en lo alto, el simpático y nobilísimo rostro que sonríe sin abrir los finos labios. Los ojos clarísimos, con la mirada de águila fijos en un punto, penetrantes... O quieren alentar a un justo, o ensayan confundir a algún malvado. Es la mirada también que tantas veces posó con dulzura sobre la miseria humana en tantas formas... Y la blancura es de armiño, hace tiempo, en los cabellos, como dentro del alma buena, noble hasta en eso la cabeza, de no mostrar con los años la socrática calvicie, sino las venerables canas, de seda impoluta, muy lisas, que se complacía en aplastar con suavidad y retocar varias veces al colocarse el casquete episcopal, de seda morada no más brillante y fina que los cabellos.

Sigue fuerte en la apariencia; pero, ocultas amarguras van minando, poco a poco, aquel Mont Blanc. Rodéanle discípulos y amigos, que aman y admiran, con afición extraordinaria, al sapientísimo Rector que les fuera en el Instituto y en el Seminario, en diversas ocasiones. En el Profesional —especie de Universidad que hoy lo es— fué su segundo y vice-Rector Manuel de J. Galván, el de la pluma galana, antiguo amigo de sus mocedades. A su lado ya iban faltando otros, o abatidos por la muerte o alejados por el cruel destino. La encina que sólo creyó sembrar de frutos el suelo, soportó algunos golpes. Emiliano Tejera, desde la Dictadura, seguía su enemigo. Y dijo alguna frase cruel para el gran hombre. El lo supo: las lágrimas acudieron a sus ojos al saberlo... ¡Ya no le pertenecía aquel gran corazón, que fué tan suyo, que como otros se sintió un tiempo embriagado por el entusiasmo por todas partes despierto ante su persona, sus hechos, su palabra de oro! ¡Y pudo decir aquel amigo la injuriosa frase!

—¡Yo le amaba, le veneraba como a un padre! ¡Estaba loco por él! —protestaba después el íntegro Tejera, que si tuvo el alma luminosa y recia cual acero, también tuvo su dureza. Y entonces lo fué hasta la injusticia.

—¡Yo le quería como un hijo! —murmuraba con llanto en la voz el arzobispo al hablar de esto (1). Y pocas veces hablaba, porque él también era de limpia y fuerte y bien templada hoja de acero, que no se doblaba fácilmente.

---

(1) V. AMELIA FRANCASCI, "Monseñor de Meriño, Intimo", pág. 109 a 115. Imp. "La Cuna de América". Santo Domingo, 1926.

—Como que soy isleño —decía...

Hay talentos severos, adustos. Y los hay suaves en medio de su reciedumbre, llenos de sentimiento y de impresionabilidad, de sensibilidad exquisita.

No es cuestión de valor únicamente; pues Mucio Scévola, si quemó su mano en alto ejemplo a los patricios dado, en Roma, acaso era incapaz de llorar ni por dolor físico ni por tormentos del alma, como el otro romano, aquel Bruto de bien puesto nombre, que mandó a matar sin piedad a sus hijos, sin una lágrima de sus ojos. Recios ejemplos. Pero ¿cuánto más gratos y atractivos no resultan los grandes hombres sensibles, las inteligencias que sienten y comprenden algo más que la gloria y las batallas, los dotados de aquel "don de lágrimas" que un biógrafo, Louis Bertrand, pondera en San Agustín?... (1). Meriño acaso fué de éstos, que valor tampoco le faltó en solemnes ocasiones de su vida; pero la estatua en oro que en él veía en esta última época nuestro lírico Prud'home... era también capaz de fundirse en la perla de una lágrima... Y poseyó también el don de risas, este anciano tan completo. Placiale muchas veces a la encina altiva bajar sus ramas para acariciar blandamente a los cervatillos bajo su sombra, conmovido en obsequiándoles con juguetes, y gozoso en travesear con ellos mismos, en inocentes picardihuelas... Doña Nicolasa Billini, la directora del Colegio "El Dominicano", permanece su grande amiga, a pesar de que su hermano, el P. Billini, se le distanciara por motivos no muy puros de ambición. Doña Nicolasa tiene una niña, la hija tiene una ovejita, juguete de fingidas lanas; y para hacer rabiar un poco a la mamá, dice el anciano, juntando sus blancos cabellos de seda a los negrísimos bucles de la niña:

—¡Hum! Si tú supieras lo que hay dentro de ese ovejito...

¿Para qué más? La pícara curiosidad que perdió a Eva, causa, al día siguiente, la aparición del animalito destrozado.

—No hay nada —dice muy apurada la destripadora, mientras la mamá se muestra muy "brava" con las "cosas de Monseñor", y éste, muerto de risa, acaba por comprarle otra ovejita flamante—. Por supuesto, estas cosas baladíes no las ha catalogado la Historia.

Gobernaba "Lilís". Deben apuntarse sólo las actividades del espíritu en las que se refugiaba, no queriendo quizás pensar

(1) V. LOUIS BERTRAND, "San Agustín". Versión castellana de I. L. Lapuya. Garnier, Hnos. París, 1920.

en las complicaciones y bajezas del momento. El Prelado va a sus visitas pastorales. Imparte bendiciones. Confirma. Tan pronto se le ve, diligente, por el Seibo como en Azua. Dicta cátedras en el Instituto; preside sus exámenes. Anda por la patria de Miches cuando sabe que el Congreso ha aprobado la ley del Divorcio, contra la cual ha escrito ya una meditada y bien expuesta Pastoral, y vuelve a indignarse, y desde allá escribe su protesta al Presidente de la República, en otra larga epístola que, sin duda, debió provocarle a éste una sonrisa. ¡Bellísima literatura! —acaso dijo—. Y no por tan cándido ni albos motivos, sino por mayores actividades contra los actos que todos conocemos de la tan prolongada dictadura, se llegó a murmurar de que el Ilustrísimo Arzobispo figuraba en lista de sospechosos, Dios sabe para qué hechos... En el ocaso de su vida casi, más de una vez fué a Roma, quizás si sólo por postrarse a los pies del Romano Pontífice y recibir sus bendiciones e indulgencias, o quizás por no aumentarle una cuenta más en el DEBE, para con Dios, de algún terrible ciudadano con hartos poderes...

Cuando va de viaje, siempre se acuerda de escribir a los amigos, y especialmente a su pobre, enferma eterna del espíritu, doña Amelia, cuyas obras alienta. Desde New York le dice, síntesis de su impresión de la babilónica ciudad:

...“No tengo pulso ni cabeza. Ayer desembarqué en este puerto y he caído en un abismo de ruidos incesantes que me tienen aturdido y, por supuesto, los nervios excitados a causa de la irritación. El viaje me tiene bailando todo el organismo.

...“El 7 saldré de aquí para El Havre y no me detendré en París sino ocho días. De ahí seguiré, cosa de estar en Roma el 18 o el 20, despachar mis asuntos y regresar a París, a tiempo de aprovechar el vapor que llegará a Santo Domingo el 26 de septiembre.

“¡Viaje rápido, como de quien está a la altura de la época! ¿Se rie usted? Y ¡créame! ¡Bien quisiera volverme de aquí! ¡Ya no siento placer en viajar! La sombra tiene su atracción, y ya se proyecta bastante sobre mí. Reposar a su abrigo es lo que me pide el cuerpo”.

Y entre otras cosas, escribe en la posdata:

“...Ah! No le he dicho que aquí estoy vestido de *gentleman* y que me dan ganas de retratarme con bombo y todo! Creo que así tengo aire como de un ruso viejo”.

El sonrío de sí mismo. Pero, acaso otras cosas le hagan llorar ocultamente, como el traslado de la Virgen de la Altagracia, de su capilla tradicional a otra parte, verificado por quien parecía

no tener ni mucha fe en Dios, ni en el diablo, ni en la misma "chiquitita de Higüey", patrona de los dominicanos, lo cual es decir bastante, tratándose de uno de éstos, que intentara vender su templo. Un año después del traslado, el mismo día, caía el Presidente "Lilís" en Moca, abatido por las balas de Mon Cáceres y sus amigos, el 26 de julio de 1899. Monseñor de Meriño no comentó públicamente el hecho, y únicamente, a fines de aquel año, para Noche Buena, escribe una hermosa Carta Pastoral relativa al **ESPIRITU DE IMPIEDAD**.

¡Tiempos fecundos los de toda esta época en Pastorales y Circulares, empedradas todas de tan deslumbrantes bellezas que no sabríamos cuáles escoger para presentarlas a la admiración de los lectores! La preparación para el Año Santo; la Buena Prensa; la Defensa de la Iglesia; la Enseñanza Religiosa; el Espíritu de Irreligión; el Ayuno y la Abstinencia, son otros tantos motivos para el correr suave de su pluma. Y en Cuaresma y en todo tiempo, predica **MORALIDAD**:

"Los padres son el modelo inmediato y el más influyente que los hijos tienen que imitar. Al calor de las miradas de una madre amante y de un padre solícito, comienza a desplegarse la vida del niño, y las primeras impresiones que recibe, las discretas advertencias, las oportunas correcciones, van formando su corazón y su conciencia. Feliz él si crece bajo el celo de una prudente dirección inspirada por sentimientos cristianos. Pero ¿qué podría aprender de provechoso, teniendo ante sus ojos el ejemplo de un padre colérico, blasfemo y maldiciente, sin profesión ni oficio, sino dado a los vicios y pasatiempos, y el de una madre casquivana, arrebatada, irreligiosa, que abandona sus sagrados deberes por darse al lujo y a las diversiones; padre y madre que, lejos de fomentar el respeto y decoro de la familia, los deslustran con su reprochable conducta, y peor aún si a ello se añaden frecuentes escándalos de discordias domésticas?

"¿Qué principios de urbanidad, qué cultos modales, qué miramientos delicados ni qué dignas aspiraciones podrá llevar después ese pobre niño a la sociedad cuando entre en los peligrosos días de la juventud?

"Apesárrese el corazón al considerar cómo van desdoblándose ante la mirada atónita de los que abrigan no sólo sentimientos de fe y de virtud cristianas, sino de amor nacional, los resultados de la pésima educación que en el hogar y en las escuelas reciben gran número de niños de la presente época. Se ven ya de resalto en esa multitud que pulula por calles y plazas, vagueando de día y de noche, contrayendo vicios, llenando los aires de palabras groseras con desenfrenada insolencia, sin respetar lugares ni personas, y hasta rebelándose contra la autoridad paterna. Y ¿qué porvenir tan sombrío se ofrece al contemplar uno esa avalancha de males que va viniendo sobre esta sociedad! ¿Cuántas calamidades desastrosas habrán de sufrirse en día no lejano, si todos esos elementos de ruina, teniendo mayor arraigo y acrecentando su pujanza, llegaran a vencer las fuerzas de resistencia que aún les opone vigorosa la conciencia



cristiana! Porque asómbrase y sobrecógese el ánimo atemorizado, al ver el incremento, y muy de bulto, que han ido cobrando de poco tiempo acá, principalmente en algunos centros sociales en donde se les deja ancho campo y medran con desembarazo...”.

Sin duda, el Prelado vería hoy de actualidad sus prédicas moralizadoras, que a buen seguro hacen falta.

Algún optimismo cuajó en su alma después, con el advenimiento al poder de aquel probo y honrado ciudadano, muy piadoso también, que fuera Juan Isidro Jiménez, y sin duda el ánimo sereno y esperanzado fué movida inspiración para la fecunda pluma de tantas Circulares y Cartas Pastorales como, arriba hemos apuntado para 1901, hubiera. Y la literatura nacional, que así enriquecíase con semejantes galas eclesiásticas, también mostrábase menos remisa en otros campos, pues ya entonces habían aparecido los tres tomos de la magna “Historia de Santo Domingo”, por el ilustre camarada de Meriño en las andanzas “azules”, José G. García; y surgían continuamente obras notables de Américo Lugo, Tulio Cestero en sus ensayos juveniles, y la primera novela de una escritora dominicana con “Madre Culpable”, obra que publicó Amelia Francasci por el consejo y el estímulo de su amigo el Arzobispo. Curioso aspecto de éste como crítico, revelan las frecuentes cartas cruzadas con tal motivo. Meriño le hace indicaciones referentes al argumento, al estilo; hace que copien el original; y cuando salió de viaje le envió a su clérigo, el P. Apolinar Tejera, para que le supliese en lo posible; quiere que haga ciertas modificaciones; y, con ingenuo romanticismo, propio de aquella alma tan grande y tan sana, le suplica que no mate a la angelical “María” —uno de los personajes—. Las afectuosas expresiones que prodiga a esta dama en sus epístolas son no más reflejo de su amorosa solicitud para todos sus feligreses, amigos y personas de todas clases que le admiraban hasta la adoración; cuantos le conocían y trataban un poco, le amaban reverentemente, y él, por su parte, sobre todos derramaba las caricias de su verbo. Aquel “señores”, escueto, de sus discursos, se trueca en el “queridos hermanos y amados hijos”, muchas veces en sus cartas de Pastor a su grey. “¡Oh, mis queridos sacerdotes! —les dijo alguna ocasión—. Veámonos y conozcámonos en Jesucristo”, ternísimos silbos de Pastor a sus ovejas. Cuando él ascendió a la silla episcopal, don Francisco Gregorio Billini estaba en la presidencia, y él le llamó “un hijo de nuestros afectos, nutrido y edificado en la piedad religiosa por madre modelo de virtudes cris-

tianas". Y a su fiel Arístides García Gómez, que ya muestra, refulgente, su castiza pluma con el librito sabrosísimo que acaba de publicar, le escribe en una esquila, el 20 agosto 1901:

"Mi querido: Tu libro "De todo un poco" me ha hecho pasar ratos muy agradables.

"Primero quise leerlo todo antes de enviarte las gracias por tu obsequio, que estimo en mucho, porque, debo decírtelo, has producido una bellísima joya literaria que te hace acreedor a muy sinceros aplausos.

"Los míos te van desde el alma.

"Tu afectísimo admirador sincero: P. MERIÑO".

¿Quién, que haya leído la obra de uno de nuestros más cervantinos escritores, no comprueba lo acertado de este juicio? El "Padre Meriño", como siempre se firmaba para sus amigos todavía, es de cuenta, aún como crítico. Y es de continuo el doctísimo escritor. Para entonces había circulado, desde 1898, la tercera edición de su obrilla de texto "ELEMENTOS DE GEOGRAFIA FISICA, POLITICA E HISTORICA DE LA REPUBLICA", editada en la Imp. García Hermanos.

De nuevo, en tanto, la política criolla enredaba como siempre su madeja. Aquel don Juan Isidro Jiménez, honesto, amigo del Prelado y de la Iglesia, largo lapso no pudo gobernar, porque se lo impidiera la impaciencia revolucionaria de su Vice-Presidente, el general Horacio Vázquez, quien se alzó en armas contra su Jefe y aliado, el 26 de abril de 1902, dando al traste con los anhelos de paz de que estaba hambriento el país, y fraccionando de nuevo a los nacionales en dos grupos: "jimenistas" y "horacistas", o sea, "bolos" y "colúos", como los gallos de combate. Ganoso de calmar las fratricidas iras, el bondadoso mitrado escribió una Circular impregnada de alto espíritu cristiano, sobre LA GUERRA CIVIL —párrafos que debieran leerse de continuo a los dominicanos todos, tan inclinados de suyo a las revoluciones, a fin de que recordásemos un poco a Aquel que vino a traer la paz al mundo, y no las armas homicidas.

"...Con profunda pena estamos viendo que la guerra civil vuelve a surgir en nuestra infortunada República; y faltaríamos a nuestro deber si no contribuyésemos con nuestras exhortaciones pastorales a conjurar tan terrible azote, ruina de los pueblos.

"Como ciudadano y como Prelado ponemos el corazón sobre todas las heridas de la patria, y por sobre los disturbios y el ensañamiento de pasiones insensatas que mantienen hosca la opinión y que sólo servirán para hundirnos en un mar de desdichas, no podemos dejar de hacer oír

nuestra voz, inspirada en el bien común temporal y espiritual de nuestros amados arquidiocesanos”.

Y suplica a su clero, no sólo oraciones al Altísimo, sino que sea verdadero mediador entre los combatientes; que con su palabra, con sus esfuerzos, despierten el espíritu evangélico y siembren la semilla de concordia, sin que ello empezca a sus rezos. La catástrofe de la Martinica le arranca en ese mismo mes otro grito de compasión en forma de “Carta” también.

Con la guerra civil peligró, al querer sofocarla Jiménez, la seguridad de don Emiliano Tejera, simpatizador con la revuelta. Dudando un momento de la grandeza de su ídolo, la novelista citada, creyó un momento que, Meriño, por ser don Emiliano su enemigo, no perdonaría la injuria, y en caso de persecuciones tal vez nada haría por evitarlas. Y se atrevió a implorar piedad de quien siempre la tuvo. El la contestó dolido:

“No comprendo... Dios, en cuya santa justicia creo, sabe que no he pensado en hacer sufrir a nadie... ¿Soy yo acaso Gobierno? Por cierto que en estos días no he ido donde el Presidente, ni he visto a ninguno de los que desempeñan el poder. Y cuando vi a Jiménez la última vez, pedile precisamente por unos presos que iban a expulsar. Le supliqué que no lo hiciera.

“¿Será acaso que algunas de las “buenas y caritativas” almas que andan buscando a los que se arrinconan, quieren llevarme de encuentro? ¡Que Dios les bendiga!

“Y no dude usted que yo obre como usted me lo pide, en cualquiera circunstancia. No me costará el menor esfuerzo. Seré CARNE PARA TODO CUCHILLO y Dios hará justicia”.

¡Noble pecho! Por supuesto, la señora todavía se avergüenza de haber dudado del Apóstol, que aprendía de continuo caridad en San Pablo, apologética en Jaime Balmes, y las lecciones de la variable historia en el mismísimo Herodoto, cuando no en Tácito.

Mientras él leía, escribía, hacía cada tres meses sus confirmaciones, y “los curas y no curas” —como donosamente él dice— le mareaban cayendo sobre aquel “pobre siervo de los siervos de Dios”, tan ocupado en buenas obras y siempre entregado a la enseñanza, el Gobierno Provisional del general Horacio Vázquez, ya triunfador, poco pudo hacer de provecho sino tratar de consolidarse en el solio; pero, en cambio, dictó una malhadada disposición, una Ley General de Estudios que exigía títulos académicos, más que capacidad, para el desempeño de las cátedras y del Rectorado del Instituto Profesional,



lesionando en lo más íntimo al buen Monseñor, que estaba en este cargo con tan bien cimentada fama, pero sin el respaldo de papeles. El Arzobispo y Rector renunció, aunque se le dijo y explicó que ello no rezaba con él, pues su altísima dignidad ya le eximía de ostentarlos. Pero dignamente, se retiró, a pesar de todo, el P. Merino. ¡A cuarenta miserables pesos oro dejaron reducidos los emolumentos de la Rectoría, además! La mano caritativa que seguía extendida sobre todos los necesitados para ampararlos y en la que nunca alcanzaba holgadamente la renta del Arzobispado para repartirse entre parientes, amigos y vergonzantes, bien pudiera necesitar aquellos pesos; pero, era una indignidad que quien se ponía con ella la mitra recibiera tal miseria a cuenta de trabajos intelectuales. Y encima, que fuera por concesión expresa a quién, tan sabio, tan santo, ¡no tenía otros títulos!...

El 23 de marzo de 1903, cuando un golpe de audacia derribó a lo que un golpe de fuerza había ascendido, trajo luego de nuevo sangre, combates, incendios, la muerte... "propiedades destruidas", "padres de familias que caían" lo mismo que jóvenes, "dignos de mayor honra por su valor heroico, si hubiesen sucumbido por más noble causa"; "la desolación de tantos hogares poblados de ayes desgarradores y regados con las lágrimas de tantas madres, y viudas, y huérfanos sin apoyo" —como decía Monseñor, lleno de tribulación y pena, al recordar el cuadro pasado—; y jubiloso después al ver caer las armas, en una Circular SOBRE RESTABLECIMIENTO DE LA PAZ. (Julio, 1.º, de 1903).

Rogando porque fuera duradera, y suplicando a su clero la oración "Pro pacem" al final de las misas, el buen discípulo del "Poverello", mientras tanto, por favorecer a todos, adquiría los décimos de la lotería que le ofrecían los pobrecitos vendedores (porque les quedaban y para favorecerlos de algún modo), en la cuenta de que, si algún día obtenía el premio, iba a poder hacer aún más caridades: iba a hacer una iglesia y un asilo; podría también dotar a su ciudad con un MUSEO, cuya base serían las curiosidades de los tiempos indios que iba reuniendo en su Palacio.

El buen discípulo del santo "Poverello" de Asis aún inventó, se nos antoja, nuevas jaculatorias al "Cántico de las Criaturas", dominicanizado:

- ¡Hermano Sol! (y de ese sí lo era por su brillo).
- ¡Hermano enemigo político! (porque los perdonaba).
- ¡Hermano pordiosero y vendedor de billetes!...

## IV

### EL DESCANSO ANTE EL FALLO DE LA HISTORIA (1)

(1904 - 1906)

Toca a su término la tarea grata que nos hemos impuesto, de ir, paso a paso, tras las huellas del gigante, estudiando —cronológicamente y de una manera detenida— todas las fases de su vida y de su obra, ambas resplandecientes y capaces de deslumbrar al más curtido en visiones de gloria.

Empero, antes de penetrar en la sala esplendorosa de su apoteosis tan merecida, con honda pena debemos contar de algunas amargas que todavía sufriera aquí en la tierra; de los gusanos que quisieron roer hasta causarle daño al árbol fuerte...

Comenzó el año 1904, de ingrata recordación, como tantos otros desde hacía un tiempo. Sitios, revoluciones, combates, bombardeos. No se oía hablar de otra cosa en el pobre país. Con tristeza profunda contemplaba Monseñor los acontecimientos, cuyas salpicaduras no dejaban de alcanzarle, pese a su prestancia y a su capa de arzobispo. Un día, de los pocos en que se le ocurriera salir, contempló en las calles el triste espectáculo de persecuciones entre hermanos. El año anterior, el funesto 1903, trajo para él un desencanto más de quien acaso no lo esperara. Miguel Angel Garrido, ilustre escritor, apasionado en todo, publicó un libro; y en él, entre otras, grandes de

---

(1) Parte de este capítulo fué lo que leyó la autora en la Casa de España la noche de la entrega de los premios.



talla, trazaba su "silueta" como las otras que surgieran de su robusta péñola, sin términos medios, siempre "un himno o un anatema" o hasta las nubes lo magnifica o lo desciende a ras del suelo exagerando supuestas "apostasías" del Ministro de Dios hecho Presidente. Todo eso le hería en el corazón. ¿Y eran acaso de su talla esos Presidentes que no duraban, de esos que, en paquete, entraban tres en un año?

Sus íntimas tristezas no le impiden ser fiel con los amigos; y aunque no pueda salir, escribe a todos sus íntimos tarjetas y esquelas afectuosas de Año Nuevo. A doña Amelia Francasci y a su esposo, les felicita y dice: "El catarro me ha doblado. Me siento el cuerpo como si me hubieran manteado; pero, aun tengo más enfermo el espíritu. ¡Dios se apiade de la pobre República!..."

Una noche de aquel año infausto, de 1904, después de sonar las ocho, conversaba tranquilo Monseñor en la saleta de su palacio con algunos de sus más adictos amigos y con uno de sus ahijados que viniera a visitarle. Era el 13 de febrero, y gobernaba el país el ex-presbítero Carlos F. Morales Languasco.

De improviso, sintiéronse voces y ruidos violentos, al par que desaparecía alguno de los allí presentes, sin que los demás se dieran cuenta apenas.

Y se presentaron el Comisario de Policía con el Alcalde y el Procurador Fiscal, con una partida de guardias, en nombre de la Ley y del Gobierno, para, sin respeto a la historia de aquel anciano ilustre ni a su investidura suprema, sin consideración a sus timbres ni a sus ejecutorias tan limpias, registrar su palacio, como la casa cualquiera de cualquier sospechoso... Con callados y sordos rugidos, como de león enjaulado a quien molestan los chicos con ramitas y varillas, el mismo Monseñor, dejando hacer, les acompañaba por todas las habitaciones, ¡hasta la misma capilla! Allí registraron, descerrajaron alguna portezuela, salieron al gran patio, y se volvieron casi sin dar excusas por tan infructuosas pesquisas. Y aún añade algún biógrafo, que algo de provecho se quedó en las uñas de alguno de los esbirros...

Indignado el anciano arzobispo, volvió a sus antiguas gallardías de cuando se enfrentara a los apóstatas de antaño, los del 61 y del 65, y tuvo un gesto viril de aquellos suyos: escribió una cálida protesta ante el gobierno que tal ordenara:

..."No, señor Ministro, ni quitamos ni ponemos rey, ni profesamos más política que la del respeto a los principios de moralidad y orden



que se fundan en la justicia para el bien común, crédito y honra de la República" (1).

Y aun se atrevía, osadamente, desafiando las iras de sus insultadores, a exponer que, si bien era cierto que entonces no ocultaba a ningún político al abrigo de su palacio, también, si le hubieran pedido, no lo habría negado, como fué siempre norma de su ministerio evangélico, como hiciera otras veces...

Refugióse desde aquel momento más el Mitrado en sus amarguras. Ya, ni salía ni a la calle, por no presenciar otras tropelías. ¿Qué podía esperarse de aquellas gentes? Aún supo del bombardeo de "Pajarito", aquella mísera Villa-Duarte atropellada por los cañones de marinos americanos, a petición del gobierno que así quiso castigar revolucionarios. "¡Qué política ni polilla", decía Meriño con razón, en carta en que desea mejor dormir el sueño de Epoménides, si con ello se alejara del momento!

Ya no salió a la calle más. Quisiera estar en una celda, si no llevara el pectoral sagrado; esconderse en su concha, como realmente perla que era, extraviada en estercoleros semejantes. Su salud se resiente: cualquiera "grippe" le abate muchos días. Y aquella "tan bien gastada ancianía" (que dijera de su padre el gran Manrique), sintiendo iba al atractivo de las sombras, y hacia ellas se encaminaba lentamente. El 10 de febrero de 1906, tuvo un amago de ataque cerebral, cuando pasaba una temporada de descanso en casa de su amigo Rafael Galván. El Dr. Nouel, su Coadjutor, se presentó alarmado para darle la Extremaunción, si hiciera falta...

En estos últimos años, no más discursos, no más PASTORALES famosas. Su verbo altivo y fuerte de luchador, que en sus mocedades y edad viril luciera, ya cual un gladiador desnudo de galas y de armas en la arena de la política patriota, ya altivo y bien pertrechado en la presidencia, ya cubierto después con las mismas magnificencias de la púrpura, al modo de las mismas galas de su capa pluvial, no luce de nuevo ni desea pasearse como antes, cual oropéndola brillante sobre los silos del idioma, bien nutrido de trigo y poca paja.

—¡El isleño se ha aflojado! —decía él de su salud y de sus bríos (2).

(1) V. CASTELLANOS, *op. cit.*, pág. 20 y siguientes.

(2) V. AMELIA FRANCASCI, *op. cit.*, pág. 385.

Quisieron sus amigos y admiradores mezclar un poco de miel entre las heces del cáliz, ¡aquel cáliz ya amargo que antaño se empeñaba —y ya vimos que esto no es mera figura retórica— por sus buenos amigos!

El 3 de mayo de 1906 cumplíanse cincuenta años de haberse consagrado o, mejor dicho, de haber celebrado su primera misa, el santo Arzobispo metropolitano. Con tal motivo, organizaron la conmemoración solemne sus amigos, y fué algo hermoso el Jubileo. Hubo más de un Oficio, y Salve, en las iglesias, tanto en Regina como en Catedral, cantados por el Arzobispo Coadjutor, nombrado hacía dos años, Doctor Adolfo Nouel, arzobispo titular de Metymna, escogido de su corazón y designado por Roma para suceder al ya tan enfermo y abatido prelado que fuera "el genio de la elocuencia hecho Meriño". La orquesta de capilla de José María Arredondo, la banda de música del maestro Alfredo Soler, el "Octeto del Casino", rindiéronle la ofrenda de sus armonías. Más de cuarenta sacerdotes, venidos de todos los pueblos de la República, ayudaban y presenciaban los solemnes oficios en los templos llenos de fieles de todas las clases sociales. No faltaron, entre los representantes del Ejecutivo y del Poder Judicial, los devotos del ilustre Pastor. Pero éste, quebrantadísimo de cuerpo y de espíritu, acudió sólo a orar en su Capilla de Palacio, mientras oía la misa que rezaba su hermano el P. José María por su salud y conservación —rezada también por numerosa concurrencia—. Luego de los oficios, se repartieron retratos, ofrenda de "La Cuna de América"; bendijo el santo Arzobispo a los fieles; cerró el comercio todo sus puertas, lo mismo que las oficinas públicas, en casi póstumo homenaje a la cumbre escarnecida y siempre gloriosa; y una muy nutrida comisión integrada por Ministros del Estado, Concejales, el Fiscal, y el Coadjutor, pasó a ofrecer, con sus respetos, una delicada muestra de su admiración y de su afecto devotísimo al extraordinario autor de tan magníficas PASTORALES: un ejemplar, de ellas, en riquísima envoltura, de mano de un orfebre fabricada, digno del otro orfebre espiritual que las escribió...

Monseñor Nouel habló, y con galana frase ofreció las PASTORALES al Pastor. Este dió las gracias. El P. Otero habló, conmovido, evocando a Virgilio:

—Tenéis el envidiable privilegio —como aquél decía— del ciprés que sobresale entre los árboles, de ver cómo se abre vuestra posteridad aun antes de haber bajado al sepulcro...— Y le puso en las manos otra ofrenda: el volumen encuadernado de

OBRAS DEL PADRE MERIÑO, con discursos, artículos y oraciones famosas del famoso orador y literato esmerado. Y él le dió, sencillamente, también, las gracias.

Y el representante del Concejo Edilicio, el enviado de la Casa de la Ciudad, puso en manos del ciudadano más ilustre que entonces ella albergara, "por sus levantados y conocidos merecimientos", el diploma que designaba con el nombre de "Calle Arzobispo Meriño" la C. Consistorial, en homenaje del Consistorio.

Y hablaron los de la Junta de Caridad Padre Billini; y peroraron otros oradores; y leyó un discurso el Can. P. José María, en nombre de su ilustre hermano, aquel que "trepó a todas las cumbres", pero, hay que confesar que "a fuerza de alas..."

Avejentado aun más de lo que era; enfermo, pálido y seco el rostro; hundidas las mejillas; los cansados labios elocuentes, ya herméticos; la bondadosa mirada, triste, contemplaba con cierta ecuanimidad, casi olímpica, desde su sillón bajo palio en donde parecía medio sepultado, los nuevos homenajes quien se acostumbró en un tiempo a recogerlos. Su pálida delgadez impresionaba tanto a discípulos y amigos, que algunos ocultaban el rostro para disimular una lágrima. "La admiración o el asombro —aunque Bossuet lo refuta— es, según Descartes, la primera de las pasiones" y algunos de los allí presentes le amaban y le admiraban con asombro y con apasionamiento sin igual. Y él, en cambio, como Cristo, recibió los más altos homenajes como las chiquitas injurias, sufriendo o deleitándose, pero sin asombrarse de nada. Y tuvo sus discípulos amados, sus evangelistas y panegiristas, que con apocalípticas plumas le rindieran "Ofrendas" y "Nueva Ofrenda", o hicieran su "etopeya", dando al par, unos y otros, aletazos de águila para abatir a follones y malandrines que osaran discutirlo, y tuvo también su "tristísima nox" en los Olivos, y no le faltaron tampoco sus Judas que le traicionaran, ni sus Pilatos que se lavaran las manos, ni sus Caifás que le reenviaran al tribunal de la Historia, que hoy les condena a ellos mientras exalta al Justo...

¿Qué dijeron de él los grandes, para que nos hagan olvidar las pequeñeces? He aquí este coro de alabanzas y mírese si hay quien lo supere, ni lo iguale, este nuevo "Diálogo de los Muertos", del que no supo Fenelón:

GALVÁN.

"Monseñor de Meriño tiene una figura hierática... Estoy por creer



que la Naturaleza le formó expresamente para llevar la mitra y darle mayor realce”...

BETANCES.

“...Parece hecho para llevar las dignidades con que ha sido honrado... Camina con majestad... Sus pies de criollo, hechos para llevar la hebilla de oro”...

A. GARCÍA GÓMEZ.

“Tenía la impasibilidad de la verdadera grandeza, y cuando hablaba de sus encarnizados enemigos, de los que llegaron a injuriarle, bajaba escrutadora la vista, cual si los buscase siempre a sus pies”...

PRUD’HOMME.

“¡Una estatua de mármol! ¡Una estatua de bronce! ¡Una estatua de oro!”...

MIGUEL A. GARRIDO.

“Imaginaos una cumbre, hierática, solemne, magnífica, con escarpaduras soberbias, iluminada a las veces con la apacible luz de los desmayos de la tarde, otras con el canicular incendio del trópico. Cumbre mágica, nunca asilo de sierpes, sino cuna de águila”...

A. GARCÍA GÓMEZ.

“...Fué un predestinado a todos los triunfos de la vida, porque no sólo en su patria amada subió a todas las cumbres, sino a la luz de otros cielos y a la vista de otras montañas que no eran ni los cielos ni las montañas de su patria, llegó a todas las eminencias”.

MIGUEL A. GARRIDO.

“¡Las trepó, sin embargo, a fuerza de alas!”...

JUAN PABLO DUARTE.

Todo es providencial: el R. P. Pedro Carrasco, q. e. p. d., cura de la heroica villa de San José de los Llanos, presidió con nosotros a la fundación de la República; y la divina Providencia nos envía al R. P. Arturo —estrella de primera magnitud— para presidir la Restauración. No tengas fe, si te parece; yo tengo la del Centurión...” (1).

---

(1) Nada, de entre todas estas frases elogiosas, es invención de nosotros: son, las de Duarte, párrafos de una carta escrita desde Caracas, el 18 de marzo de 1865, a Félix M. Del Monte, quien se hallaba en Puerto Rico. La opinión de Luperón está en su obra “Apuntes Históricos de la República Dominicana”, t. 1, pág. 45. Ponce, 1895; la de Garrido, en las citadas “Siluetas”, segunda edición, págs. 25 y 26. Santo Domingo, 1916; la del fiel García Gómez, en “Ofrenda”, publicada en el “Listín Diario”, número agosto 21-1906 y “Nueva Ofrenda”, agosto 20-1909, reproduc. “El Domingo”, etc., etc.

## EL GENERAL LUPERÓN.

"Sus méritos le llevaron a la primera dignidad de la Iglesia dominicana. Como escritor de combate, su templada pluma es un látigo que flajela rudamente, un escalpelo que destroza las fibras del cuerpo a que se aplica, un hierro candente que se marca de un modo indeleble en la frente de los tiranos.

"Es un patriota lleno de energía".

Alargar pudiéramos todavía los elogios que del ínclito dejaron nuestras sombras inmortales, hablándonos de él por conducto de lo que dejaron escrito —que no es fantástico el diálogo— y aun añadiríamos lo que expresaron los que, antes de ser nuestros grandes muertos, son, felizmente aún, nuestros grandes vivos todavía, tal la muestra: Federico Henríquez y Carvajal, que le llamó "el maestro de la elocuencia y del civismo"; Mr. Adolfo A. Nouel, que de él dijera: "Lo vimos caminar hacia la tumba con la misma serena majestad con que pasó por el camino"... El Can. Castellanos, discípulo amado, San Juan Evangelista de aquel Jesús, al que llamó su sol y le llamó Himalaya; y tantos otros...

Téngase aquí la pluma. Los ojos se nublan al evocar la figura macilenta, enflaquecida, del que honró la tribuna, y la escuela, y la cátedra sagrada, y el periodismo, y el báculo, y la mitra, sombra augusta del apóstol, del probo Magistrado, del escritor vibrante, del orador estupendo, del Arzobispo que lo fué con amor y dignidad, trocado en un anciano que con mano trémula bendecía, desde el balcón de Palacio, a la muchedumbre que, por última vez, conmovida, le aclamaba, mientras él se retiraba fatigado...

Las campanas de nuestra Iglesia Catedral —a duo con su majestuosa "Vacante"— tocaban, meses después de todo esto, dolorosamente, a muerto...

Era el 20 de agosto de 1906. Meriño entraba en la vida de la inmortalidad. Junto a su lecho mortuorio lloraban Nouel, su hermano el Padre José María, Alvaro Logroño, los Doctores Báez, Coiscou, Defilló y Mañón, y muchos más, familiares del espíritu o familia por la sangre...

A aquel sacerdote que tuviera como tal la grande falta de amar demasiado la patria terrestre —lo que es virtud del ciudadano—, lo envolvieron, para el tránsito, en una bandera de seda, la de sus entusiasmos, y dos ramos de laurel sobre su ataúd de recio y merecidísimo cedro depositaron sus solícitos discípulos. Un duelo imponente. Batallones, música. Cierre de



puertas; en luto los pobres y los ricos. Pabellones a media asta en toda la ciudad y en el muelle los vapores. Infinito número de coronas de siemprevivas y laureles... La Catedral que, cual madre orgullosa, tantas veces contemplara sus triunfos, abre sus brazos para recibirlo, mientras aun la mediocridad murmura y regatea. "Si estás sin pecado, arrójale la primera piedra" —díceles Cristo, y se callaron, de vergüenza. Y la tumba se cerró en la Capilla del Santísimo, y después, el monumento se hizo, y en el gobierno de los Victoria, en 1912, se trasladaron sus restos al Mausoleo inaugurado, y la gloria de los cielos y la de los hombres se abrió para el coloso, porque nuestros olímpicos y dioses lares que le esperaban del otro lado del hondo agujero negro, recibieron llenos de júbilo a uno de los óptimos. No: no era el viejecito, no era el Presidente discutido; era el ciudadano austero, el Monseñor de Merino ÍNTEGRO, que hurgando en su vida y en su obra, y en la no escasa bibliografía de libros y papeles sueltos, amontonados en torno a su figura, hemos tratado en estos capítulos de presentar a la admiración de propios y de extraños, tal como lo dejaron esculpido los buriles de sus propias gestas, dignas de la Historia y de los mármoles que inmortalizan su nombre venerando. Una calle y un pueblo (el distrito municipal de la Jagua) se llaman como él.

Parodiemos al mismo príncipe que se enseñoreó de nuestra cátedra sagrada y digamos, juntando su propia voz (como Lúculo invitaba al propio Lúculo a su mejor banquete), en la apoteosis de su nombre:

—¡Hijo perilustre de la Patria: EN EL SEÑOR Y EN ELLA, DESCANSA EN PAZ!...

Santo Domingo, diciembre de 1932.



# INDICE



**PRIMERA PARTE.—EL SACERDOTE EN LA TRIBUNA PATRIÓTICA.**

	<u>Págs.</u>
I. Primeros vuelos de aguilucho . . . . .	7
II. Juventud - Virilidad . . . . .	15
III. La obra del cura en el ostracismo . . . . .	26
IV. El discurso ante Báez . . . . .	31
V. El tribuno errante . . . . .	36

**SEGUNDA PARTE.—EL PRESIDENTE EN LA TRIBUNA POLÍTICA.**

I. Un gobierno como hay pocos . . . . .	47
II. La Dictadura y el Decreto de San Fernando . . . . .	54
III. El poder de las tinieblas . . . . .	61

**TERCERA PARTE.—EL ARZOBISPO EN LA CÁTEDRA SAGRADA.**

I.—La Investidura Suprema. . . . .	73
II. Amor de caridad . . . . .	80
III. La vejez de la encina . . . . .	91
IV. El descanso ante el fallo de la Historia. . . . .	100



